HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

La otra pasión

NOVELA INÉDITA ORIGINAL





BIBLIOTECA PAM

Volumen N.º 8

EDICIONES DE LA EMPRESA

"LA NOVELA SEMANAL" Y "EL SUPLEMENTO"

CHACABUCO 357 - BUENOS AIRES

1925

LA OTRA PASION

(NOVELA)



AL LECTOR:

ADVERTENCIA IMPORTANTE

EL gran tiraje que hacemos de las obras que compondrán la BIBLIOTECA "PAM" es lo que nos permite ofrecerlas a un precio verdaderamente ínfimo, por lo tanto esos libros no podrán reeditarse.

COMO a pesar de los enormes tirajes hechos de los primeros volúmenes editados, éstos se agotaron inmediatamente de ponerse en venta, obligándonos a dejar sin atender innumerables pedidos, recomendamos a los interesados en adquirir los libros que editemos en lo sucesivo, a fin de evitar de quedarse sin ellos, soliciten con tiempo a los vendedores les reserven su ejemplar o se dirijan directamente a la Administración de esta Empresa, Chacabuco 357, Buenos Aires, enviando su importe con anticipación a la salida de cada libro o para mayor conveniencia de precio, comodidad y seguridad de obtenerlo, subscribiéndose a los doce volúmenes que se publicarán en un año y que serán de los escritores de más prestigio en el país.

EL público, que sabrá apreciar debidamente el enorme esfuerzo editorial que significa vender a un precio ínfimo grandes novelas, presentadas en forma admirable, conteniendo obras inéditas, originales de los más destacados escritores nacionales y extranjeros, debe contribuir al desarrollo de la BIBLIOTECA "PAM" adquiriendo todos sus volúmenes. Con ello ayudará en gran manera al desenvolvimiento de la literatura nacional y a su propia cultura.

A LOS AGENTES Y VENDEDORES

RECOMENDAMOS a todos nuestros Agentes y vendedores hagan con 10 días de anticipación a la salida de cada libro el pedido correspondiente de ejemplares, pues estando supeditado el tiraje a los pedidos que recibamos, llegando éste con retardo, nos veríamos obligados a no poder servirlo.

LOS INTERESADOS EN PEDIDOS AL POR MAYOR PUEDEN SOLICITAR INFORMES A LA ADMINISTRACIÓN DE ESTA EMPRESA CHACABUCO 357, BUENOS AIRES

ESTA Empresa, correspondiendo al pedido formulado por innumerables lectores, entusiastas admiradores de Yamandú Rodríguez y de sus relatos de ambiente campero, que hemos venido publicando con tanto éxito de un tiempo a esta parte, en "El Suplemento", ha resuelto publicar en breve un libro titulado "Bichito de Luz", que contendrá una serie de cuentos de este autor, completamente inéditos y a cual más interesante.

Cuentos magníficos, por el conocimiento profundo del léxico de los nativos, por la novedad de los argumentos que desarrolla, por la precisión y justeza de los asuntos que toca, por el encanto que emanan todas las producciones de este autor.

En ellos, bien sean sentimentales, apasionados, trágicos, de costumbres, irónicos, de profunda amargura, de cautivante dulzura o de factura eminentemente cómica, siempre se encuentra el talento múltiple del autor. El nos lleva de sorpresa en sorpresa, y el lector al recorrer sus producciones goza y sufre con sus personajes, deplorando tan sólo que sus cuentos no sean inacabables para no despertar al final de los mismos, como se despierta con pesar de todo placer que fenece. Bien se ha dicho de Yamandú Rodríguez que es el tirano del lector y de sus auditorios, achica y agranda a capricho el corazón de quien lo lee o escucha.

Este libro es el producto de la labor de varios años y en él Yamandú Rodríguez ha puesto lo mejor de su espíritu y de su arte de escritor.

"Bichito de Luz", de Yamandú Rodríguez, además de ser una obra de gran valor literario, será un libro lujosamente editado y brillantemente ilustrado en todas sus partes.

Como haremos un tiraje reducido, supeditado a los pedidos que nos sean formulados, aquellos de nuestros lectores que tengan interés en adquirir un ejemplar deben, desde ahora, hacerlo reservar en esta administración.

ESTE LIBRO SE VENDERÁ

A $ 2.50 EL EJEMPLAR

OBRAS DE

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

La canción lejana, poesías, Barcelona, 1912.

Las puertas de Babel, novelas, Buenos Aires, 1920.

A la deriva, canciones de los puertos, de las tierras y de los mares, Buenos Aires, 1920.

Pancha Garmendia, poema trágico en tres jornadas, 1921.

Bajo la Cruz del Sur, nuevas canciones de los puertos y de los mares, 1922.

Canciones rusas y baladas de Ukrania, 1923.

Los habitantes del horizonte, novelas, 1923.

Los soñadores del bajo fondo, novelas, 1924.

Los peregrinos de la espuma, novelas, 1924.

Las islas de la inquietud, nuevas canciones, 1924.

Santa Rosa de Lima, Vida de amor y de milagros (en colaboración con Carlos Schaefer Gallo), 1924.

La otra pasión, novela, 1925.

Los pájaros que lloran, cuentos de gloria y de agonía, 1925.

Pensamiento, lecturas infantiles, 1925.

Vida del Almirante Brown, 1925.

La novela de los negros, relato de costumbres, 1925.

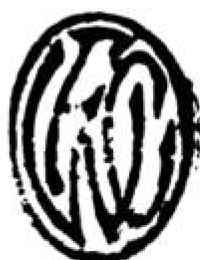
El Sembrador, lecturas infantiles, segunda serie, 1925.

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

La otra pasión

NOVELA INÉDITA ORIGINAL





BIBLIOTECA PAM
Volumen N.º 8

EDICIONES DE LA EMPRESA
"LA NOVELA SEMANAL" Y "EL SUPLEMENTO"
CHACABUCO 357 - BUENOS AIRES

1925

LA BIBLIOTECA P. A. M.

publicará en su Nº 9, que aparecerá el 2 de abril próximo,

Una gran novela inédita, del célebre escritor francés JACQUES-CHARLES, *titulada*

KATIOUCHKA, DANZARINA DEL "MUSIC - HALL"

(Traducción de José Blaya Lozano)

ESTA segunda novela extranjera es una verdadera primicia que la Empresa Editora de la Biblioteca P.A.M. — consecuente con sus enunciados propósitos — se complace en ofrecer a sus lectores; una primicia digna de hacerse notar, pues "Katiouchka" aparecerá en castellano, para el público argentino, sólo dos meses después de la publicación en París de la primera edición francesa. Ello demuestra por sí solo el renovado interés de esta Biblioteca, que reune, conjuntamente con las más interesantes y modernas producciones nacionales, las últimas novedades europeas que descuellan sobresalientemente por su vigor y por su originalidad.

EN KATIOUCHKA, DANZARINA DE *"MUSIC-HALL"*, Jacques-Charles nos pinta un aspecto ultrainteresante y desconocido de la Ciudad Luz; describe en forma inimitable la vida íntima y turbulenta de los grandes dominios de la frivolidad — "Follies Bergére", "Parisiana", "Olympia", — dándonos a conocer los secretos y las modalidades de un género artístico que, en su tiempo, fué patrimonio exclusivo de la capital francesa. En ese ambiente de lujo y oropel, perfílanse figuras de universal renombre — Cátulo Mendez, el maestro Ganne, la Bella Otero, — figuras éstas que colorean y matizan singularmente el argumento central, que es una moderna, vívida, azarosa y emotiva aventura de amor, en la que la juventud, la belleza y la simpatía de ambos protagonistas han sido estereotipadas con rasgos vigorosos y magistrales.

LA Empresa Editora está persuadida de que la publicación de KATIOUCHKA, DANZARINA DE *"MUSIC-HALL"* agregará un galardón a los muchos ya obtenidos por la Biblioteca P.A.M.

PRIMERA PARTE

PRIMERA PARTE

I

En el piso bajo existía un conventillo, en cuyas habitaciones obscuras albergábase una multitud abigarrada y cosmopolita, compuesta por familias españolas, italianas, francesas, rusas.

Jorge Alcántara vivía en los altos. Allí pasaron los veinticinco años de su existencia, y desde que él recordaba, el conventillo estuvo allí, turbando con sus voces agrias, con sus cantos de miseria, con sus olores acres, los sueños centenarios de aquella casa donde nacieron y murieron sus padres y sus abuelos.

Temblaba a veces el descendiente por la suerte que podía caber un día a la casa ruinosa de sus mayores, de la cual más de una vez oyera decir que era la más vieja de Buenos Aires, con sus ojivas, sus paredes espesísimas, sus rincones polvorientos, incrustada entre un café con billares y una casa de remates.

Cambió el barrio desde que Jorge cumpliera los quince años. El descendiente amaba aquel barrio ilustre y familiar, que permanecía inmóvil, en cuyos amaneceres y crepúsculos se oían, cercanas, las campanas conventuales de San Francisco y Santo Domingo, llamando a la misa de alba, o doblando el toque de ánimas, solemne y profundo.

El barrio de la calle Balcarce durante el día vibraba con el estrépito cotidiano de la ciudad: cruzábanlo coches, automóviles, tranvías, carros; tenía cafés pequeños donde tocaban músicos ciegos. Pero durante la noche, el cuadro cambiaba por completo.

Sus polvorientos y melancólicos palacios coloniales, sus conventos dormidos, sus iglesias silenciosas, todas sus piedras, parecían hablar y contar al último Alcántara la historia de sus sombras, la leyenda inolvidable de los espectros que lo poblaban.

Hasta las antiguas tabernas que permanecían abiertas parecían pertenecer a otras edades, a las bellas y románticas edades en que vivieran las sombras desvanecidas.

Jorge Alcántara solía pensar que eran las voces apagadas de un siglo y medio que dialogaban en el silencio de aquellas piedras coloniales; que era la historia que volvía y pasaba de puntillas por las estrechas calles del barrio, como para no turbar el sueño de los viejos palacios que dormían.

Eran las sombras ilustres de las viejas familias que sembraron la semilla de la raza y escribieron, con

su esfuerzo, con su sangre, con su pensamiento, el libro de la patria, los anales de la nacionalidad.

En esos melancólicos palacios de leprosas fachadas, de umbrales polvorientos, nacieron poetas y soldados, héroes y estadistas.

Jorge Alcántara amaba aquellas casas viejas de la calle Balcarce. Detrás de sus muros ennegrecidos y despintados, soñaron, amaron y vivieron los antepasados, allá en la edad lejana en que el siglo XVIII agonizaba y nacía, enorme y luminoso, el siglo XIX.

¡Cuánto vieron aquellos muros!

En los aleros coloniales resonaron los clamores de la Reconquista; el tañir ronco y desesperado de las campanas de los dos templos próximos hizo vibrar en aquellas piedras, en aquellas viejas casas que dormían, el primer grito de la nacionalidad, el anhelo de la libertad.

Testigo de aquella gloria que hablaba con campanas y cañones, aquellas piedras parecían haber guardado sus ecos para siempre, en sus almas dormidas, en sus sueños inmóviles.

Cada vez que Jorge Alcántara pasaba por las calles del barrio, decíase que, cuando se hubiesen ido los transeuntes, cuando las tiendas se hubiesen cerrado, se volvería a poblar con las grandes sombras... Una confusa multitud de espectros que pasaría entre los muros coloniales, y llegaría hasta las cerradas puertas del convento dominicano, al pie de la torre, coronada todavía por sus históricas cicatrices.

Nadie los vería. Pero estarían allí, invisibles y silenciosos, los espectros de aquella muchedumbre que vivió la hora más trágica de Buenos Aires, y que reposaba en los camposantos del pasado, bajo las losas de las callejas.

En los obscuros patios, desalojando las turbias visiones de los conventillos cosmopolitas, se movería esa muchedumbre de sombras, y el barrio, el antiguo barrio dormido, vibraría otra vez con la fiebre, la gloria y el dolor y los amores, los sueños, las vidas de los patricios, los poetas, los guerreros que allí vivieron y murieron.

Las piedras se acordaban...

¿Acaso no sintieron pasar, con metálico rumor, la espada de Belgrano, sepultado allí, a dos pasos de su cuna? ¿Acaso no escucharon, en las noches de antaño, entre la fragancia de los jazmíneros florecidos, los versos de Balcarce y de Varela?

Jorge contemplaba meditabundo, apoyado en una pared llena de grietas, las calles solas, iluminadas por la luna.

Todo dormía, con el profundo sueño de un cansancio de más de cien años, con la inmensa fatiga de las cosas grandes, de las cosas inolvidables.

El viento del estuario ya no llegaba como antes a cantar en los derruídos aleros; la espuma ya no salpicaba los umbrales de las casonas, como en los tiempos de su abuelo.

Entre ellas y el viejo río había calle, plazas, depó-

sitos, rascacielos, un siglo de lucha, de trabajo, de civilización.

Pero en la noche las casonas soñaban.

A Jorge Alcántara parecíale que hablaban con cuchicheos misteriosos. Cada rumor que vibraba en la calle antojábasele que era la mano espectral de alguno que hubiera muerto hacía mucho tiempo, y que llamaba a la aldaba antigua, cubierta de herrumbre, de un viejo palacio ruinoso.

II

Huérfano, sin hermanos, Jorge Alcántara habitaba los altos del conventillo con una hermana de su abuelo paterno.

Doña Mercedes Alcántara y Arriaga, a los ochenta y nueve años no olvidaba que descendía de uno de los fundadores de Buenos Aires. Profesaba un odio tenaz hacia otras dos sobrinas nietas que tenía, primas de Jorge, porque ambas se casaron con extranjeros, una con un noble italiano, y otra con un judío alemán

Amaba entrañablemente a Jorge.

La propiedad, la casa más vieja de Buenos Aires, pertenecía a Doña Mercedes, que, además de ésta, sólo poseía otra finca, una casa, antigua también, en la calle Belgrano.

Cuando ella muriese, ambas serían para aquel muchacho pálido, indolente, sin voluntad, el cual, aparte del apellido, sólo parecía haber heredado de sus mayores el cansancio de sus esfuerzos y de sus aventuras.

Doña Mercedes temblaba ante la idea de que su sobrino nieto se enamorase. Es decir, se enamorase de veras, pues ya lo estuvo varias veces, aunque sin consecuencias.

La altiva señora no se olvidaba nunca de una francesa ruidosa que un día se internó en el corredor y armó un escándalo en su indignada presencia... Jorge la despachó y pidió humildemente perdón a su tía abuela, jurándole por todos los santos que aquello jamás volvería a ocurrir.

A veces, en verano, cuando Jorge no tenía deseos de irse "por ahí", quedábase en casa. Doña Mercedes le contaba historias de antaño, en un español cuyo dejo arcaico encantaba al descendiente.

Eran historias muy vagas, muy lejanas. Historias borrosas e incoherentes de la tiranía, de la organización, de la guerra del Paraguay.

Una de ellas, Doña Mercedes, la repetía muchas veces.

—Decían que era hijo de Napoleón Bonaparte, — narraba lentamente la anciana — y vino a Buenos Aires como ministro de la Francia, allá en los tiempos del sitio grande. Yo no tenía todavía veinte años. Era igual de semblante a las estampas del emperador de los franceses. Decían que naciera en la Polonia, de resultas de un amor que tuviera el Bonaparte con una condesa de aquel país.

Referíase Doña Mercedes al conde Walewski, llegado al Río de la Plata en 1847 para negociar con Rosas el levantamiento del bloqueo.

—El Restaurador lo odiaba, — proseguía la vieja señora, — y el pobre conde tuvo que volverse. Era la finura misma. Han pasado setenta años, y todavía me parece estarlo viendo...Cuando llegó, al principio del invierno, la condesa, su esposa, estaba en estado interesante, y dió a la luz una niñita en el hotel del Globo. La bautizaron en San Francisco. Pero

la niñita murió al mes y la enterraron en la Recoleta...Pensar que era una nieta de Napoleón Bonaparte...¡Pobre conde! Al día siguiente lo sorprendí llorando detrás de un jazminero en el patio de la casa del señor Adrogué, donde se mudara después del incendio del hotel del Globo.

Cuando la fatiga comenzaba a invadirla, la buena señora empezaba a divagar, a volverse cada vez más incoherente.

Dejábala entonces Jorge, y se iba a la azotea, solo con sus pensamientos.

Antes, cuando contaba quince años, desde los aleros coloniales de la casa donde naciera, allí, en el dulce regazo de Buenos Aires, veíanse aun las aguas familiares del río.

Ahora el río permanecía hosco e invisible, detrás de los depósitos y los elevadores de granos.

Jorge Alcántara lo viera encresparse muchas veces bajo el áspero viento del Sur, y había pensado que aquél viento que mecía los transatlánticos y los paquetes de ultramar era el mismo que un día gimió en las jarcias de los bergantines de Solís y se llevó las canciones de los timoneles de Gaboto.

Era el río-mar de las leyendas inolvidables y de las heroicas aventuras: el inmenso río cuyas aguas mecían los ensueños de la historia americana, y que rodaba eternamente hacia el futuro.

De las entrañas misteriosas del continente venían las aguas de los grandes ríos a alimentarlo. Cuando murmuraban sus mareas bajo la luna de los equinoc-

cios, Jorge Alcántara creía escuchar el mensaje del estuario.

Era un mensaje de siglos.

Hablaba el río con la voz de sus leyendas. Pasaban las visiones que reflejaron sus aguas en el curso de las edades: las visiones de las carabelas descubridoras que, navegando en demanda de la quimera de Cipango, descansaron en la Mar Dulce la fatiga de sus largas travesías oceánicas.

Meció el estuario sus maderas crujientes, y arrulló los ensueños de hierro de Elcano y Magallanes. Las aguas aborígenes saludaron la llegada de los descubridores, y al besar los leños errabundos, murmuraron al oído de los pilotos el secreto del mundo nuevo, la leyenda de la Atlántida interior que esperaba con sus maravillosos imperios, la llegada de la historia.

...Todo lo viera aquél río que el descendiente de los conquistadores amaba desde su niñez, cuando lo veía encresparse bajo el viento del Sur, desde el tejado de la calle Barcarce.

Las campanas de los conventos arrancaban bruscamente de su ensueño a Jorge Alcántara, que se ponía de pié sobre el parapeto del tejado, y en la clara luz del alba de verano veía un pedazo de río, detrás de las chimeneas de los transatlánticos, entre los grandes depósitos rojizos.

Al bajar a su dormitorio, oía el trajín tempranero del conventillo.

Se acostaba desde hacía algún tiempo, después de amanecer, pues dormía durante todo el día.

III

Rosa que estás na roseira,
Deixate estar fechadinha:
Eu vou agora pra feira,
Cando volte serás minha...

Subía la canción, dulce y melancólica, en el alba clara, en el silencio del barrio. Jorge se quedaba adormecido escuchándola, y la volvía a oir en su sueño.

Varias veces la oyera durante aquel verano. Las coplas eran siempre diferentes, pero la voz era la misma.

—¿Quién será? — se preguntó.

El encargado del piso bajo, a quien interrogó, se la señaló una día.

—¿La que canta los fados? Allí está...

Jorge Alcántara la miró con curiosidad.

Era una muchachita morena, de ojos muy obscuros. Vestía casi miserablemente.

—Son gallegos, de las riberas del Miño, — informó el encargado.—Han llegado hace tres meses a Buenos Aires. Ella es la hija única. El padre anda buscando trabajo. La madre es enferma.

Después de estas palabras, pronunciadas con indiferencia; el encargado se dirigió al fondo del conventillo, donde parecía haber estallado una gresca entre dos rusas harapientas.

Jorge se quedó solo, en el sucio patio, mirando a la muchacha, que volvía a cantar. Era un "alalá" de su tierra, una triste canción de pobre:

Como minha mae e probe
Si non ten pan que me dar,
Éncheme a cara de bicos
E dempois rompe a chorar...

Se detuvo y dejó correr un chorro de agua sobre la ropa que estaba lavando. De pronto, como sintiendo la mirada, el hombre, se volvió y lo contempló un instante.

Jorge vió unos ojos negrísimos, con largas pestañas. Ella siguió lavando, indiferente. Esperó él unos instantes, pero ella, molestada acaso por la presencia del joven, guardó silencio.

Una anciana doblada por los años y los achaques salió de una de las piezas y se dirigió a la pileta.

—Debe ser la madre,—pensó Alcántara, y salió del conventillo.

La volvió a ver tres o cuatro días más tarde. Ella estaba lavando, como siempre.

—Buenas tardes...

Al oir el saludo, se volvió, seria, casi displicente.

—Buenas tarde, señor.

Bajo el tosco jubón lleno de costuras, el pecho de la muchacha se combaba suavemente. El cuello y las mejillas estaban cubiertas de un vello casi imperceptible, como los duraznos de diciembre.

—¿Por qué no canta desde hace algunos días?

Lo envolvió ella en una mirada fugitiva. Guardó silencio un instante, como meditando una respuesta apropiada. Jorge se dijo que estaría buscando palabras castellanas para contestarle.

—Mi madre está enferma, — exclamó, finalmente,—pero si el señor manda, cantaré...

—Yo nunca mando a las mujeres hermosas, sino que ruego...

Ella lo miró con seriedad.

—¿Cómo se llama usted, señorita?

Enrojeció ella súbitamente.

—Cándida García, señor...

—Yo me llamo Jorge.

—Ya lo sabía, señor...

—¿Sabía mi nombre?

—Todos lo saben en la casa,—respondió la muchacha,—un día que usted entró, hace una semana, la mujer del encargado dijo: "ahí está el señor Jorge".

Siguió lavando.

Jorge quiso continuar la conversación. Pero advirtió que los ojos curiosos de todo el conventillo estaban fijos en él, y se retiró.

IV

Se había ido el verano, y los vientos de abril cantaban su canción otoñal en los tejados ruinosos de las casonas, en las torres familiares de los templos conventuales.

Con los fríos húmedos del otoño porteño, recrudecían los achaques de Doña Mercedes Alcántara y Arriaga, que se encerraba en su habitación, la misma donde naciera, y no salía de ella más que para ir a la misa de alba en Santo Domingo.

Jorge, en las veladas largas y solitarias, pasábase las horas muertas sentado frente a su tía abuela, oyéndola divagar sobre el tiempo desvanecido, sobre las gentes que ya no estaban más.

Veía en ella el descendiente a todas las sobrevivientes del patriciado argentino. Era Doña Mercedes una de las pocas ancianas de su clase que iban quedando en los hogares solariegos de Buenos Aires, pálidas reliquias de un tiempo tumultuoso y extraño, absortas en el pasado, dialogando con las sombras de sus muertos.

La vida pasaba, agitada y febril, sin que ellas,

las viejecitas solitarias, la sintieran. Los amores de los hijos, de los nietos, los pesares de las generaciones nuevas, no turbaban el mundo brumoso y dulce de sus memorias. Sus ojos, llenos de cansancio, apenas se humedecían junto a las cunas y los féretros de sus descendientes, cada vez más distantes de sus corazones marchitos.

Jorge oyera decir a sus primas que su tía abuela, allá en una década remota, había tenido un novio.

Era una histórica trágica, la del único amor que iluminara la existencia de Doña Mercedes Alcántara.

Fué su novio un abogado de Córdoba, que viniera a establecerse en Buenos Aires cuando comenzaba el terror argentino, cuando Rosas, enfurecido aún por la revolución del Sur, segaba las cabezas en las calles.

La Mazorca degolló al novio, a pocos pasos de la casa de la calle Balcarce, una noche que salía de visitar a su prometida.

Doña Mercedes vió el cuerpo ensangrentado, tendido sin cabeza en medio de la calle, y vivió para tenerlo presente siempre.

Algunas veces, en las mañanas de invierno, cuando salía para ir a la primera misa, antes de amanecer, la anciana creía ver el cuerpo de su novio en el mismo lugar donde lo viera una noche de hacía más de setenta años.

La criada que la acompañaba siempre, oíala murmurar en esas ocasiones:

—¡Carlos! ¡Carlos!

El lamento de bronce de las campanas, en la claridad lívida del alba, desvanecía la visión desgarradora de la viejecita, que apresuraba el paso y se perdía en las penumbras de la gran nave de Santo Domingo.

Una tarde, hacía varios años, Jorge, revolviendo unos libros viejos, encontró entre las páginas de una Vida de San Sulpicio, un papel amarillento, casi ilegible.

Eran unos versos escritos en 1840, una imitación de la Diamela de Echeverría:

Oh jazmín de las noches porteñas,
Dulce amor a quien vengo a cantar:
Los rosales me han dicho que sueñas...
¿Algún día me habrás de olvidar?

Firmaban dos iniciales, C. R., y los versos estaban dedicados, en una inscripción borrosa, a Mercedes Alcántara.

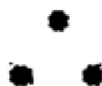
Mucho tiempo permaneció Jorge con los ojos fijos en los pobres versos de amor de la víctima de Rosas. Pensó que la escritura no se había vuelto borrosa tan sólo por la acción del tiempo...

¡Cuántas veces los labios, hoy marchitos, de su tía abuela, habrían besado aquellos renglones apasionados!

¡Cuántas veces los ojos, hoy apagados y tristes, de la noble señora, habrían humedecido con sus lá-

grimas de amor, en el silencio de la casa solariega, los versos de su poeta muerto!

Volvió a guardar el papel entre las hojas de la Vida de San Sulpicio.



Una mañana cruda de Mayo, pocos días antes de la fiesta patria, Jorge regresaba de una reunión que se prolongara hasta el amanecer. Los vapores del alcohol, consumido en cantidades considerables en las cavernas luminosas de la calle Corrientes, turbaban su visión, y su marcha era irregular.

El frío era intenso, y una niebla espesa, saturada por todos los olores de la ciudad, flotaba sobre la calle solariega.

Pocos pasos antes de llegar a la puerta de la casa, Jorge, medio ebrio, advirtió que la puerta entornada del conventillo se abría y una figura confusa se dibujaba en la calle.

Se detuvo, y vió venir hacia él a la españolita, con un atado de ropa entre los brazos, cárdenos de frío.

Le miró ella con ojos graves, y lo saludó con el respeto de siempre. Muchas veces, en las habladurías del conventillo, oyera decir que el sobrino nieto de la dueña de la casa solía volver tambaleando, al alba, con los cabellos sobre la frente y el semblante lívido.

Aquel encuentro llenó de vergüenza a Jorge Alcántara. Durante muchos días permaneció invisible, sin atreverse a frontar los ojos negros de la inmigrante.

Otra mañana de junio, más fría que las anteriores, al irse a dormir, después de haber estado toda la noche leyendo, oyó el canto de la alondra. Era como una campana de cristal repicando en el turbio silencio del conventillo:

Dicen que tí moras lonje,
Mas eu digo que aiquí nao,
Que moras aiquí pretinho
Dentro de meu coraçao...

Jorge permaneció inmóvil en el corredor, olvidándose del frío penetrante, del viento glacial que hacía crujir las puertas y ventanas de la casa vieja.

Desperta a sao de guitarra,
Leva, arriba, marinheira,
Adeus, Sao Joao da Barra,
Adeus, oh ria da Veira...

Asomóse al patio y la vió descolgando la ropa que tendiera a secar la noche antes. El frío y la humedad enrojecían las manos y los antebrazos de la chica.

Fué en busca de su abrigo, y salió a la calle. Al

transponer el umbral vió que iba ella por la esquina.

La calle Balcarce estaba desierta. Las luces de un bar de obreros temblaban, amarillentas, entre el sueño y el silencio de los palacios virreinales.

Jorge apresuró el paso.

El no la vió, pero detrás de él, silenciosa y enlutada, seguida por la sirvienta, había salido Doña Mercedes Alcántara, camino de Santo Domingo.

Las campanas históricas doblaron con sus voces solemnes y profundas, llamando a los fieles del barrio.

Doña Mercedes hizo la señal de la cruz, y se volvió hacia la criada, señalando con mano flaca y trémula la figura del nieto de su hermano.

La criada comprendió.

—Sí, señora... Va detrás de la chica del conventillo... Ya la alcanzó... Van caminando juntos.

Las campanas continuaban doblando su canto secular. La viejecita permaneció inmovil un instante. Después fijó sus ojos apagados en las piedras desiguales de la calle, en el mismo sitio donde los fijaba desde una noche de hacía setenta años.

Luego se persignó otra vez. La criada le oyó murmurar el nombre misterioso del eterno ausente, el nombre de aquel muerto que nunca acababa de morir en su marchito corazón:

—¡Carlos! ¡Carlos!

V

El invierno porteño, largo y glacial, se iba, con sus fríos de muerte, sus helados vientos, sus lluvias interminables.

Cándida García cantaba ahora todas las mañanas. Los viejos aires de Galicia flotaban durante horas enteras en el conventillo, y Jorge Alcántara los escuchaba, con hastío naciente, desde el piso alto.

Eran los cantares de los primeros días. Pero diríase que la voz de la muchacha tenía un acento nuevo, un estremecimiento de pasión...

Doña Mercedes se inclinaba lentamente hacia la tamba.

Desde aquella mañana en que viera a su heredero salir al amanecer detrás de la chica del conventillo, no pudo seguir asistiendo a las misas de alba, lo cual llenábala de congoja.

Ya no podía la vieja señora contemplar al melancólico Señor del Buen Viaje, en la nave central; aquélla imagen familiar y dulcísima que la mirase con sus pupilas inmóviles y dolorosas desde los días lejanísimos e inolvidable de su juventud.

Sabía Doña Mercedes, por varios conductos, las salidas de su sobrino nieto con la españolita.

Un día le interrogó; Jorge guardó silencio.

No insistió la anciana, pero empezó a hablar de sus antepasados, de aquel Alcántara, que fuera compañero de aventuras de Don Juan de Garay, de otro que combatiera en Maipo y en Junín, de otro que fué escritor y ministro, de otro que fué poeta y general...

Jorge, con los codos en las rodillas y la cara entre las manos, contemplaba el rostro pálido, color cera, de su tía abuela, y veía pasar las sombras de los antepasados convertidos en polvo.

Habían sido esforzados y viriles. Vivieron en edades de fuego, de sangre, de lucha. Él, Jorge Alcántara, no heredó de ellos más el cansancio de sus esfuerzos y de sus aventuras.

Fatigada por el largo discurso, Doña Mercedes enmudeció.

En ese instante, dominando las voces agrias del conventillo, subieron hasta ambos, en la habitación de muros espesísimos, las notas de un cantar:

Dicen que tí moras lonje,
Mas eu digo que aiquí nao,
Que moras aiquí pretinho
Dentro de meu coraçao

Doña Mercedes se quedó meditabunda. Luego en-

volvió en una larga mirada al nieto de su hermano, y una lágrima corrió por su mejilla de marfil.

—No llore, tía... No llore...—murmuró Jorge, estrechando entre las suyas las manos transparentes de la viejecita, y acercando su rostro al de ella.

—Un Alcántara...—balbuceó la anciana, — un Alcántara... Con una emigrante, con una gallega, con la hija de un portero...

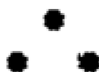
La sacudió un estremecimiento, y cerrando los ojos cansados, se quedó rígida.

Jorge dió voces, y momentos después, colocada amorosamente en la cama donde había nacido, la anciana abrió los ojos, y se quedó mirando el techo, con expresión vaga y lejana.

—Tiene para poco tiempo—susurró el médico al oído de Jorge,—está muy viejecita, la pobre...

De abajo, del patio, subía el cantar, dulce y apasionado:

Carmela, vamos a praya,
Contaréiche os meus amores
E ti contarásme os teus...



Buenos Aires, durante aquellos meses largos, los arrullara en su regazo, les brindara el amor de sus arboledas entibiadas por un pálido sol, el silencio de sus barrios apacibles...

Habíale confesado ella su amor desde la vez primera que lo viera entrar al patio del conventillo; su dolor, aquella madrugada que lo sorprendió llegando ebrio a la casa de sus mayores.

El padre lograra hallar un empleo, en una casa importadora, y la madre ya no sufría los dolores atroces que la postraban cuando recién llegaron de España.

Hacíale Cándida relatos de su niñez en el pueblecito que reflejaba los muros blancos de sus casas viejas en las aguas del Miño. Contábale, trémula de espanto, cómo su tío Joaquín fuera muerto a puñaladas en una riña, durante una romería; la muerte de su hermana mayor, que era alta, y fuerte, y hermosa, y un día comenzó a toser, a toser, a ponerse amarilla, hasta que el buen Dios se la llevó.

Decíale luego de sus paseos por los pueblecillos todo blancos, en las mañanas de julio, y de una vez que fuera a ver una quema de montes en la frontera de Portugal.

La historia del viaje, la partida de la tierra natal, la travesía temerosa por el mar azul, revestía contornos épicos para el alma sencilla de la inmigrante. Creía que jamás se repondría de una emoción tan grande...

Jorge Alcántara, a su vez, contábale historias que la llenaban de maravilla. Historias de su familia, grande y famosa en otro tiempo, y reducida ahora a una viejecita moribunda y a un descendiente que no servía para nada.

Las leyendas olvidadas del barrio ilustre causaban asombro a Cándida, que lo interrumpía para contarle que en su pueblo había casas viejas, tan viejas que estaban allí desde el tiempo de Isabel Segunda...

.. ..

Desde entonces habían pasado varios meses.

VI

Al entrar en la habitación de la anciana, vió Jorge una mujer vestida de blanco, con una cofia nívea, bajo la cual se escapaban unos cabellos color ceniza.

Doña Mercedes dormía profundamente.

—Soy la enfermera que ha mandado el doctor Núñez, para cuidar a la señora...

Las palabras, lentas y precisas, tenían un leve acento extranjero.

—¡Ah!...

—¿Usted es el señor Jorge, el sobrino nieto de la señora?

—Sí, señorita...

Los ojos grises, meditabundos, lo miraron con atención un instante. Luego desaparecieron bajo las obscuras pestañas.

Jorge, vagamente turbado, creyó que debía decir algo.

—Mi tía abuela está muy viejecita, y hay que cuidarla mucho...

—La cuidaré... Ese es mi oficio,—afirmó la mu-

jer, y el descendiente la vió acercarse de puntillas al lecho de Doña Mercedes, quien parecía una muerta que respirase.

—¿Cómo se llama usted, señorita? — preguntó en voz baja.

Los ojos grises fulguraron bajo la cofia blanquísima.

—Nina Rouget, señor...

Doña Mercedes abrió los ojos. La enfermera le alisó dulcemente los níveos y escasos cabellos. Luego levantó la cansada cabeza y la hizo beber un líquido azul.

Jorge observó que Nina Rouget tenía unas manos grandes, un poco grandes para una mujer, pero extraordinariamente cuidadas, con los dedos en punta.

Bebió Doña Mercedes y volvió a sumirse en su sueño, con un suspiro apenas perceptible.

La enfermera, silenciosa como una sombra, dismiyó la luz. Parecía una gran ave blanca revoloteando en la penumbra.

Al salir de puntillas, Jorge sólo vió los enormes ojos grises, que parecían haberse vuelto violeta, fulgurando bajo la blancura espectral de la cofia.

•

• •

—Maldito, tí, que me roubache meu tesoro!

Aquel grito parecía salir de las mismas entrañas del hombre.

Jorge Alcántara, con los brazos cruzados, lo miraba en silencio.

—¡Maldito!

Vibraba en aquel acento todo, todo el dolor del pobre resignado a las pesadumbres de la existencia, a las injusticias del destino.

—No se ponga usted así, García...

Abajo, en el conventillo, reinaba un silencio inusitado. Jorge Alcántara creía ver el rostro curioso de las rusas atisbando el drama de maternidad en el humilde aposento de los gallegos.

El padre de Cándida, abrumado por la desgracia, estalló en sollozos sordos, espantosos.

Jorge pensó en su tía abuela, que se moría desde la noche antes en una habitación próxima, entre un dominico y un franciscano.

—Cállese, por Dios, hombre...

—No lo mato, señor, porque me llevarán a presidio, y mi mujer y mi hija se morirán de miseria...

Jorge advirtió una sombra blanca en el corredor, una sombra que iba y venía, que parecía detenerse un instante.

¿Habría oído Nina Rouget?

Escuchóse el rumor de una ambulancia en la calle.

Arrojándole una mirada de odio y de angustia, el hombre salió de la casa.

Al internarse en el corredor, Jorge vió que la enfermera había desaparecido.

La encontró en la habitación de su tía abuela. Doña Mercedes Alcántara y Arriaga se moría.

Era la suya una agonía lenta y dulce, y ella se sentía morir como un cirio que se extingue.

El abogado Cárdenas, el viejo amigo de la familia, la miraba, silencioso.

Respiraba casi imperceptiblemente, con los ojos cerrados. El doctor Núñez la contemplaba también, con los brazos cruzados.

De pronto los abrió, y miró largamente al sobrino nieto. Sus labios se movieron, pero de ellos no salió ningún sonido.

Entonces Jorge se levantó, y abriendo la Vida de San Sulpicio, sacó de entre sus hojas amarillentas los versos firmados C. R., y los colocó entre los dedos de cera de Doña Mercedes.

—Son de él, tía, son de él,—murmuró al oído de la moribunda, que lo miró como si comprendiese.

—Carlos... Carlos...

Jorge sentía los ojos de la enfermera clavados en su rostro. El perfume vago, imperceptible, de Nina Rouget, le envolvía como en una misteriosa e invisible caricia.

No quería mirarla. Con un violento esfuerzo, trató de olvidarse de aquella presencia, turbadora como un deseo, junto a la agonía de su tía abuela.

El dominico y el franciscano rezaban. Entre el sordo murmullo de sus plegarias, Jorge Alcántara oyó el rumor de la ambulancia que se alejaba.

La enfermera también lo oyó claramente, y sus ojos claros se volvieron sombríos, centelleantes.

Jorge, estremecido, mareado por el olor de las me-

dicinas y del incienso que llenaban la habitación obscurecida, pensó que allí, entre el rezo sordo y monótono de los frailes, la agonía de su tía abuela era el pasado que se iba irreparablemente, la tradición de sus mayores, que se extinguía; que allá abajo, en el silencio turbio del conventillo, en la misma casa donde nacieron, soñaron, amaron y murieron cinco generaciones de Alcántaras, su misma sangre retoñaba, bastarda, en una aventura vulgar.

Y sobre aquellos dramas, el de la muerte y el de la vida, se alzaba, ardiente y misteriosa, la sombra de una mujer de la que apenas sabía el nombre, pero que hacía estremecer todas sus fibras...

Miró nuevamente el pálido rostro de la hermana de su abuelo, la que amó fielmente a un muerto durante setenta años, y acudieron a sus oídos las palabras de un día que le parecía tan lejano ya:

—Un Alcántara... Con una emigrante... Con la hija de un portero...

Doña Mercedes había dejado de respirar. Los dos frailes, solemnes, austeros, como una visión del pasado, se pusieron de pie.

La enfermera se arrodilló junto a la muerta y juntó las manos de cera.

Ocho días más tarde, Jorge Alcántara abandonó para siempre la casa de la calle Balcarce.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

I

Julia Alcántara de Meyer, tendida perezosamente en un sillón, volvía hacia Jorge sus vivos ojos inquietos.

—Pobre tía Mercedes...

Pero su acento sonaba a falso. Doña Mercedes no veía a sus dos sobrinas nieta desde el casamiento de ambas, Julia y Lucía.

Julia era la mayor. Contaría ahora veintinueve años. Su padre, que fué hermano del padre de Jorge, dejó a las dos una regular fortuna. Julia, rubia, trivial, atraída por todo lo que fuera lujo y ocio, conoció a Teodoro Meyer cuando contaba veinticuatro años.

Meyer era un alemán de Stuttgart. Llevaba escrito en su semblante agudo su origen israelita, y vivía sumergido siempre en vastas y misteriosas operaciones de bolsa. Llevaba veinte años a su mujer, y la

amaba tiernamente. Su ternura se traducía en presentes magníficos que llenaban de emoción profunda el tibio corazón de la porteña.

—Pobre tía...

Cerrando los hermosos ojos, Julia empezó a evocar los recuerdos de la parienta muerta.

—¿Sabes que se me perdió el collarcito de brillantes que me regaló cuando hice la primera comunión?

Continuaba su conversación superficial.

—¿Tú por aquí? Ya era tiempo de que te viéramos...

Lucía Alcántara, pequeña, menuda, morena, le tendió una manecita enguantada, sonriendo fríamente. Su semblante aguileño acentuábase bajo su sombrero.

Contaba dos años menos que su hermana. En las crónicas sociales hacíase llamar siempre "la condesa de San Miniato".

—Así es que mañana son las misas por la tía Mercedes...

—Sí, mañana,—dijo Jorge.

Miraba a las dos hermanas y recordaba su infancia. Lucía fué su prima favorita. Cuando tenía diez años la llamaba su novia.

Lucía también comenzó a evocar los recuerdos de la tía abuela.

—Yo sé que nunca nos perdonaba nuestro casamiento... ¡Cosas de vieja...! ¿Acaso, César, mi marido, no pertenece a una de las más nobles y anti-

guas familias de Toscana? Tía se enojaba porque era extranjero. Pero un extranjero con la mejor sangre de Italia...

Habló de los antepasados del conde, que le había enseñado concienzudamente la historia de su linaje.

De pronto se interrumpió.

—El que debe salir ganando con la muerte de tía eres tú, ¿verdad?

Sus bellos ojos se volvieron duros, fríos. Julia, que guardaba silencio escuchando a la condesa, se enderezó sobre su sillón.

—¿Por qué me lo preguntas, Lucía?

Ella se encogió de hombros.

—Hazte el desentendido... No en vano te habrás resignado a vivir toda tu juventud al lado de esa vieja chocha que no hacía más que rezar todo el día, en una casa vieja y sucia, arriba de un conventillo...

Jorge se irguió, con indignación súbita.

—Te prohibo que digas eso, Lucía... La tía Mercedes era más mujer, más romántica, más humana que tú. La tragedia de su novio no le secó jamás el corazón, como a tí el título de tu conde y a Julia los millones de Meyer...

—Perdóname, Julia,—agregó,—pero las palabras injustas de Lucía me han irritado...

Se volvió hacia la condesa.

—En cuanto a la casa vieja y sucia, fué para la pobre tía y es para mí, más honrosa, más ilustre que todos los palacetes de la calle Suipacha o de la

calle Juncal, aunque tengan escudos italianos sobre la puerta.

Iba a seguir hablando. Pero en ese instante entró un hombre de baja estatura, de cabellos grises cortados al rape. Vestía con prolija elegancia, a pesar de sus años, y unos lentes de oro cabalgaban sobre una pronunciada nariz semítica.

Era Teodoro Meyer.

Jorge se puso de pié y le tendió la mano. El banquero la estrechó con helada cortesía.

La conversación se hizo banal, de circunstancias.

—¿Vamos a almorzar?

Julia, lánguida, indolente, tocó un timbre y ordenó se sirviera el almuerzo. Lucía desapareció para quitarse el sombrero, y aprovechando su ausencia, la hermana mayor dijo al oído de Jorge:

—¿Para qué has dicho todo eso?

Jorge no contestó.

Mientras se dirigían al comedor, Meyer, que realizaba esfuerzos para aparentar cordialidad hacia el pariente de su mujer, le interrogaba sobre lo que pensaba hacer, ahora que su ilustre parienta estaba muerta.

—¿Usted la extrañará mucho, verdad? Porque fué para usted una segunda madre...

Jorge comprendía claramente lo que había detrás de aquellas palabras. El israelita le preguntaba, en realidad:

—¿Heredará usted todo, verdad? Porque usted vivió siempre al lado de ella para eso...

Se sentaron a la mesa. Jorge lanzaba miradas en torno suyo. Los muebles magníficos, de puro estilo Elisabethan, fueron comprados por Meyer en Inglaterra. Un Manet auténtico y una copia de Van Dyck se desvanecían en la penumbra del comedor. Los cubiertos de plata, la cristalería, todo hablaba de la fortuna de Meyer...

Reapareció Lucía.

—¿Y el conde?

—Almuerza en el Jockey Club,—contestó Lucía. Sus cabellos obscuros y lisos caían en bandas simétricas sobre su rostro virginal, y su perfil aguileño se recortaba como un camafeo en la media luz.

Continuaron hablando de la muerta.

—¿Tú no te aburrías en esa casa, Jorge?

—Todo lo contrario, mi querida prima... En cada una de sus piedras, de sus rincones, yo encontraba una voz, un recuerdo...

—Siempre fuíste un soñador incorregible, — observó Lucía, mirándolo y recordando vagamente los días distantes en que eran novios...

Y agregó:

—¿Cómo podías soñar y vivir oyendo todo el día la gritería del conventillo?

La gritería del conventillo...

En la penumbra del lujoso comedor Elisabethan, le pareció oír de nuevo la voz de plata de la inmigrante, los "alalás" y las coplas de amor.

Dejó de comer.

—Te has puesto pálido, Jorge.

Las dos primas lo miraron con curiosidad. Meyer continuaba comiendo con indiferencia.

—Pobre tía... La querías tanto...—dijo Julia.

—De modo que te gustaba vivir en aquella casa... —prosiguió la condesa.—Naturalmente—agregó, de pronto,—como que sabías que iba a ser tuya... ¿Y la de la calle Belgrano?

Meyer, al escuchar estas palabras, volvió a dejar el cubierto y levantó los ojos.

Jorge se encogió de hombros.

—¿Nos vas a decir que no sabes si heredarás todo lo que deja la tía Mercedes?

La pregunta causó una indignación repentina a Jorge. En medio de aquel lujo evidente, sintió el frío de aquellas almas sórdidas y glaciales que se estaban repartiendo las piedras ilustres de los antepasados.

—Una de las casas, según he oído,—dijo Meyer,—sería para la Iglesia Católica, o para un convento...

—Yo no sé nada,—afirmó Jorge, haciendo ademán de levantarse,—pero prefería que las casas de la tía Mercedes, especialmente la de la calle Balcarce, fueran a manos de los dominicos o los franciscanos, o a las mías, antes que a las de ustedes, mis queridas primas...

Meyer frunció el ceño.

—¿Por qué, Jorge?—exclamó Lucía, sonriendo fríamente.

—Porque ustedes, tan modernas, tan elegantes, las

harían derribar y construirían departamentos o depósitos...

Se puso de pie.

—¿Te vas disgustado, Jorge?

—Oh, no...

—¿Crees que hablábamos en serio?

—Probablemente...

—No lo creas...

Se despidió. Meyer le tendió su mano fofa y glacial.

—Mañana nos veremos en las misas de la tía.

—Hasta mañana.

En cuanto hubo desaparecido, Lucía se volvió su hermana y su cuñado.

—El sabe muy bien que hereda todo. Hasta las alhajas antiguas de Doña Mercedes.

Su acento vibraba de despecho. Julia se quedó pensativa.

—Eso lo veremos, — dijo Meyer, y un relámpago de codicia pasó por sus ojos duros y penetrantes de judío.

Jorge, por su parte, iba pensando en aquellas mujeres que llevaban su sangre.

Cuán lejos estaban ambas de su corazón y de su pensamiento...

Veíalas, de pequeñas, corriendo por el campo, cuando Rodolfo Alcántara, el padre de ellas, vivía, y lo llevaba a pasar los veranos a la estancia del Tuyú. Recordaba los besos infantiles de la primita morena...

Ahora, las chiquillas afectuosas de antaño eran dos mujeres duras, triviales, sórdidas, como sus maridos, aquellos dos odiosos extranjeros de los que abominaba Doña Mercedes con todo su viejo y romántico corazón.

Y experimentó un júbilo silencioso, al pensar que las casas viejas y las joyas antiguas de la tía muerta, aquellas famosas alhajas que fueron la gloria de los salones porteños en tiempo de Rosas, no irían a las manos ávidas de aquellos parientes.

El heredaba todo. El doctor Cárdenas se lo había dicho.

II

Pasábase durmiendo los días enteros, en aquel obscuro hotel de la calle Rivadavia.

La única visita que recibía algunas veces era la de Cárdenas.

Cerca de un mes hacía ya que estaba en ese hotel; más de un mes que la tía abuela dormía junto a las cenizas de los suyos, en el blanco silencio de la Recoleta.

Y fué el mismo Cárdenas quien un día informó a Jorge que los padres de Cándida García habían desaparecido. Jorge le encargara que entregara dos mil pesos a la pobre familia.

—Se han ido sin dejar rastros, — manifestó el abogado.

Pero Jorge ya ni pensaba en los García. El recuerdo de Nina Rouget le obsesionaba.

¿La buscaría, o dejaría que la vida prosiguiera su curso?

No estaba seguro si la amaba. Mas, la inquietud misteriosa, inexplicable, que le causara desde un principio la enfermera, seguía turbando su corazón.

De buscarla, la hubiese encontrado sin mayor dificultad. Pero...

Levantábase cada día más tarde. A esa hora, el hotel estaba silencioso y desierto. Danzaban sombras en los obscuros corredores, en los cuales apilábanse valijas de todo tamaño, con letreros multicolores.

Un piano invisible vibraba con sonoridades extrañas y melancólicas en las profundidades del hotel.

Nina Rouget...

El rostro pálido de la enfermera lo perseguía.

Después de comer, hundíase en las entrañas palpitantes de Buenos Aires, sólo con sus pensamientos y sus recuerdos.

—¿Qué le reservaba la vida?

Estaba solo, solo. El pasado había muerto con Doña Mercedes Alcántara y Arriaga. Cándida García era una flor marchita y olvidada. Sus primas...

Recordaba las palabras de aquel día que almorzó con ellas y con Meyer. Pensaba en el disgusto profundo y amargo de aquellas dos hermosas mujeres al saber el testamento de la tía abuela, que ni siquiera las mencionaba.

Doña Mercedes había legado sus joyas a los dos conventos, y sus casas al sobrino nieto.

Solo, solo...

Fué entonces cuando comenzaron a asaltarle misteriosos presentimientos. La voz resonante de las calles, el espectáculo de aquella humanidad laboriosa y ardiente que desfilaba día y noche ante sus ojos, le producía estremecimientos de inquietud, le llenaba

de inexplicables esperanzas, de terrores incomprensibles.

Solo, solo...

El pálido espectro de la madre muerta vivía siempre en su corazón, como una sombra suave y doliente hacia la cual se volvía en sus negros instantes.

Murió cuando Jorge aprendía a caminar. Desde el fondo borroso de sus recuerdos infantiles, la blanca imagen remota y adorada surgía como una visión del paraíso.

Fué una enferma, la pobre Doña Ana María Aguirre de Alcántara. Casó muy joven aún con el padre de Jorge, y fué el suyo un breve y novelesco idilio del pasado, un amor de romance al que la muerte puso término cuando el descendiente estaba aprendiendo a balbucir:

—Mamá... Mamá...

El padre de Jorge sobrevivió dos años a su amorosa compañera. Y un día los ojos infantiles, absortos de espanto, vieron que unos hombres vestidos de negro se llevaban para siempre al hombre taciturno y melancólico que lo mecía en sus rodillas y murmuraba sin cesar:

—Ana María... Ana María...

*
* *

Perdíase el descendiente en las encrucijadas de la City.

El barrio, solitario durante las horas de la maña-

na, poblábase de multitudes apresuradas, afanosas. Los pesados portales de los Bancos se abrían, y de su interior, detrás de las rejillas, escapábase un rumor metálico, heroico, convulsivo.

Jorge miraba rodar el oro, y calculaba el dolor y el trabajo que representaban aquellas cantidades fabulosas.

Eran la riqueza de un pueblo; cada moneda de oro, cada billete de Banco, decíase, representaban una larga y obscura fatiga humana, una gota de sudor y una lágrima.

Millones de hombres trabajaban para acumular aquellas riquezas. Centenares de navíos cruzaban los mares, millones de manos se enfriaban sobre la reja de los arados, sobre los libros de las oficinas, para amontonarlas.

Por eso, meditaba, el oro era heroico, era el símbolo del heroísmo. Eran los valores que habían creado los hombres en la labor inmensa, abrumadora, de las centurias. El empleado de Banco que le descontaba los cheques del doctor Cárdenas no pensaba que aquellos billetes entregados con indiferencia, lo había creado el tosco y humilde labriego inclinado sobre el surco, el peón que salía con un bulto de la sentina de un navío, el herrero que martillaba sobre el yunque, el minero que blandía su pico en las negras entrañas de la tierra.

La multitud crecía, pasaba, con un murmullo sordo. Era la hora en que la ciudad hablaba con todas sus voces, con acentos febriles, vibrantes de vida y de

inquietud. Sentíase como el latido de un solo e inmenso corazón...

En las colmenas de las oficinas, el tic-tac de las máquinas de escribir no se interrumpía ante los gritos estridentes y angustiosos de los teléfonos.

En las calles angostas, rectas, del barrio de la Merced, flameaban, con una alegría extraña, las banderas verdes, rojas, azules, de las agencias de navegación.

Jorge Alcántara sentía en sus pliegues, en su inquieto júbilo, un soplo de aventura, una promesa misteriosa.

Parecían llamar imperiosamente a los transeuntes; hablaban sus letreros de encantados viajes, de países distantes, de ciudades maravillosas y lejanas.

Era una sugestión potente y extraña, la de las banderas de alegres colores ondeando en las angostas calles del barrio de la Merced. Para cada uno tenían su mensaje. El extranjero se estremecía súbitamente al leer el nombre de su ciudad natal en la ondulante bandera amarilla, azul, roja...

Era una voz que lo llamaba. El prisionero de las calles, el que no podría partir nunca, quizá, sentía la voz misteriosa de las banderas, con melancolía mortal.

Otro, al verlas, al pasar, entrando o saliendo de sus oficinas, contestaba mentalmente al llamamiento, desde el fondo de su nostalgia, de su fatiga o de su sueño:

—Bueno... Ya iré... Mañana... El año que viene... Algún día...

Crecía el ronco murmullo de las colmenas. Niños, mujeres, hombres, ancianos, todos trabajaban. Ricos y pobres, débiles y fuertes, grandes y pequeños, el mismo misterioso esfuerzo los llevaba o los traía, los inclinaba sobre escritorios y mostradores, y el mismo viento soplaba en sus almas.

Decíase Jorge Alcántara que estaban realizando la obra gigantesca del futuro, inconscientemente, pacientemente.

Eran las multitudes de la City, laboriosas y heroicas. Eran las pobres manos que se fatigaban trazando números y escribiendo, los ojos que se enturbiaban bajo el violento resplandor de las lamparillas eléctricas, los cerebros que cavilaban y calculaban, los pies que iban y venían.

Sí, no había poesía más grande ni más honda que la del trabajo. El, Jorge Alcántara que no había trabajado nunca, al perderse en las caravanas del barrio experimentaba una humillación secreta y misteriosa. Era el ritmo del universo, el que continuaba en escritorios, bancos, locales y oficinas.

Después, el sordo murmullo de la City culminaba en un himno profundo y victorioso. Las muchedumbres comenzaban a dispersarse, como los pájaros que desaparecen al obscurecer.

Retornaban las riquezas a sus escondrijos, en las catacumbas de sus templos, el oro palpitante, cálido, como las manos que lo acuñaron y las obscuras muchedumbres que le dieron el imperio del mundo.

Las colmenas de la City comenzaban a quedarse

solitarias y silenciosas; su pueblo febril y fatigado emigraba a los barrios y suburbios distantes, alejábase en las sombras del crepúsculo.

Jorge ya no sentía aquel calor de humanidad en las calles angostas y rectas, ni oía las voces extrañas, resonantes, que le hablaban durante el día.

Caía la noche, y la City quedaba desierta. El último escritorio apagaba sus luces y cerraba sus puertas. Pero todas aquellas gentes que se habían ido, después de trabajar el día entero en la City, dejaban algo en ella: dejaban tras sí su inquietud y su fatiga.

El barrio, ya solitario, tenía una inquietud misteriosa, de sus cerradas puertas escapábase algo como un inmenso suspiro de cansancio.

Vibraba el barrio de dolor.

Allá, del patrio río, llegaba un frío viento, cargado de ásperos olores marinos, de apagados rumores de naves que dormían. El eco sordo y lejano de la marea venía a morir en los umbrales de los Bancos.

Del Paseo de Julio, agazapado en el crepúsculo como un mendigo, venía otro eco de la marea humana. Alguna que otra lenta y andrajosa figura pasaba por la sombra de los grandes edificios dormidos y se perdía en la penumbra de las calles.

De la ciudad, iluminada, viviente, colosal, llegaban los ruidos variados y profundos de la noche, los vehículos en fuga, las músicas de los cafés, el murmullo de los teatros.

Jorge Alcántara contemplaba el sueño de la City.

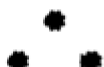
Era un sueño inquieto, dolorido, lleno de voces y de visiones.

En esas horas, cuando toda la ciudad se envolvía en un manto de silencio, Jorge creía sentir en las calles del barrio de la Merced el paso de las multitudes cotidianas, un largo desfile de espectros febriles...

Los tesoros dormidos continuaban ejerciendo su fascinación misteriosa; las banderas multicolores de las agencias de navegación seguían ondulando en el frío viento nocturno, llamando a las sombras, y los buques dormían y esperaban en el silencio del río.

Al abandonar el barrio, cansado y soñoliento, Jorge pensaba que el sol se llevaría las visiones y llamaría otra vez a las cerradas puertas de las colmenas, que despertaría los tesoros en el fondo de las catacumbas y volvería a llevar las muchedumbres a sus yunques.

Pero él estaría siempre solo.



Otras noches no se movía del hotel.

Tendido en la cama, hojeaba distraídamente libros que adquiría durante sus excursiones por los barrios, libros de versos generalmente.

Algunas veces, leyéndolos, creía encontrar en los sueños de los poetas, ecos de su propia alma.

Cuántos secretos crímenes
Duermen en nuestras almas,
Que, de saberlos, todos,
Nos volvieran la cara.

Mas, porque estén ocultos,
No es menor nuestra infamia,
Porque los olvidemos
No es mejor nuestra alma...

Palideció. Los versos amargos y trágicos de Rafael de Diego cayeron de sus manos. Tomó otro volumen de la mesa de luz, y leyó.

Me acerqué a la fiesta del mundo. Me puse
Mi traje de fiesta.
Cuando yo llegaba
Estaban cerrando las puertas.

Apagaban las últimas luces:
Ya no había fiesta.
Un olor de perfumes gastados
Flotaba en la noche desierta.

Me fuí por la Vida. Y andando,
He oído palabras dispersas,
Quién decía justicia, quién, gloria,
Quién nombraba muy bien las estrellas.

Quien decía palabras muy altas,
Quien decía palabras muy cuerdas.
He oído palabras... Las cosas
No supe lo que eran.

Había unos libros en donde
Estaba sepulta la ciencia.
Hojeando cien libros estuve
Mil noches eternas.

Menos luz en los ojos; las manos
Un poco más viejas:
Eso es todo... Y el alma en el fondo,
Acaso más triste, más sola y más buena.

Me contaron del ave que habla:
Nadie pudo encontrarla jamás:
Me contaron del árbol que canta:
Ya no canta más.

Me acerqué a la fiesta del mundo, Las luces
Apagaban ya...

Cerraba el libro de Capdevila y se quedaba dormido. Los versos cantaban en su sueño.

*
* *

En medio de su sueño profundo, oía unos golpes secos, monótonos, que se repetían.

Jorge despertó bruscamente. Alguien llamaba a la puerta de su habitación.

Se incorporó sobre el lecho revuelto.

—Adelante... ¿Quién es?

La camarera picada de viruelas asomó su rostro hocicudo.

—Lo buscan, señor Alcántara... Lo están esperando, aquí afuera, en el corredor.

Jorge saltó de la cama, en pijamas.

—¿Es un hombre?

—Soy yo, Jorge...

El doctor Cárdenas apartó a la camarera y entró en la habitación, grave y parsimonioso, como siempre.

—Le extrañará a usted que haya venido a molestarle tan temprano, — comenzó, sentándose en un sillón cerca de la ventana.

Eran las nueve de la mañana. Oíanse en los corredores el trajín tempranero de los hoteles, las voces de los criados, el rumor de los teléfonos.

—¿Hay alguna novedad, doctor?

El abogado guardó silencio un instante, mientras Jorge se arreglaba los revueltos cabellos, se humedecía el rostro soñoliento frente al espejo.

—Sí, Jorge... Sino fuera así, no hubiera venido a despertarle a esta hora...

—Hable usted...

Tosió el doctor Cárdenas. Luego habló lentamente.

—Jorge, sus primas, la señora Julia Alcántara de Meyer y la condesa de San Miniato, se han presen-

tado a los tribunales pidiendo la nulidad del testamento de Doña Mercedes Alcántara y Arriaga...

Jorge dejó caer el peine y la tohalla al suelo.

—¿Es cierto, doctor?

—Yo no bromeo nunca, mi joven amigo, — repuso el abogado con acento severo, mirando con grave curiosidad el rostro de Jorge.

Este permanecía inmóvil, como aturdido.

—De modo que...

—Yo creo, amigo mío, que para nosotros es un pleito ganado de antemano. Pero, el juicio será largo, y perderemos mucho...

—Las dos casas... — balbuceó Jorge.

—Desde ahora son bienes en litigio, — informó el hombre de leyes.

Callaba el heredero. Recordaba claramente las palabras despechadas de su prima, el día que murió su tía abuela:

—Tú heredarás todo, naturalmente...

Las cenizas doña Mercedes apenas se enfriaban, cuando ya comenzaba la lucha por las casas viejas. Adivinó Jorge que detrás de aquella maniobra se movían las figuras antipáticas y ávidas del judío y del italiano...

—¿Qué me aconseja usted, doctor?

Cárdenas se puso de pie, y se engolfó en una serie de consideraciones de orden legal.

—Defenderemos lo nuestro, Jorge... Mejor dicho, lo suyo. Pero pasará mucho tiempo, y, como le he dicho ya, perderemos muchos miles de pesos. ¿Usted

no sospechaba que sus primas impugnarían el testamento de la señora Mercedes?

Jorge se encogió de hombros.

El hombre de leyes, después de un largo y prudente discurso, se fué.

No. Jorge Alcántara no sospechó jamás aquello. Se tendió en él lecho, meditabundo.

¿Y si sus primas ganaran el pleito, a pesar de las seguridades del doctor Cárdenas? ¿Qué sería de él, pobre, sin profesión, sin voluntad?

Pensó en Nina Rouget.

III

Era ella. Jorge vió una figura vestida de gris que descendía de un tranvía. Corrió tras ella.

Estaba en la esquina de Callao y Rivadavia.

—Nina...

Los ojos extraños y magníficos se posaron en él.

—Buenas tardes, señor Alcántara...

Permanecían silenciosos, cohibidos. El corazón de Jorge latía con fuerza. Pensó que algunos transeuntes lo miraban con expresión burlona, al verle así, turbado, con el sombrero en la mano, frente a una hermosa mujér que lo contemplaba gravemente, esperando que hablara.

—Yo quisiera hablar con usted, — dijo, al fin, recobrando la serenidad.

—¿Conmigo?

Siguieron andando. La multitud de la calle Callao los empujaba al pasar.

Eran las seis de la tarde, y la ciudad cantaba entre las dos luces del crepúsculo.

—¿Entremos aquí?

Estaban frente a una confitería iluminada profusamente. Penetraron en el salón de familias, lleno de parejas.

—Si supiera cómo he pensado en usted todo este tiempo, Nina...

Pretendió apoderarse de una de sus manos, pero ella la retiró dulcemente.

—¿Por qué?

Empezó él a hablar. Las palabras salían, confusas, incoherentes, de sus labios.

¿Por qué? Porque la amaba. Hasta aquel día que la viera junto al lecho de su tía abuela, su vida fué solitaria y estéril.

—Hasta ese instante, todas las mujeres no habían sido más que sombras para mí, — exclamó, con el rostro encendido, las manos trémulas.

—¿Nada más que sombras?

Estas palabras, lentas y penetrantes, estremecieron a Jorge.

Recordó la escena con el viejo García, aquel día inolvidable.

—Se lo juro, Nina.

Absorta, con la mirada lejana, le escuchaba ella, y sus ojos extraños, inquietantes, se tornaban ora claros, ora sombríos, como si detrás de las misteriosas pupilas se encendieran y apagara llamaradas invisibles.

La enfermera miró el reloj.

—Son las seis y media, — dijo.

Jorge temió que se fuera a levantar e irse.

—¿Quiere cenar conmigo, Nina? Se lo suplico...

Nina Rouget vaciló. Luego miró el rostro angustiado de Jorge.

—Pero me iré en seguida, — advirtió.

—Cuando usted quiera.

Abandonaron la confitería y siguieron caminando hacia el centro, perdidos en la muchedumbre que se arremolineaba en el anochecer.

Al cabo de varias cuadras, entraron en un restaurant. Jorge pidió un saloncito reservado y se quedaron solos.

Y fué allí, en el cuartito de paredes rojas, donde Jorge Alcántara supo la historia de Nina Rouget.

Su padre fué un francés de Marsella. A los veinte años salió de su patria y emigró al Canadá. Era farmacéutico, y uno de esos hombres que parece haber nacido para fracasar.

En la vieja ciudad de Quebec, Jacques Rouget, que contaba entonces treinta y ocho años, conoció y se enamoró de una cantante italiana, Nina Verdi.

Se casó con ella. Nina nació tres años más tarde. La fatalidad perseguía al pobre farmacéutico de Marsella. Quebró varias veces.

—*Pauvre pére*...

Jorge, escuchándola, advinaba el drama conyugal, el infortunato comerciante luchando contra la adversidad, la italiana de genio violento y apasionado, recriminándolo siempre...

—Vivimos en Quebec hasta que mi madre murió, — prosiguió la enfermera, con acento triste. — Murió en un accidente...

Los ojos eran ahora sombríos. Calló, mientras el mozo servía.

Cuando quedaron solos, continuó.

—Yo tenía entonces nueve años. Mi padre no quiso seguir viviendo en el Canadá, y un día nos fuimos a Cuba. Allí yo aprendí el español. Después...

Volvió a enmudecer, de pronto.

Jorge acarició una de sus manos, y sintió que ardía.

—¿Después? Fueron diez años de lucha, de mala suerte. Mi padre, al cumplir yo los veinte años, se quitó la vida. *Pauvre pére*...

—¿Usted cuando vino a Buenos Aires, Nina?

—Dos años más tarde, hace tres ya...

Con las manos cruzadas, los ojos lejanos, enmudeció. Comprendió Jorge que las confidencias habían llegado a su término. No quiso preguntarle más.

Adivinaba una tragedia misteriosa en aquellas vidas. Pensó que algún día, quizá, ella, Nina Rouget, le revelaría todo, todo...

—¿Y usted, señor Alcántara? Hábleme de usted...

Oía ella silenciosa la obscura historia de Jorge. De vez en cuando, sus pupilas cambiantes y misteriosas se detenían un instante en el rostro animado del narrador.

—Y ahora, — terminó él, luego de evocar su juventud inmóvil y sin gloria, — me he quedado solo...

—¿Pero usted tiene dos primas, verdad?

—No las veo nunca, — informó Jorge, — entre ellas y yo jamás hubo un verdadero afecto de pa-

rientes. Además, tratan de despojarme de la herencia de mi tía abuela...

Los ojos de Nina Rouget se iluminaron con un relámpago fugitivo.

—De modo que...

—No sería difícil que me quedara sin nada, o con muy poco.

—Debe ser muy tarde, — dijo Nina, recogiendo sus guantes, y mirando en torno suyo.

Estaban solos en el saloncito. El mozo acababa de servir el café. Jorge, al verla incorporarse, se aproximó rápidamente a ella, y la estrechó en un abrazo súbito, casi brutal. Sus labios ardientes buscaron los de ella.

Nina Rouget cerró los ojos y permaneció inerte, como desvanecida. Jorge, enloquecido, creyó sentir que sus labios desfallecían.

—¡Señor Alcántara!...

Se había arrancado violentamente del abrazo, los ojos fulgurantes.

—Adiós...

Se encontró solo en el saloncito rojo. Su cabeza desmelenada se reflejó en un espejo, y parecíale que le iba a estallar el corazón.

Llamó al mozo y pagó la cuenta.

Iba caminando como un sonámbulo por las calles atestadas. Las voces nocturnas de la ciudad retumbaban sordamente en su cerebro. El perfume de Nina Rouget, un vago perfume de violetas, le mareaba todavía.

IV

Los días que siguieron le parecieron largos como meses. Pero seguía en sus interminables paseos nocturnos.

Divagaba durante horas sin término por las calles angostas y extrañas donde palpitaba el alma de Cosmópolis; donde sonaban extranjeros acentos y surgían letreros en idiomas exóticos.

Sórdidos y temerosos cafés alineábanse a lo largo de esas calles; tabernas subterráneas de cuyas profundidades se escapaban voces guturales, torpes canciones, olores acres y penetrantes.

La calle 25 de Mayo, principalmente, le atraía.

Era el barrio de los Bancos de la miseria. Los Bancos obscuros y mal olientes, llenos de misterio y de penumbra. En sus puertas estrechas balanceábanse ropas manchadas e inválidas; en sus turbios escaparates se amontonaban toda clase de objetos, de cosas diversas y extrañas.

Pensaba Jorge Alcántara que era una feria miserable, donde todo se compraba y todo se vendía, un

mercado de cosas muertas. Porque todas esas cosas exánimes, mugrientas, horribles, no tenían alma. Dormían en el abigarramiento de los escaparates con la helada inmovilidad de los cadáveres.

Las casas de compraventa eran cementerios de cosas. Los objetos de su comercio, acordeones y sobretodos, pistolas y guitarras, pantalones y violines, amontonábanse con la promiscuidad macabra de los osarios. Eran restos de naufragios humanos, arrojados allí por la mano temblorosa del hambre, por la mano furtiva del delito.

Las casas de compraventa surgían como algo trágico en el pensamiento de Alcántara. En ninguna de sus vidrieras faltaba un lote de pistolas, nuevas o cubiertas de herrumbre, pistolas que dirigían sus bocas a la calle, que apuntaban al corazón de los transeuntes...

¿De dónde salieron esas armas que dormían en el silencio de los cambalaches? ¿En qué negras o rojas horas de muerte y de crimen hablaron? ¿Qué dolores hicieron cesar, o qué espantosos remordimientos encendieron?

Un día, al obscurecer, Jorge divisó un vestido de mujer balanceándose como un ahorcado, y su corazón se estremeció. El color de aquella humilde prenda femenina le trajo el recuerdo de un patio de conventillo...

Se sumergió en un bar subterráneo. Bebió varias copas de un alcohol recio y amargo como su angustia.

Cuando salió de la cueva, los cambalaches, obscuros y solitarios, se habían dormido detrás de sus cerradas puertas. Pero entre las rendijas parecía escaparse el dolor de las cosas muertas y flotar sobre la calle.

Turbado por los vapores alcohólicos, decíase Alcántara que esas cosas, como él, tuvieron su pasado; su angustia y su pesar parecía poblar la vía estrecha y mal iluminada, por la cual pasaban los italianos y los alemanes llenos de vino y de cerveza.

La alegría artificial y ponzoñosa de los figones hacía más honda la tristeza del barrio.

A la media noche, el silencio era absoluto. Los music-halls quedaban obscuros y desiertos. Jorge se perdía entre las figuras confusas y fugitivas de los últimos transeuntes.

A la 1 de la mañana, ya no sonaba un violín, ni una canción.

Y al abandonar el barrio tétrico, en el que se respiraba el hambre y el crimen, Jorge Alcántara pensaba que, más allá de la estatua de Belgrano, en esa misma calle que cambiaba de nombre, se alzaban, llenas de misterio, de recuerdos, de gloria y de silencio, las piedras virreinales entre las cuales nació, y que no volvería a ver jamás.

V

Pasábase ahora horas enteras en la Plaza del Congreso, donde encontrara aquella tarde a la enfermera.

Pero no la vió.

Poco a poco, empezó a decirse que no la volvería a ver. Recordaba haberle dado su dirección, cuando ella, aquella noche, se negó a decirle donde vivía.

No la volvería a ver...

Despertábase, en medio de la noche, con las sienes sudorosas. Comprendió finalmente, que la tenía en la sangre. Advertía, estupefacto y conmovido, que la inquietud, la atracción inexplicable que ejercía Nina Rouget sobre él desde la mañana que murió Doña Mercedes, era la pasión inconsciente, que se revelaba ahora, tumultuosa, incontenible. Ahora, que la perdía por instantes...

Fué entonces cuando comenzó a buscarla. Dirigióse primero al doctor Núñez.

El viejo médico lo contempló con melancólica curiosidad.

—¿Nina Rouget? Ah, sí... La enfermera que

atendió a Doña Mercedes... No sé dónde vivirá... Puede preguntar por ella en el Hospital de Clínicas... No, en la Escuela Nacional de Enfermeras...

Se despidió Jorge del médico, dándole las gracias.

La búsqueda fué fácil.

—¿Nina Rouget? Espere usted, señor...

Una enfermera rubia, de rostro muy pálido, con lentes, abrió un libro lleno de direcciones.

—¿Es para asistir a un enfermo grave? — preguntó.

Jorge Alcántara se inmutó. La enfermera de lentes, con aguda intuición femenil, comprendió. Nina Rouget hacía falta para curar a un enfermo muy grave, a un enfermo de amor.

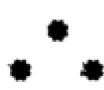
—Vive en la calle...

Jorge, nerviosamente, apuntó la dirección.

—Muchas gracias, señorita. Adiós.

La rubia le miró salir, tropezando con los muebles, y lanzó un suspiro.

—¡Pobrecito!... ¡Qué mal está!...



Era una calle de Palermo, bordeada de árboles.

Jorge Alcántara encontró el número buscado. Subió unas escaleras empinadas, que resonaban bajo sus pasos, y oprimió un timbre.

Esperó, impaciente, varios minutos, y volvió a llamar.

—¿Qué desea?

Una mujer joven todavía, desaliñada en su batón azul, lo miró con cierta expresión de hostilidad.

—¿Vive aquí la señorita Nina Rouget?

—Sí, aquí vive.

Jorge le entregó su tarjeta La mujer del batón azul lo dejó de pie, en el rellano, y subió, leyendo la tarjeta.

Pasaban los minutos, largos, inquietantes. Jorge temblaba de impaciencia, oyendo un cuchicheo de mujeres, allá arriba.

Al fin la mujer del batón reapareció. Su expresión era más hostil que nunca.

—La señorita Nina Rouget no está, — dijo con acento duro, devolviéndole la tarjeta.

Comprendió él que la mujer mentía. La miró un instante.

—Gracias, adiós...

Se encontró caminando bajo el sol, en las calles solitarias de aquel barrio de árboles.

Nina Rouget se había hecho negar, estaba seguro, lo juraría...

Después de vagar durante muchas horas por la ciudad, llegó al hotel y se arrojó sobre la cama.

¿Por qué no le había querido recibir?

Se dijo que quizá llegara en una hora inoportuna, y ella, por no hacerle esperar, prefirió negarse.

Volvería...

Toda la noche soñó con la casa de pensión de Palermo, con la mujer del batón azul.

Esperó dos días, y volvió a presentarse en la pensión.

—La señorita Nina Rouget no está...

Desdeñosa y grosera, la mujer del batón cerró la puerta bruscamente, y Jorge bajó las escaleras resonantes con el corazón lleno de misteriosa angustia.

Ya no era posible dudar, no. No quería recibirle, no quería verle.

Una hora más tarde estaba bebiendo en un café solitario de la calle Callao.

¿Por qué? ¿Por qué?

Y sin embargo, tenía la certeza que un día, hacía algún tiempo, ella lo miró con ojos grises que fulguraban, junto al lecho de una agonizante.

¿Mucho tiempo? Si no habían transcurrido tres meses desde la muerte de Doña Mercedes...

Esa noche le escribió una carta. La envió por correo, y pasaron tres días sin recibir respuesta.

Tuvo la vaga esperanza de que la carta se hubiera perdido. O tal vez la respuesta. Pero en la portería del hotel le juraron que no llegara carta alguna para él.

Volvió a escribirle. Esta vez envió la carta con un mensajero, y esperó, febril, en la pieza del hotel.

Dos horas tardó en llegar la respuesta. El corazón le saltaba en el pecho cuando el mensajero le entregó el pequeño sobre azul.

—Ah!

—Toma, chico... Vete...

Le arrojó un billete de diez pesos, y el chicuelo desapareció, atónito, maravillado.

Lo espero en esta su casa, mañana jueves, a las tres de la tarde.

Nina Rouget.

Eso era todo. Las catorce palabras de aquella carta bailaban ante los ojos de Jorge. Lo esperaba...

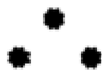
Al día siguiente, a las dos en punto, salía del hotel cuando tropezó con el doctor Cárdenas.

—Don Jorge, vengo a informarle de nuestro pleito.

Jorge murmuró algo que el hombre de leyes no pudo entender, y se lanzó a la calle.

Cárdenas movió la cabeza.

—Y pensar que se trata de su fortuna, — exclamó, alejándose por la calle Rivadavia.



La mujer del batón azul abrió la puerta y le reconoció en seguida.

—Pase, señor Alcántara...

Su acento continuaba siendo hostil.

Subió Jorge y se encontró en una salita modesta, de escasos y pobres muebles. Varias litografías obscurecidas adornaban las paredes.

—Es usted puntual...

¡Ella! Era ella...

Los ojos grises tenían tonalidades violeta. La voz era cortés, pero fría.

—Nina... — balbuceó Jorge, adelantándose.

Ella le contuvo con uu gesto.

—Siéntese usted, — dijo, indicándole un sofá, mientras ella se sentaba en un sillón.

Fuera, se oían los pasos de la mujer del batón azul.

—¿Por qué me huye usted, Nina?

—Yo no le huyo, señor Alcántara.

—Sin embargo, usted se ha negado a recibirme, más de una vez...

Los ojos se escondían bajo las pestañas. La cara, pálida y perfecta, se dibujaba claramente sobre la obscura pared.

—¿Por qué, Nina, por qué?...

Hubo un largo silencio.

—Señor Alcántara, ¿usted sabe qué fué de Cándida García?

Jorge palideció.

—No...

—Murió en una sala de la Maternidad...

Estas palabras helaron el corazón de Jorge Alcántara. Sus ojos se dilataron horriblemente. No supo qué decir.

—Eso es todo lo que tenía que decirle.

Nina se puso de pie, pálida y fría. Sus ojos se habían vuelto casi azules en la penumbra.

Jorge, lívido, tomó su sombrero.

—Nina... Nina... Y usted un día me amó...

—Sí, — confesó ella, — fué en los primeros días... Hasta que supe todo... Hasta el día que llegó la

ambulancia y se la llevó... Después... Adiós, señor Alcántara.

Se encontró en la calle. Parecíale que las casas, los árboles, giraban a su alrededor.

¡Nina! ¡Nina!

La había perdido. ¿Para siempre?

La noche le sorprendió sentando en un banco, en el Jardín Botánico. Los árboles se desvanecían como espectros en la sombra naciente.

Un guardián le invitó a retirarse.

Cándida estaba muerta. La volvió a ver lavando en el patio, en las mañanas glaciales del invierno. Volvió a escuchar la voz de la galleguita resonando en las turbias profundidades del conventillo.

¡Pobrecita! ¡Pobrecita!

El amor la había borrado de la vida, bruscamente, y ya no estaba más. El no la amó nunca, estaba seguro de ello. Y la pobre muerta le robaba el amor de Nina, desde el fondo de la tumba.

Jorge Alcántara jamás olvidó los días, las semanas de angustia que siguieron.

El doctor Cárdenas iba cada dos o tres días al hotel, a informarle sobre la marcha del pleito en que se jugaba su fortuna.

—Tenemos para mucho tiempo, — repetía con su grave acento.

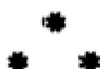
Jorge apenas le escuchaba, y el hombre de leyes, fijando sus ojos experimentados en su joven cliente, adivinaba el drama sentimental.

Pero no le preguntaba nada.

Fué después de una de las visitas de Cárdenas cuando una idea desgarradora se apoderó de Jorge.

Recordaba haber mencionado a Nina Rouget, la noche que cenaron juntos, el pleito con sus primas.

—Si anulan el testamento, me quedaré sin nada...



¿Qué había en el súbito desamor de Nina Rouget? ¿Entre ella y él se alzaba la sombra de la pobre Cándida García, muerta en una Maternidad, o el pleito que amenazaba con arrojarlo a la pobreza?

La sospecha sombría se clavaba en su corazón, le sumía en cavilaciones angustiosas, le atormentaba de día y de noche.

Dudaba, y se despreciaba y se maldecía al mismo tiempo.

¿Tenía él el derecho de dudar de Nina Rouget? Desde el primer día, ¿no vió la pasión naciente, el grande y súbito amor, en las misteriosas pupilas de la desconocida?

Dudaba, sin embargo.

Días horribles y negros fueron aquellos para Jorge Alcántara. Dos o tres veces, el doctor Cárdenas se presentó en el hotel. Arrastrábase lentamente el pleito...

Un mes más tarde, Jorge se presentó en el estudio de Cárdenas. El hombre de leyes le vió entrar, y adivinó la crisis. Su indiferente corazón de viejo abogado se ablandó un poco, al ver aquel muchacho lí-

vido, sombrío, al que evidentemente devoraba una angustia de amor.

¿Acaso él también, Antonio Cárdenas, abogado, soltero, de cincuenta y cinco años, no tuvo allá en las honduras del tiempo, su drama del corazón?...

Jorge, sin preámbulo alguno, le habló directamente.

—Vengo a decirle que me voy, doctor.

Cárdenas meditó un instante sobre la brusca noticia.

—Ah... Se va... ¿Y dónde, mi joven amigo?

—A Europa, doctor. Y vengo a que usted me consiga el dinero.

El abogado, sin sorpresa, indiferente casi, no pestañeó.

—¿Cuánto necesita?

—No sé... Usted sabrá... ¿Diez mil pesos?...

—Diez mil pesos...

—Creo que por ahora me alcanzará esa suma.

—¿Cuándo piensa usted irse, don Jorge?

—El lunes, a bordo del "Gallia".

—El lunes... Hoy es viernes... No creí que fuera tan pronto... Pero, en fin... Le buscaré los diez mil pesos.

—¿Cuándo los tendré? Firmaré lo que usted quiera, doctor.

Cárdenas lo miró con atención profunda. Sus ojos, fríos e indiferentes, se suavizaron, se volvieron casi paternales.

—Lo único que firmará usted, Jorge, es un recibo

por esa cantidad, que le adelantaré yo, no como abogado ni apoderado de usted, sino como un amigo. Vaya esta noche a mi casa, a las nueve, así podrá sacar el pasaje mañana sábado, a primera hora.

Los ojos de Jorge se humedecieron.

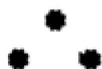
—Muchas gracias, doctor Cárdenas. Usted no se imagina lo que este viaje significa para mí...

—Sí, ya lo sé... El olvido... — murmuró el viejo, como hablando consigo mismo. Jorge le oyó claramente y palideció.

—¿Usted sabe, doctor?... — balbuceó, y su palidez se tornó lívida.

—Yo no sé nada, amigo mío, pero yo también he tenido veintisiete años...

Cuando Jorge se fué, el abogado permaneció largo tiempo absorto, revolviendo sus papeles sellados, pero con el alma muy lejos, muy lejos...



Una mañana de febrero. Todavía quemaba el sol.

El coche se detuvo entre el bullicio de la Dársena, y Jorge Alcántara, con la valija en la mano, se encontró solo en el muelle.

El "Gallia" un viejo vapor de matrícula francesa, se alzaba ante él, sobre las aguas grasientas e inmóviles del dique. Su vasta mole parduzca agitábase al palpitar de las máquinas.

La partida estaba anunciada para las once de la mañana. En el muelle, varios extranjeros se despedían.

Una mujer joven aun, de hermosas facciones, besaba sollozando a un hombre alto, rubio. Junto a la pasarela, tres o cuatro mujeres de aspecto inequívoco contaban sus cajas de sombreros, sus maletas y conversaban en un francés estridente.

Quemaba el sol.

Jorge Alcántara, como un autómata, se dirigió a la pasarela. Una de las francesas, con las cuales tropezó violentamente, se volvió y lo miró con expresión de reproche.

—*Oh, tu n'est pas gentil, mon gars...*

Jorge se disculpó y se encontró a bordo. Un empleado le pidió el pasaje. Saludó amablemente al ver que era de primera clase.

—*Par ici, monsieur...*

Jorge dejó dos billetes de diez pesos en la mano del hombre, que se alejó saludando profusamente. Luego arrojó la balija, su único equipaje, al suelo, y se dejó caer sobre la angosta cama. Creía que su cabeza iba a estallar. La noche antes bebió copiosamente, y todos sus miembros tenían una flojedad extraña, como los de los títeres.

Se iba de Buenos Aires. Se iba por mucho tiempo...

Una sed horrible le resecaba las entrañas. Mojó su cabeza sudorienta en el agua sucia del camarote, y salió al pasillo.

—Don Jorge...

Se encontró frente a frente con el doctor Cárdenas.

—Temí no llegar a tiempo, amigo mío...

Las manos del anciano se posaban paternalmente en

sus hombros, y sus ojos, fríos siempre, tenían una humedad misteriosa.

—¿Cuándo piensa volver, Jorge?

—No sé, doctor... En todo caso, si necesitara más dinero, se lo pediré desde Europa, o desde donde me encuentre...

—Cuente conmigo, Jorge.

Permanecieron silenciosos. En ese instante las francesas del muelle hicieron irrupción en el pasillo. Una de ellas reconoció a Jorge en la penumbra y le guiñó los ojos. Era la misma a quien llevara por delante al transponer la pasarela.

Se oía el rumor de besos, de llantos sofocados, gemido de adioses...

—¿A qué hora sale el vapor?

Un "steward" oyó la pregunta de Cárdenas y se detuvo para contestarle.

—Debíamos salir a las once y media, monsieur... Pero no hay agua, y tendremos que esperar.

Cárdenas miró el semblante descompuesto de Jorge.

—¿Está usted realmente decidido a irse, amigo mío?

—¿Decidido? Es lo único que podía hacer, doctor...

—Hace mucho calor, aquí, — dijo Cárdenas, — vamos arriba.

Subieron al puente. Detrás de los terrenos baldíos y sucios, se alzaban los chatos edificios pardos del Paseo Colón. Más allá, verdeaban unos árboles.

Alcántara, silencioso, no miraba la gente que se

agitaba en el muelle, los vendedores ambulantes, los amigos y parientes de los que iban a partir.

Pensaba que detrás de aquellos edificios, detrás de aquellos árboles, estaban los rincones del pasado, las piedras y las sombras de los mayores, la tumba de Cándida García, los ojos grises de Nina Rouget.

El abogado fumaba en silencio. Saliendo de su abstracción, Jorge invitó a Cárdenas a almorzar a bordo.

Pero el hombre de leyes se excusó. Tenía mucho que hacer ese lunes, en los tribunales. Volvió a decir que podía contar con él, siempre, en cualquier parte donde estuviese, pero no volvió a formularle pregunta alguna.

Al despedirse, lo abrazó paternalmente.

—Adiós, Jorge, — le dijo, con los ojos enternecidos, — hasta la vuelta...

Descendió del barco, y Jorge le vió subir a un automóvil que lo estaba esperando junto a los viejos depósitos de la Aduana.

—Adiós... Adiós...

El anciano agitaba su pañuelo desde la ventanilla del auto.

Adiós...

Alcántara, apoyado en la borda, lo vió desaparecer. Su cabeza parecía estallar. Dirigióse al bar y pidió "absinthe". Las francesas estaban bebiendo en una mesa próxima.

—*Fait soif, mon gars...*

La francesa del tropezón le sonreía sobre una copa en la que lagrimeaba el Pernod.

Sin contestarle, Jorge apuró de un sorbo su vaso. Todo su organismo se estremeció ante el impacto brutal del alcohol. Se levantó tambaleando.

—*Tu es sâoule déjá, mon gars...*

La mujer soltó una carcajada cristalina, al verle salir con un paso inseguro del bar.

—¿Falta mucho aún para zarpar?

—*Mais non, monsieur...* El río está subiendo... Saldremos dentro de dos horas, o de una hora y media...

Se arrojó, vestido, sobre la angosta cama, después de cerrar cuidadosamente la puerta del camarote.

Parecíale que le clavaban millares de hierros puntiagudos en el cerebro. Oyó confusamente los rumores del barco que se aprestaba a partir.

Durmióse profundamente.

Las voces del pasado próximo volvían a resonar en su sueño febril. Durmió muchas horas, revolviéndose, sudoroso, en la estrecha cama. Las voces volvían, volvían.

Oyó, tras una pesadilla interminable, un rumor melancólico y sonoro de campanas. Eran las campanas de su niñez, que llamaban a la misa de alba en los conventos. El acento de los bronces tornábase sombrío, apagado, sordo, como cuando doblaban a muerte en los silencios de la calle Balcarce...

—*Monsieur... Monsieur...*

Golpeaban a la puerta del camarote. La puerta se abrió suavemente y apareció el rostro servil del camarero.

Abrió pesadamente los ojos Jorge Alcántara. De las entrañas del navío subía el jadeo ronco y monótono de las máquinas, como un largo suspiro de cíclope.

—¿Qué sucede?

Volvió bruscamente a la realidad. Estaba a bordo de un buque que lo llevaba a lo desconocido.

—¿*Monsieur* va a cenar? Son las siete y media...

—No...

El camarero lo miró con atención un instante. Luego se encogió de hombros.

—Como quiera *monsieur*... Si necesita algo, puede llamar, hasta las doce de la noche...

Se retiró.

Jorge Alcántara, empapado en sudor, se levantó de la cama y se desvistió. La cabeza ya no le dolía tanto. Bajo sus piés, el barco se estremecía en su marcha. Asomóse al ojo de buey y vió el río, inmenso, sin límites, sumido en las tinieblas. Allá, lejos, parpadeaban luces lejanas, barcos en viaje y boyas inmóviles. Temblaban en el gran cielo obscuro estrellas innumerables.

Era su río, el río de su infancia y de sus visiones...

Se arrojó de nuevo sobre la cama, después de apurar el agua de la garrafa, un agua tibia y turbia.

Cerró los ojos doloridos. El hálito fresco del estuario penetraba por el ojo de buey y acaba de desvanecer su fiebre.

Al dormirse otra vez, creyó oír todavía las voces inmemoriales y solemnes de las campanas.

VI

La francesa rubia se llamaba Blanca Brisson.

Era una mujer alta, de cabellos dorados, de ojos adormecidos. Jorge la encontró apoyada en la borda del "Gallia", vestida de blanco.

—*Ah... C'est vous, mon gars...*

Serían las siete de la mañana, y en el navío solo se veían los camareros, los peones de servicio, los marineros lavando las viejas cubiertas. Los pasajeros dormían aún.

—¿Dónde estamos?

El camarero, interpelado por Jorge al pasar, se detuvo.

—En el Atlántico, *monsieur*... Pasamos frente a Montevideo al amanecer.

Cielo y agua eran azules, de un azul transparente.

El "Gallia", cuyas máquinas invisibles jadeaban penosamente, se estremecía sobre los mansos oleajes.

—¿Dónde va usted?

Los ojos adormecidos de la francesa excrutaron el semblante de Alcántara.

—Lejos... A Europa...

—Yo desembarco en Santos, — informó ella.

Sin que Jorge le preguntase nada, le contó que viviera tres años en Buenos Aires, trabajando los cabarets y music halls de la calle Corrientes y Maipú. Ahora se iba al Brasil, con dos amigas.

Jorge apenas la escuchaba. El viento oceánico parecía entrarse en su alma atribulada. Su fiebre había desaparecido. La cabeza no le dolía ya.

Continuó hablando la francesa, voluble. Su mano, blanca y pequeña, se posaba a cada instante en el brazo de Jorge.

Blanche y él tomaron juntos el "petit dejeuner", ella hablando siempre, él, callado y meditabundo, mientras el "Gallia" corría por el mar azul.

Esa tarde, después de almorzar, la francesa le dijo a quemarropa:

—¿Usted va huyendo de una mujer, o va en busca de una mujer?

Jorge Alcántara palideció.

Sin esperar una respuesta, la cortesana, con una luz extraña en sus pupilas adormecidas, agregó:

—Yo lo adiviné en seguida...

Su mano blanca y suave acarició la mejilla empalidecida de Jorge.

—Penas de amor, *mon gars*... Eso se cura... ¿Usted tiene veinticinco años, verdad?

Jorge la evitó durante la comida. Cenó solo, en una mesa situada en un rincón, y luego se fué a su camarote.

Como a la media noche sintió que la puerta del ca-

marote se abría, y los labios de Blanche Brisson se posaban en los suyos.

.. ..

Además de las francesas, viajaban en el "Gallia" varios obscuros personajes de los cuales Alcántara no volvió a acordarse nunca Uno de ellos era un excéntrico inglés, que se embriagaba solo y en silencio después de las comidas; otro era un pugilista de rostro bestial; un aviador, tres o cuatro comerciantes; un viejo matrimonio que regresaba a Francia después de hacer su fortuna en Buenos Aires, dos viejecitos pálidos que se arrullaban como novios...

El segundo día Alcántara almorzó en el camarote. Blanche lo había dejado al amanecer, mientras todos dormían aún a bordo.

Un hondo silencio descendiera sobre el alma de Jorge. Su corazón se entumecía. Parecíale que los acontecimientos recientes, las dos agonías, su pasión, sus tres meses de fiebre, eran cosas lejanas...

Blanche le buscaba por todo el barco. Llegó a enviarle un recado con un camarero, pero se hizo el desentendido. La vampiresa de ojos adormecidos le había dejado indiferente.

Al anochecer del segundo día, aburrido de estar encerrado en el camarote, subió a la cubierta. Una paz infinita inundaba el claro crepúsculo del mar.

Allá, en el otro extremo del puente, un grupo de pasajeros conversaban.

Oyó la risa cristalina y penetrante de Blanche, que hablaba con el aviador.

De pronto, en la paz sonora del crepúsculo, sobre el murmullo interminable de las ondas sobre el jadeo suspirante de las máquinas, se alzó una vez de mujer:

Maruxinha, gentil Maruxinha...

Jorge palideció. Aquel acento gallego en unos desconocidos labios femeninos le estremeció. Arrojó su cigarrillo al agua, y permaneció inmóvil, lívido de angustia.

La voz proseguía:

...Porque vieren llorar una nena,
Porque vieron un barco partir...

—Son unos pobres españoles de la tercera, — dijo una voz detrás de él.

Jorge saludó, sin volverse. Era uno de los comerciantes que viera en el comedor el primer día.

—Se vuelven a su país, tan míseros como vinieron, — añadió, encendiendo un cigarro. — A la luz del fósforo, advirtió la palidez de su compañero de viaje.

—¿No se siente usted bien, señor?

Haciendo un esfuerzo, Jorge se serenó.

—Estoy bien, gracias.

El hombre lo invitó a tomar juntos el aperitivo. Pero en ese instante sintió en su hombro la mano de Blanche, y el comerciante se retiró discretamente.

—¿Por qué me huye?

La voz de la tercera clase había callado. La francesa, lánguida y voluptuosa, lo acariciaba con sus ojos adormecidos, en un estéril intento de fascinación.

—Yo no le huyo, — aseguró Jorge.

Esa noche, cuando Blanche se deslizó fuera de su camarote al amanecer, sintió el violento deseo de arrojarse al agua. Luego cayó en un sueño inquieto y profundo, poblado de pesadillas.

Soñó que la puerta del camarote se abría, y surgía la figura pálida y familiar de su tía abuela, con su hábito de domínica, y que, acercándose a él, le decía al oído los versos de amor del poeta que degolló la Mazorca, vibrando siempre en una pasión de setenta años.

Después, el espectro melancólico de Doña Mercedes se desvanecía, y se dibujaba en la puerta del camarote otra sombra blanca, muy blanca, un rostro misterioso que sonreía bajo las alas de una cofia.

¡Nina Rouget!

Despertó al cabo de muchas horas. Asomóse al ojo de buey. El mar estaba gris y alborotado. El barco parecía tambalearse como un ebrio sobre las espumas amarillas y sollozantes.

Allá arriba, se oían voces, órdenes, rumor de pasos precipitados. Las máquinas gimieron sordamente, como si un súbito dolor hubiera atravesado las entrañas del navío.

Jorge Alcántara llamó, y no tardó en acudir el camarero.

—Llegamos a Santos, *monsieur*...

Vistióse sin prisa, se afeitó cuidadosamente.

En el pasillo se encontró con Blanche Brisson, que parecía estar esperándolo. La francesa estaba elegantísima, en su tapado gris y su toca de viaje.

—Oh, Georges...

Lo besó en la boca, casi llorando. Sus ojos adormidos estaban luminosos, húmedos.

—Oh, *mon petit* Georges, si supieras cómo yo te amo...

Lo decía en voz alta, delante de los pasajeros que cruzaban junto a ellos, en el estrecho pasillo.

—Eres muy buena, Blanche, — murmuró Jorge, y al contemplarla en la penumbra del pasillo, acudió bruscamente a su pensamiento la sombra blanca de su sueño, el semblante misterioso sonriendo bajo la cofia.

—Santos...

Subieron a la cubierta. El "Gallia" se había detenido frente a un muelle largo y sucio. Una lluvia lenta y triste descendía sobre el mar, sobre el barco, sobre el muelle. Un olor penetrante de café saturaba el aire; las palabras portuguesas, sibilantes, musicales, cantaban en las anchas bocas de los negros semi-desnudos.

Arriba, el cielo era gris, gris...

—¿Me acompañas hasta el hotel, Georges? Tienes tiempo. El barco se quedará unas horas en Santos.

Desembarcó con ella. En el auto, Blanche rompió a llorar desconsoladamente.

—No nos veremos nunca más, — decía.

En breves minutos llegaron hasta la ciudad. La lluvia arreciaba por instantes.

En el hotel, Blanche se despojó del tapado. Llevaba un vestido blanco. La visión asaltó de nuevo a Jorge. El corazón empezó a latirle con fuerza.

La francesa le miraba con pasión.

Fué una despedida larga y ardiente, en la ciudad desconocida.

Arrancándose bruscamente de los brazos de Blanche, Jorge puso en orden sus ropas y se lanzó fuera del hotel.

Un auto lo llevó al muelle. El "Gallia" se aprestaba a partir, en medio de la lluvia y de la niebla.

Jorge pagó al chauffeur y se acercó a la pasarela. En el instante de subir, escuchó la voz de la tercera clase:

Dicen que tí moras lonje
Mas eu digo que aiquí nao...

Una guitarra melancólica lloraba en la proa, acompañando el cantar de la mujer desconocida.

Jorge se tambaleó, como lo hubieran herido de pronto. Le parecía escuchar un acento que cantaba desde el fondo de la tumba. Pensó, inmóvil bajo lluvia, entre las pirámides de bolsas de café, que durante todo el viaje escucharía aquella voz, que era la de una muerta de amor...

—No... No...

Un negro descalzo que pasaba junto a él lo miró.

¿Estaría loco o borracho, ese señor que hablaba solo bajo la lluvia, mirando el barco?

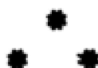
—No... No...

—Va a perder el vapor, *monsieur*...

El camarero señaló la pasarela. También pensó que el pasajero se había embriagado en Santos, al despedirse de la francesa.

—No... No...

El "Gallia" se iba. Las máquinas jadeaban, palpitaban como corazones fatigados. Sentado sobre una bolsa de café, Jorge Alcántara lo vió separarse del sucio muelle, alejarse lentamente bajo la lluvia y el cielo gris, con la canción de la muerta vibrando en la proa, al rumor de una guitarra espectral...



—*Alors,* ¿tú también me amabas, *mon petit Georges?* ¿Te quedas aquí, conmigo? *Oh, mon Dieu!* Y yo que creí que te morías por *"une autre"*...

La pobre mujer reía y lloraba a un tiempo.

Si supiera...

Cuatro días más tarde, Jorge Alcántara se embarcaba a bordo de un vapor inglés, el "Indian Prince", rumbo a Buenos Aires, y Blanche Brisson se quedaba llorando en Santos.

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE

I

—¿Qué te ocurre?

La señora de Meyer, elegante, juvenil, miraba con curiosidad a Jorge. Le encontró en la calle Suipacha, al subir a su auto, y le llevó a su casa.

—¿A mí? Nada...

La prima observó el semblante demacrado, los ojos hundidos, y se maravilló vagamente del cambio operado en su pariente.

—¿Quién será "ella"? — se preguntó. Sabía que las aventuras sentimentales del primo nunca tuvieron mayores consecuencias. Pero ahora...

—Oye, Jorge... Mi hermana y yo te hemos estado buscando desde hace más de dos meses, para explicarte lo del pleito...

Jorge se encogió de hombros.

—¿Para qué hablar de eso? — respondió, — está en manos de los abogados.

—Ni Lucía ni yo queríamos pedir la nulidad del

testamento de la tía Mercedes, — prosiguió Julia Alcántara de Meyer, — pero mi marido y el conde de San Miniato insistieron. Yo no sé cómo va el pleito, pero te aseguro que nunca, ni Lucía ni yo, tuvimos el propósito de despojarte de lo que había dejado la tía Mercedes... Fueron ellos, Meyer y el conde, — repitió.

Advirtió que Jorge apenas la escuchaba, y se quedó mirándole, meditabunda. Sabía algo Julia de la aventura en el conventillo, pero se abstuvo de preguntarle nada. El aspecto de Jorge la intimidaba vagamente.

¿Qué habría ocurrido para que su pariente cambiara de modo tal en tan poco tiempo?

—Me dijeron que te habías embarcado para Europa.

Jorge se puso de pie, dispuesto a retirarse.

—Es verdad... Me embarqué en un paquete francés, pero desembarqué en Santos, y me volví a Buenos Aires.

—¿Sólo?

—Sí, solo... ¿Porqué me lo preguntas?

Julia guardó silencio. De pronto se oyó una voz femenil en el "hall", y la condesa de San Miniato, la hermana menor de Julia, entró en la salita.

—Jorge...

—Lo descubrí en la calle, hace media hora, — informó Julia, — andaba como un sonámbulo...

—Qué delgado estás...

La condesa lo miraba con discreta curiosidad. Estaba

pálida, y sus facciones tenían una vaga semejanza con las de Jorge.

—Debía visitarnos algunas veces; — observó, — nadie diría que somos parientes, que tenemos la misma sangre.

—Sobre todo después de lo que han hecho los maridos de ustedes, — dijo Jorge, con expresión sarcástica.

Las primas hicieron un ademán de protesta.

—Oh, Jorge... Julia ya te habrá explicado, — se quejó la condesa, ruborizándose. Sabía la antipatía profunda de su primo hacia el conde italiano y el judío alemán, a quienes, como Doña Mercedes, consideraba dos aventureros, dos intrusos en la familia. Afortunadamente, ambos matrimonios no tenían descendencia. La sangre de los Alcántara se salvaba de mezclas impuras...

—Adiós, mis queridas primas...

Las dos elegantes mujeres renovaron sus protestas de afecto.

—Ven a almorzar algún día, — dijo Julia, — Meyer siempre almuerza fuera...

—Vendré...

Se encontró de nuevo en la calle Suipacha. Sentíase más solo que nunca. Prometióse no volver a poner los pies jamás en casa de sus parientas. El parentesco estaba enterrado con las cenizas de Doña Mercedes...

Hacía veinte días que regresara del Brasil, y se alojaba en una casa de pensión de la calle Viamonte.

Al día siguiente de su regreso fué en busca de Cár-

denas, pero el abogado se encontraba en Córdoba. El procurador del estudio le informó de la marcha del pleito.

—Va despacio, señor Alcántara... Pero creo que lo ganaremos...

Durante una semana, estuvo merodeando por espacio de horas enteras la casa de pensión de Palermo. Cada mujer que aparecía por la calle angosta y llena de árboles, le hacía latir violentamente el corazón.

Pero ninguna era ella.

Una tarde se arriesgó y entró a la casa. La mujer del batón azul abrió la puerta de cristales. Lo miró fríamente, simulando no reconocerle.

—¿Qué desea?

—¿Está la señorita Rouget?

—¿Nina Rouget?

El acento era duro y seco.

—Se mudó de aquí, hace más de un mes.

Desconcertado presa de vaga turbación, Jorge balbuceó:

—¿Quiere darme su nueva dirección?

La mujer del batón sucio se rió, desdeñosa y hostil.

—No dijo dónde iba...

Jorge la miró en los ojos para descubrir si estaba mintiendo. La mujer tamborileó en el cristal de la puerta con impaciencia manifiesta.

—¿No tiene usted una idea dónde?...

—Ya le he dicho que no sé, señor... Disculpe, tengo mucho que hacer.

Le cerró la puerta en la cara, y Jorge por un ins-

tante sintió el impulso de romper los cristales a puñetazos. Bajó la escalera como un autómata.

De allí se dirigió a la Escuela Nacional de Enfermeras.

Le atendió la misma rubia de lentes de la primera vez.

—¿Nina Rouget?

Le había reconocido. Jorge lo advirtió en seguida.

—La señorita Rouget no debe estar en Buenos Aires, — informó la rubia, — hace como un mes se presentó en la Escuela y manifestó que se retiraba de la profesión...

Dijo estas palabras con lentitud, escudriñando curiosamente el rostro del hombre.

Jorge palideció.

—¿No sabe usted dónde podría encontrarla?

—No, señor.

—¿Estará en algún sanatorio particular?

—Le digo que ella no deseaba seguir ejerciendo la profesión de enfermera.

Los ojos miopes de la rubia brillaron con malignidad.

—Tal vez encontró un novio, e iba a casarse...

Al advertir la expresión de Jorge se arrepintió de sus palabras.

— Yo no sé nada, — añadió precipitadamente, — era una suposición, nada más...

Temprano, al día siguiente, estaba en el consultorio del doctor Núñez.

—Cuídese, Alcántara, — le aconsejó el viejo mé-

dico, en cuanto le vió, — no hay qué jugar con la máquina humana...

—No vengo a pedirle consejos profesionales, doctor, — dijo Jorge, — sino a rogarle me diga si sabe dónde puedo hallar la señorita Nina Rouget.

—¡Ah!...

El médico se quitó los lentes, los limpió cuidadosamente con su pañuelo.

—Nina Rouget... Sí, la enfermera extranjera que cuidó durante los últimos días a su tía abuela...

—Sí, esa misma...

—Pero yo le indiqué dónde podría encontrar su domicilio, hace algún tiempo.

—Sí, en la Escuela Nacional de Enfermeras... Allí no saben nada Se ha mudado sin dejar dirección.

—Estará enferma...

—Manifestó en la Escuela que dejaba de ejercer.

—Ah... Entonces se explica, — dijo Núñez, colocándose sus gruesos lentes.

—Yo no me explico nada...

—Pues es muy fácil, joven. Cuando una enfermera se retira, es que ha encontrado la solución.

—¿La solución?

—La solución que buscan todas las mujeres, aunque muchas no la encuentran, pobrecitas... El matrimonio, amigo mío.

—Entonces, tenía novio...

Pronunció Jorge estas palabras como hablando consigo mismo. El médico las oyó, con melancólica sonrisa.

—Nunca me ha preocupado la vida privada de mis

enfermeras, — exclamó, — sino su habilidad profefesional.

Una hora más tarde, Jorge Alcántara subía a su casa de pensión.

La búsqueda había sido estéril. Nina Rouget se había desvanecido como una sombra.

II

—*Oh, boy...*

¿Quién sería aquella mujer pequeñita, de grandes ojos azules, que lo llamaba desde un taxi?

Acercóse Jorge, y la recordó.

Era Amy King. La conociera a bordo del "Indian Prince", cuando regresaba de Santos. Iba contratada para realizar danzas acrobáticas en el Casino.

La bella inglesita viajaba sola.

Venía de Southampton, errante y aventurera, con la despreocupación varonil de las mujeres de su raza.

Ella, como la infortunada Blanche, sintió también conmoverse su frágil corazón ante el joven extranjero, huraño, y meditabundo, que subiera a bordo en el puerto brasileño.

Análogas escenas a las ocurridas en el "Gallia" se repitieron a bordo del "Indian Prince", sobre las aguas encrespadas del Atlántico, bajo el cielo que ya no era azul.

Reía la rubia, mostrando unos dientes muy blan-

cos, muy pequeños. Sabía un poco de español, pues hizo una temporada en Barcelona y otra en Madrid, en el circo Parish.

—Sabes, *my boy,* tu ciudad no me gusta

—¿Por qué, Amy?

—No sé, pero no me gusta, — repitió la bailarina, haciendo un mohín afectado y pueril.

Jorge se encogió de hombros.

—¿Por qué no regresas a Inglaterra?

—Porque tengo un contrato que cumplir... Y además, porque tú estás aquí, *my darling...*

El taxi se detuvo ante un obscuro hotel de la calle Cangallo.

—Yo vivo en este hotel, *my boy...* ¿Subes?

Jorge vaciló. Recordaba los abrazos ardorosos de la pequeña inglesa, a bordo del "Indian Prince". Muchas veces oyera hablar del peligro de aquellas aventuras, de aquellas súbitas pasiones — o trágicos caprichos — en las mujeres errantes y aventureras, las proletarias del corazón.

El se salvó a tiempo de los brazos de Blanche Brisson, que trató de adherírsele como una hiedra ardiente, con sus lágrimas y sus besos de fuego.

Ahora, estaba al borde de la misma aventura.

—No, Amy. Tengo mucho que hacer.

Ella se enfureció súbitamente.

—Eres un imbécil, George, — exclamó, fruciendo el ceño. Sus ojos azules centellearon.

—Bueno... No te enojes... Subiré.

Claudicaba. Al subir la escalera sintió cierta humillación.

—¿No ves, George? Yo creo que tú también me quieres un poco. *¿It is not?*

—Puede ser, Amy.

Lo besó delante de una camarera.

En la habitación del hotelillo, una habitación obscura, con las paredes cubiertas de borrosas litografías de Carolina Otero, de Cleo de Merode y de la Fornarina, Amy King empezó a cambiarse la ropa. Mirábala Jorge y se maravillaba vagamente ante aquel cuerpo menudo y atlético a la vez.

—Debes tener una fuerza de pantera, Amy, — observó, con cierta admiración.

La rubia de frágil aspecto sonrió, mostrando sus dientes blanquísimos y diminutos. Doblando las rodillas, se lanzó al espacio, y describiendo un salto mortal perfecto sobre la cama de bronce, cayó sobre las rodillas de Jorge.

—Muy bien, Amy...

Ella le mordió los labios.

—Y me querías dejar, malvado.

Veíala ahora cada dos o tres días. Algunas veces se indignaba consigo mismo, por su debilidad, y otras maldecía a aquella pobre mujer que trataba de conquistarlo con violentos abrazos y con saltos mortales.

En realidad, la compadecía. Ella le había narrado fragmentos de su vida, en los largos silencios de la noche.

—Mi padre, sabes, era un borracho... *He was*

always drunk, siempre estaba ebrio. Era cerrajero. Cuando joven, había sido boxeador, pero bebía de tal modo que no pudo boxear más. Le pegaba siempre a mi madre... *Poor old mother*... Vivíamos en un barrio pobre de Londres. Muchas veces mi padre desaparecía durante semanas enteras, y nosotros, mi madre y yo, no teníamos casi qué comer. Mi madre empeñaba todo lo que teníamos en casa. Un día mi madre se murió de miseria...

Los ojos azules de Amy King se humedecían, y estallaba repentinamente en amargos sollozos.

—*Poor old mother*... Mi padre llegó una mañana y la encontró muerta. No dijo nada. La estuvo mirando mucho tiempo. Después salió y volvió a la tarde, con un puñado de dinero. Yo no sé de dónde lo sacó o lo robó. Cuando enterraron a mi madre, me dió un beso y fué y se arrojó de cabeza al Támesis...

Contaba luego la pobre Amy sus andanzas por la inmensidad helada de Londres, las fábricas donde trabajó hasta los quince años, sus primeros trabajos en los music-halls de marineros, en el East End...

Cansada de su relato, se arrojaba sobre la cama, después de beber un trago de Old Tom Gin, del cual tenía siempre una botella en la mesa de luz.

—*I am sleepy, darling*... Tengo sueño, querido, — murmuraba, bostezando y cerrando los ojos azules, en los cuales se secaban pronto las lágrimas.

Jorge le daba un beso, un beso con sabor a Gin y se iba.

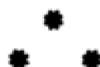
Al hundirse en las calles nocturnas, su pensamien-

to volvíase hacia la otra, la misteriosa, la adorada.

¿Dónde estaría Nina Rouget?

¡Cuántas veces se despertó en medio de la noche, sintiendo en sus labios el fuego de aquel beso único que le diera!

Cuántas, también, aquel aroma desvanecido de violetas le asaltara, en los camarotes de los transatlánticos, en las piezas de los hoteles y las casas de pensión, como una obsesión torturante y dulcísima a la vez...



El drama de la casa de pensión le obligó a mudarse de la calle Viamonte.

Para dramas estaba él, Jorge Alcántara...

La dueña de la pensión, una española madura ya, de negros ojos tristes, acababa de morir.

Jorge la contemplaba, inmóvil, rígida. Bajo la blanca sábana se dibujaba su cuerpo arrogante aún. Dos copos de espuma salían de la nariz. Diríase que la muerta estuviese respirando, se dijo Jorge.

—¡Pobre Carmen!...

Una mujer desconocida había entrado en la habitación.

Jorge recordaba haberla visto varias veces, conversando con su patrona. Era una mujer entrada en años, y hablaba con acento andaluz.

—¿Usted es pensionista de la casa, señor?

—Sí, — contestó, cediéndole su asiento.

Pero la mujer no se sentó. Acercóse a la difunta y la besó en la frente pálida, marmórea. Luego sacó un pañuelo y comenzó a llorar.

—Pobre Carmen... — repitió, mirando a Jorge con extraña insistencia.

—¿Usted era amiga de ella?

La mujer se enjugó sus lágrimas.

—Sí, señor... Yo la conocía desde mucho tiempo atrás... Conocí a su familia, en Sevilla, porque Carmen era sevillana, pobrecita, y ha muerto sin volver a ver la Giralda, ni a... Yo la conocía, sí...

Calló, y permaneció silenciosa.

—Si usted supiera toda la historia, señor...

Volvía a mirarlo con ojos preocupados. Jorge contempló a la muerta, y adivinó misteriosamente un drama lejano. La mujer empezó a hablar, rápida, nerviosamente, arrojando miradas llorosas sobre el semblante de mármol, que parecía afilarse por instantes.

—Su verdadero nombre era Carmen Reyes, — dijo, retorciendo nerviosamente su pañuelo, — y su familia era una de las mejores de Sevilla... Carmen se prendó a los quince años de un hombre muy rico, un armero de la calle de las Sierpes. El la llevaba muchos años... Bueno, señor, lo que ocurrió fué que Carmen, a los tres años de casada, se enamoró de un empleado de su marido, y huyó con él de España...

Se incorporó la mujer y se acercó de puntillas al cadáver.

—Perdóname, Carmen, si digo tu secreto, pobrecita que estás muerta...

Le besó otra vez, y prosiguió, más tranquila.

—El hombre resultó un chulo sin entrañas, señor..., ¿cómo se llama usted, señor?...

—Jorge Alcántara...

—Sí, señor Alcántara... Era un mal hombre... Se la llevó a Francia, y le gastó todo el dinero que llevaba ella, más de veinte mil duros que sacó del escritorio del marido. De allí se vino con ella a Buenos Aires. Aquí le vendió las joyas... La maltrataba continuamente, a Carmen Reyes, que había sido una de las mujeres más hermosas y más ricas de Sevilla.

—¿Y el marido? — preguntó Jorge, fascinado por aquella sórdida tragedia.

—El marido, señor Alcántara, que la quería como un loco, no quiso buscarla. Tenía miedo de matarla... Medio loco de dolor, vendió la armería y se fué a vivir obscuramente en Oviedo, donde tenía unos parientes...

—¿Después, señora?

—Después... El trató hasta de venderla, ¿me entiende, señor Alcántara? Cuando se les terminó el dinero y las joyas, él quiso que Carmen vendiera su cuerpo. Ella le quiso dar muerte, una noche, y entonces él se fué, desapareció para siempre... Hace siete años de esto...

La muerta, inmóvil, parecía escuchar, con los negros ojos tristes clavados en el techo.

—Yo le aconsejé que instalara una casa de pensión, señor Alcántara, — siguió diciendo la mujer, — le presté algún dinerillo, que ella me devolvió. Y ahora está muerta, muerta...

Rompió en llanto nuevamente.

Jorge la dejó llorar durante unos instantes.

—¿Quién va escribir a España?...

Secándose los ojos, la mujer se volvió hacia él.

—Usted, señor Alcántara...

—¿Yo? ¿Y yo qué tengo que ver con la muerte y las desgracias de esta pobre mujer?

—Hay que escribirle al marido, Ramiro Reyes... Yo tengo su dirección, en Oviedo... ¿Le escribirá usted, señor?

—Pero, según usted me ha dicho, él jamás quiso saber nada de ella...

—Pero está muerta, señor Alcántara... Usted, que es un hombre ilustrado, sabrá lo que hay que poner en la carta... Decirle nada más que está muerta y dónde descansan las cenizas de la desventurada... ¿Lo hará usted, verdad?

Consintió Jorge.

Al día siguiente, muy de mañana, los despojos de Carmen Reyes fueron conducidos a la Chacarita y sepultados en una tumba de pobre. La amiga lloraba desesperadamente. Tres o cuatro vecinos y pensionistas acompañaron el entierro silenciosos, aburridos. Ninguno de ellos, pensó Jorge, sabía la historia de la mujer que iban a sepultar...

—¿Cuándo va a escribir la carta, señor Alcántara?

Estaban en la pensión. Casi todos los pupilos se aprestaba a abandonarla, algunos sin saldar sus atrasos...

—Ahora mismo, si usted quiere, señora.

La mujer trajo tinta, papel, una lapicera, y Jorge escribió.

La que en vida se llamó Carmen Reyes, de Sevilla, murió en Buenos Aires el 14 de junio de 19... y está sepultada en el cementerio del Oeste de dicha ciudad bajo el nombre de Juana Gutiérrez.

Saluda u usted.

Jorge Alcántara.

—Eso es... Así está bien, — asintió la vecina y amiga, leyendo atentamente la breve carta que iba a llevar el dolor o el olvido a un alma dolorida y lejana;—por lo menos, Ramiro sabrá que ya no existe, y la perdonará, si es que no la ha perdonado ya, Dios lo sabe...

Puso Jorge la dirección en el sobre.

—Yo misma la llevaré al correo, — informó la mujer, contemplándole con húmedas pupilas. — Es usted muy bueno, señor; — agregó — ¿cuándo se va usted de la casa?

Díjole Jorge que se mudaría esa misma tarde.

—Entonces, será adiós, señor Alcántara...

Jorge le dió la mano, y la vió desaparecer, con los ojos enrojecidos, la carta en la mano.

—Es una buena mujer — se dijo.

Nunca volvió a ver la amiga de Carmen Reyes, ni supo jamás si la carta que escribiera al alma que estaba en Oviedo, llegó a su destino.

Y el drama se borró de su memoria.

¿Acaso no tenía el suyo, el drama de su propio corazón?

III

—Dice el doctor Cárdenas que pase por su estudio. Tiene algo urgente que comunicarle...

—Está bien. Dígale que esta tarde le veré.

El empleado saludó y se retiró en seguida.

Jorge se vistió sin prisa.

—Debe ser algo referente al pleito, — se dijo. — ¡Maldito pleito!

Después de almorzar se dirigió al estudio. Cárdenas le estaba esperando, grave y paternal, como siempre. Lo saludó cariñosamente.

—Mi joven amigo...

—¿Qué hay, doctor?

—Anoche me entregaron una carta para usted, don Jorge...

Abriendo un cajón de su escritorio, sacó un pequeño sobre azul, y lo dejó frente a Jorge. Este leyó la inscripción y tembló de pies a cabeza.

Acababa de reconocer la letra de Nina Rouget.

—¿Quién la trajo? — balbuceó, cambiando de color. La carta temblaba en sus manos.

—Una chica, — respondió Cárdenas, estudiando, cu-

rioso y conmovido, la trágica expresión de su cliente y amigo.

Rompió Jorge el sobre y leyó rápidamente. El hombre de leyes seguía observándolo en silencio.

—Es un caso perdido, — pensó.

Terminó Jorge de leer la carta y se puso de pie. Parecía otro hombre.

—Muchas gracias, doctor. Mañana o pasado le veré...

Salió del estudio tropezando con los muebles, iba corriendo por la calle. Minutos después estaba en la pensión de la calle Viamonte. Amy King le esperaba allí desde hacía media hora.

—George, ¿qué pasa?

Hizo ademán de besarlo. Pero Jorge la rechazó casi brutalmente.

—Déjame, Amy. Hazme el favor de irte. Necesito estar solo. Te veré esta noche, mañana, cuando tú quieras... Pero, déjame, te lo ruego.

Sin decir una palabra, la bailarina se arregló el sombrero y salió, pálida de ira.

—*Thank you very much*... Adiós.

Se quedó solo. Cerró la puerta de la habitación y sacó del bolsillo, con mano temblorosa, la carta de Nina Rouget. Volvió a leerla lentamente, como si tratara de grabar cada una de las palabras en su cerebro y en su corazón.

Decía la carta:

Jorge:

No sé si me continua usted buscando todavía, aunque lo sospecho. Durante estos meses no he salido de Buenos Aires. He vivido oculta. Sé que me ama usted todavía. ¿Cómo? Las mujeres siempre sabemos lo que interesa a nuestro corazón. Porque yo también lo amaba, Jorge. Le amo todavía, quizá lo mismo que antes. Si no fuera así, nunca hubiera vuelto a saber de Nina Rouget. ¿No es esto una prueba? Mientras escribo, adivino que usted busca en esta carta una cita, una esperanza. No le doy ninguna cita, pero en cambio, le doy una esperanza. Entre usted y yo, amigo mío, se levantaban dos dramas. Uno de ellos era Cándida García, esa pobre mujercita a quien usted sedujo y abandonó. Durante mucho tiempo, pensé que usted la amó de veras. Ahora comprendo que no era así. Fué usted un hombre de carne y hueso, como todos. ¿Nunca pensó usted, Jorge, que la infortunada Cándida García, al morir, entre las lágrimas de dos viejos, en una sala de la Maternidad, dejaba una vida tras ella, un fruto de su pobre pasión? ¿No pensó jamás que los médicos arrancaron un hijo de las entrañas de aquella infeliz mujer que se moría, ni que ese hijo vive, y que su deber es buscarlo y recogerlo? Cuando lo encuentre, cuando haya cumplido su deber, escríbame a Poste Restante.

Seguía la firma, enérgica y breve.

Pasaron dos horas, dos horas largas, silenciosas. Jorge no oía los rumores de la pensión, absorto en sus pensamientos.

Sus ojos estupefactos veían el espectro de Cándida García abandonando su tumba de pobre y buscándolo en medio del tormento de su pasión.

El hijo de Cándida...

¿Cómo lo sabía Nina Rouget?

—¿Cómo no pensó nunca él que la infeliz pudo dejar un hijo póstumo, una pequeña vida gimiendo sobre su agonía?

Lo buscaría, sí. ¿Acaso aquel hijo desconocido no era el precio de la esperanza, quizá del amor de Nina Rouget?

Revolvería toda la ciudad, escudriñaría todos los rincones de Buenos Aires hasta dar con él...

Al pensar en el niño, experimentó una sensación misteriosa en el fondo de las entrañas. El hijo de la pobre inmigrante, de la galleguita ignorante y apasionada, era el último Alcántara, el último descendiente de su sangre.

Y Nina Rouget lo sabía, se lo decía en aquella carta inesperada que venía a cambiar el curso de su existencia.

Lo buscaría. Era el precio de todo, del remordimiento y del amor, de la esperanza y de la pasión.

Era necesario pagarlo...

*
* *

Escribió una carta muy larga, incoherente. La leyó y la rompió.

No... ¿Para qué escribirle, ahora?

Nina Rouget, le había señalado un deber. No debería dirigirse a ella hasta haberlo cumplido.

* * *

—¿Un matrimonio español, de apellido García?

Algunos le miraban con burlona sonrisa. Otros le indicaban el domicilio de innumerables parejas de ese apellido.

Logró saber Jorge Alcántara, después de averiguaciones múltiples y fatigosas, que el padre de Cándida García estaba empleado como portero en un Banco de la City.

—Manuel García...

El intendente del Banco se rascó la cabeza.

—¿Es uno que llegó de Galicia hace un año y medio, más o menos?

—Sí. Ya no trabaja más aquí. Tuve que despedirlo. Faltaba con frecuencia.

—Pero, ¿puede darse su dirección?

—Espere usted, señor...

Se sumergió en las profundidades de su escritorio. Reapareció al cabo de varios minutos.

—Aquí está... Calle Necochea, número... Es en la Boca, — añadió.

Jorge le dió las gracias y salió del Banco. Caminó hasta el estudio del doctor Cárdenas. El anciano levantó la cabeza blanca y sonrió al ver a su amigo y cliente.

—No hay novedades en el asunto que sabemos, don Jorge...

... ...

—En todo su derecho, amigo mío. ¿Cuánto necesita usted?

Jorge mencionó una cantidad, y el hombre de leyes extendió un cheque.

—Gracias, doctor.

Lo dejó en la misma actitud, con la pluma en la mano, y se hundió en las calles.

La Boca alzaba sus caseríos miserables frente a él.

Nunca había estado en la barriada célebre. Parecíale hallarse en otro país, lejos de Buenos Aires. Las casuchas verdosas y frágiles se inclinaban extrañamente, se torcían en actitudes de angústia o de fatiga. El aliento de los pequeños cafés le mareaba.

Oía idiomas extraños en el hormigueo de las callejas desiguales, y veía marineros bermejos, fogoneros negros, trágicos vagabundos, pululando en las estrechas aceras. Los fonógrafos ponían canciones estridentes en el murmullo humano.

Más allá, el humo negro de las usinas y de los navíos subía en una columna espesa hacia el cielo azul.

—¿La calle Necochea? Por allí, señor...

Siguió caminando. Una emoción misteriosa, una angustia desconocida, le apretaba el corazón.

Pensaba, mientras se hundía en el dédalo de callejas, tropezando con los marineros y los vagabundos, en lo singular, en lo trágico de todo aquello.

Iba en busca del hijo de Cándida García, de su propio hijo. El último Alcántara, el descendiente de la

vieja familia ilustre, estaba allí, en una de esas casuchas lúgubres...

—Calle Necochea.

Era la más sórdida, la más tétrica de todas. Jorge buscó el número que le diera el intendente del Banco.

Penetró en el zaguán angosto y largo. La construcción era de madera y de hierro galvanizado. Un áspero olor de miseria, de suciedad, le hirió de pronto.

—¿Vive aquí don Manuel García?

Un anciano que parecía un árbol lo miró con ojos parpadeantes, casi ciegos.

—¿Manuel García? Eh, de vivir aquí, vive...

Señaló el patio, un patio, largo y angosto, también, en el que se removía una multitud harapienta de niños y de mujeres.

—Es ese que está allí, es ese...

Aproximóse Jorge, conmovido, pálido.

Sus ojos aterrados divisaron un viejo de aspecto miserable, que tenía sobre sus flacas rodillas un bebé monstruoso, un pequeño ser de facciones aplastadas, que agitaba unos bracitos peludos y flacos, y gemía desesperadamente.

El viejo lo arrullaba dulcemente.

Jorge Alcántara tuvo la sensación de que el patio del conventillo se abría bajo sus pies. Un horror sin nombre invadió su corazón.

"Aquello", aquel diminuto monstruo no podía ser el hijo de Cándida García, "su hijo". No, no...

Quiso volverse atrás, huir de aquella escena horri-

ble, de aquel espanto... Pero su mano convulsa estrujó dentro de su bolsillo la carta de Nina Rouget.

"Había que pagar el precio", el precio de todo...

Avanzó, resuelto.

—Señor García...

El viejo levantó sus ojos cansados y lo miró con trágica mansedumbre.

—Ti... — murmuró con acento cansado y triste, y estrechó al horrible bebé contra su mísero corazón.

—Sí, yo, señor García...

Extendió los brazos hacia el niño, con un esfuerzo heroico, pero el viejo, como defendiéndole, lo envolvió en los suyos.

—No... No... Mío, mío... O meu tesoro...

Todos los habitantes del conventillo lo estaban mirando con curiosidad. Algunas mujeres desarrapadas se acercaron.

—¿Cuál es su habitación, señor García?

El viejo comprendió, incorporándose penosamente, se dirigió a un tabuco obscurecido, apartando un trapo que pendía sobre la puerta.

—Entra, ti...

Sin apartar la mirada fascinada del niño, Jorge entró. Vió un lecho revuelto, una silla desvencijada.

—¿Y la señora? — preguntó, sin dejar de mirar al pequeño, que clavaba en él una mirada triste, indefinible.

—Murió...

—¿Murió?

—Sí. Murieron, las dos... Tú las mataste, — repli-

có el anciano, con resignación espantosa, sin levantar la voz, meciendo dulcemente al bebé, que lloraba otra vez.

—Esto es todo lo que me queda, — añadió, acercando su rostro arrugado y cubierto de pelos blancos a la carita monstruosa, — y tú vienes a quitármelo.

—¿A quitárselo? No, señor García...

Empezó a hablar. Escuchábale en silencio el anciano, inmóvil, como aplastado por el dolor y la miseria de la vida.

Explicó él que se haría cargo del niño. Era su hijo, después de todo.

—Sí, — convino García, — tiene tu sangre maldita...

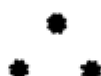
Fingió Jorge no haber oído la injuria. Dejó un rollo de billetes de banco sobre la cama.

—Mañana volveré, — dijo. Hizo ademán de acercarce al niño, pero le fué imposible besar al diminuto monstruo, que lo seguía mirando con mirada extraña.

Se perdió en las calles de la Boca. Las usinas y los navíos continuaban alzando hacia el cielo sus negras columnas de humo. Los fonógrafos, en la obscura entraña de los figones, seguían cantando sus canciones estridentes.

Las casuchas ebrias, atormentadas, parecía que iba a desmoronarse sobre su cabeza.

Había que pagar el precio...



La carta era breve, pero concisa y desesperada:

Señorita Nina Rouget. Poste Restante.
He obedecido. Venga a salvarme de mí mismo.
Jorge Alcántara.

Agregaba su dirección, la casa de pensión de la calle Viamonte, por la cual Amy King, despechada, iracunda, no había vuelto desde el día que él le rogó que lo dejara solo. Jorge la olvidó por completo.

La respuesta no se hizo esperar. Llegó por correo en la noche del siguiente día. Nina lo citaba en una dirección de un barrio lejano.

Fué una noche febril para Alcántara. Durante largas horas estuvo paseando por la habitación. Abrió la ventana y contempló la calle desierta, por la que pasaban escasos tranvías. Luego la cerró y se arrojó vestido sobre el lecho.

Como a las dos de la mañana quedó adormecido. Pero ni en sueños podía libertarse de la horrible visión del conventillo de la Boca.

Volvía a aparecer en sus pesadillas la pálida imagen venerable de Doña Mercedes Alcántara y Arriaga, con su rosario de cuentas negras en las manos de cera.

En su pesadilla, la vieja señora, la romántica y trágica novia del tiempo de Rosas, atravesaba las calles sombrías de la Boca, penetraba en una casucha de madera y buscaba un niño en el patio.

Veíala salir luego por el zaguán estrecho y nauseabundo, llevando al niño en brazos, un niño de pesadilla que cantaba una canción sollozante, y jugaba con las cuentas negras del rosario...

Serían las once de la mañana cuando despertó. La cita era a las dos de la tarde.

Al saltar del lecho, vió sobre la mesa de luz una carta cerrada, un pequeño sobre celeste. Su corazón tembló.

Pero la letra no era de Nina Rouget. Abrió la carta y leyó, escrito con caracteres desiguales, laboriosos:

"Mr. George Alcántara".

Usted es un mal caballero. Olvídese de esta mujer que un día lo creyó un "gentlemen" y que lo ha borrado de su corazón y no desea volver a verlo.

Amy King.

Jorge rompió la carta y arrojó los fragmentos por la ventana.

—¡Pobre Amy!... Menos mal.

La bella inglesa seguía, como Blanche Brisson, el camino del olvido. Eran las mujeres-hiedras, que el viento del deseo desprende con facilidad.

¡Pobre Amy!... ¿Dónde iría, con sus saltos mortales, sus grandes ojos azules, sus espasmos de pantera?

No pensó más en ella Su recuerdo desapareció con los fragmentos de su carta desdeñada.

Jorge se vistió y salió a la calle, sin almorzar. Eran las doce y media.

Sacó la carta de Nina. Lo citaba en una calle de

Flores. Subió a un tranvía, para hacer tiempo, y al cabo de media hora larga se encontró en unas calles apacibles, llenas de silencio, de árboles, de sombra.

Detrás de los cercos, en el regazo invisible de los jardines reverdecidos, sonaban frescas voces femeniles. Entre un olor penetrante de rosas, oyó un piano melancólico.

Faltaba cerca de una hora para las dos. Caminaba con lentitud, deteniéndose en las esquinas. La soledad de las calles tranquilas era absoluta.

A medida que transcurrían los minutos, aumentaba su inquietud. En aquella entrevista sentía que se iba a decidir su destino.

A las dos en punto llamaba a la puerta de una casa pequeña, frente a la cual florecía un jardín.

—¿La señorita Nina Rouget?

Una vieja melancólica, vestida de negro, lo miró con ojos apagados. Jorge pensó en la mujer del batón azul, aquella que lo miraba con odio cuando iba a preguntar por Nina en el barrio de Palermo.

—Pase usted, señor.

Atravesó el pequeño jardín. Unas mariposas negras palpitaban en las hojas de un limonero, y dos palomas pardas se arrullaban en la cornisa.

—Pase, señor...

Entró en la habitación, y Nina Rouget surgió ante él.

—¡Nina! ¡Nina!

Su sombrero rodó por el suelo, sus manos temblaban. Ella, al darle la mano, le había llamado "Jorge".

Hubo un silencio, un silencio extraño, en el cual se oía palpitar el corazón del hombre, el arrullo de las palomas, fuera.

—Nina...

Con un gesto, le hizo sentar en un sofá. Ella se sentó en un sillón frente a él.

—He obedecido, como le dije en mi carta...

Los ojos enigmáticos, profundos, tenían claridades extrañas.

Bruscamente, Jorge comenzó a hablar. Las palabras salían atropelladamente de sus labios trémulos.

—Lo encontré, Nina. ¡Olajá no le hubiera encontrado nunca! ¿Por qué me dijo usted que existía? ¿Por qué me obligó a buscarle? ¿No era bastante el tormento de amarla sin esperanza?

Siguió hablando. Su acento vibraba con todas las pasiones, en su rostro se pintaban todos los matices de la desesperación, en sus ojos se reflejaban las torturas del infierno.

—¿Por qué, Nina, por qué?

Ella le escuchaba, muda y pálida. Sus pupilas se obscurecían, se iluminaba, al oir la desesperada confesión.

—¿Para qué le he decir más, Nina? Todo lo que yo le dijera es poco? ¿Quiere convencerse? Venga conmigo, ahora, mañana, y comprenderá...

—No comprendo, Jorge, — murmuró Nina Rouget, — yo solo quise hacerle cumplir un deber hacia una pobre mujer que murió de amor por usted.

—¡Ah!... Venga conmigo, Nina. Venga, se lo suplico...

Se había puesto de pie y la oprimía ambas manos entre las suyas febricientes.

Ella, cada vez más pálida, forcejeaba por desasirse.

—¡Señor Alcántara!

Jorge insistía, implacable, desesperado.

—¡Venga! ¡Venga!

—Espere usted un instante.

Desapareció de la habitación. Volvió a hacerse un hondo silencio. El arrullo de las palomas en las cornisa se oía claramente y un perfume penetrante de jazmines saturaba la estancia.

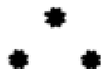
Jorge se dejó caer sobre el sofá, un poco calmado ya. Se alisó los cabellos desmelenados y miró en torno suyo. En la pared vió un retrato de mujer, una mujer que tenía los ojos de Nina Rouget.

—La madre, — pensó.

En ese instante Nina reapareció, con el sombrero puesto y los guantes.

—Vamos, — dijo simplemente.

La vieja de ojos apagados les abrió la puerta. Al salir del jardín, Jorge contempló las mariposas negras palpitando en el limonero.



Muchas noches, después soñó con esas mariposas negras.

El automóvil corría por la calle Rivadavia. Las ca-

lles con árboles, las casas con jardines habían quedado atrás.

Nina, acurrucada en el fondo del vehículo, callaba. Jorge veía su perfil perfecto, inmóvil, recortándose contra el cristal, sobre el panorama fugitivo de la calle.

—¿Es muy lejos?

—En la Boca...

Enmudecieron. Las palabras de Jorge vibraban aún en los oídos de la ex-enfermera. A su lado, él la miraba con extraña expresión.

Parecía haberse serenado del todo. Pero la lividez de sus mejillas, el brillo de su mirada, revelaban la tempestad interior, la hoguera que ardía en su alma.

Sentía Jorge el calor de aquel cuerpo, y pasaban por el suyo ligeros estremecimientos. Mientras el auto corría por las entrañas de la ciudad, el reloj de sangre de su corazón marcaba los segundos de dicha dolorosa.

¿Sería aquella la última vez que estarían juntos?

Nina, por su parte, experimentaba sensaciones indefinibles. Presentía una revelación sin nombre, la presencia de una horrible realidad, y por su cuerpo, también estremecido, pasaban ondas de angustia.

El auto llegó a la Plaza de Mayo, serpeando entre el tráfico resonante de la tarde; internóse luego por el Paseo Colón, sin disminuir la marcha. Pasaron a pocos metros de la casa de la calle Balcarce.

Minutos después aparecían los caseríos misera-

bles. A la izquierda, los paquetes de ultramar alzaban sus chimeneas rojas y negras.

—Ya llegamos...

Nina Rouget se volvió y lo miró sin pronunciar una palabra. Súbitamente, adivinó que llegaba el instante de la crisis...

—¿Calle Necochea número...?

El chauffeur disminuyó la marcha.

Indicó Jorge el número.

—Es aquí, Nina...

Descendieron ambos. Gentes roñosas y confusas hormigueaban en la acera.

—Entremos...

La precedió por el zaguán angosto y sucio. Ella lo siguió sin vacilar.

—¿No siente asco, ni miedo?

—No.

Las mujeres les rodearon en el patio. Algunas formularon observaciones injuriosas en voz alta.

Jorge se detuvo ante la puerta de una de las piezas, y golpeó las manos.

Nadie respondió.

Levantando la sucia cortina, se asomó dentro. Hizo una seña a Nina, y ambos penetraron resueltamente.

Manuel García estaba durmiendo profundamente, tendido de espaldas en el lecho. A su lado, los ojos despavoridos de Nina Rouget divisaron al niño.

—Es ése... Es "eso" que usted ve, Nina...

El hijo de Cándida García fijó sus ojitos llorosos en la mujer, y rompió a llorar desesperadamente. Su llanto no interrumpió el sueño del anciano, que parecía un cadáver en su pesada y rígida inmovilidad.

Durante varios segundos, Nina y Jorge permanecieron sin movimiento. El niño continuaba llorando con angustia. García seguía durmiendo su sueño de plomo.

Apartando los ojos de aquel cuadro, Jorge miró a Nina. Ella también le miraba...

Era el instante del destino.

Sin vacilar, Alcántara se acercó al lecho, tomó dulcemente al niño, con mano inhábiles que temblaban. El contacto con aquel diminuto y horrible ser le produjo un sacudimiento en todas sus fibras. Volvió a decirse que era su hijo, el hijo de la muerta de amor por él.

Nina Rouget le seguía mirando. Sus pupilas se tornaban obscuras...

Repentinamente, García despertó. Por unos segundos, paseó su mirada de fatiga sobre el hombre y la mujer.

—¡No me lo lleven! — gimió, descendiendo penosamente de la cama, extendiendo los brazos hacia el padre de su nieto, — ¡no me lo lleven!

El niño ya no lloraba.

Jorge se lo puso en los brazos, y se volvió hacia Nina.

—¿Vamos?

Salieron del tugurio. Al cruzar el patio, Nina Rou-

get oyó que una mujer desarrapada decía a sus vecinas, con voz ronca de cólera y desconfianza:

—Esos son los que roban sus hijos a los pobres.

Jorge oyó también y sonrió con amargura.

—¿Oyó usted lo que dijo esa mujer?

Pero Nina Rouget no sonrió.

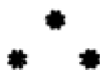
Las primeras sombras del crepúsculo descendían sobre la barriada ribereña. Un suspiro de cansancio, un humo de miseria, parecía desprenderse de las casuchas atormentadas.

El taxi que los condujera allí huía ahora por las calles negras y hormigueantes.

Y al alejarse de la Boca, Jorge Alcántara sentía aún en sus manos el calor del cuerpecillo deforme del hijo de Cándida García. Parecíale que los ojillos extraños del bebé lo miraban desde el fondo de una tumba.

Y fué entonces, allí, al lado de Nina Rouget, cuando sintió también que su corazón se abrasaba en otra pasión sin nombre, en una pasión de remordimiento.

Porque Cándida continuaba viviendo en el pequeño monstruo.



—Dentro de cada uno de nosotros siempre existe un sueño de cosas que nunca fueron y que no han de ser jamás, desde el momento en que la vida siempre será lo que ha de ser... Hombres y mujeres, ni los unos ni los otros hemos de cambiar...

El doctor Cárdenas se limpiaba los lentes. Sus ojos cansados parpadeaban un poco, heridos por la luz cruda del sol mañanero.

—¿No le parece, Jorge?

Alcántara, que apenas lo había escuchado, se volvió vivamente.

—No sé... Puede ser, doctor...

Su pensamiento estaba lejos. Las escenas y las emociones de la tarde anterior revivían en su memoria. Mientras el viejo abogado hablaba, volcando su corazón dolorido en sus palabras fatigadas, él pensaba en el regreso lúgubre de la Boca, solos en un taxi con Nina Rouget y con sus pensamientos.

Veía aún, en el estudio lleno de sol, el semblante lívido de ella, cuando el taxi corría afanosamente por las calles, llevando aquellas dos almas hacia su destino.

—¿No le parece, Jorge?

El acento de Cárdenas vibró con un ligero acento de irritación.

—Perdóneme, doctor...

El rostro del abogado se dulcificó un poco. Siguió hablando, paternalmente.

—¡Cristo Santo! Yo, que soy un viejo, nunca acabo de comprender a ustedes, los jóvenes de ahora... Parecen niños grandes, turbados, obsesionados siempre, por un juguete... Y ese juguete que les enfurece, que les enferma, cuando no lo pueden obtener inmediatamente, siempre es el corazón de una pobre mujer...

¡Un corazón de mujer!

La cara descolorida de Jorge Alcántara se acercó bruscamente a la del abogado.

—¿Qué quiere usted decir con esas palabras, doctor?

Sonrió Cárdenas. Había en su sonrisa una tristeza muy antigua, una melancólica resignación.

—Que nosotros, pobrecitos hombres, pobrecitas mujeres, nunca acabaremos de comprendernos los unos a los otros, mi querido Jorge, — repuso, guiñando sus ojos transparentes de viejo en la violenta luz.

—¿Nunca?

—Así lo creo, Jorge, y usted sabe que están cada vez más cerca de los sesenta años...

Por un instante, por la primera vez en todos los largos años que lo conociera, Alcántara se sintió cerca del corazón melancólico y misterioso del viejo amigo de su familia.

—Perdóneme, Cárdenas...

El hombre de leyes estrechó la mano que le extendía.

—¡Ah, Jorge!

Ambos guardaron silencio durante largo tiempo, mientras el sol entibiaba la alfombra del estudio. Un teléfono llamó, estridente y perentorio. Pero Cárdenas se encogió de hombros.

—Déjelos que llamen... Esas pequeñas voces del mundo...

Enmudeció finalmente el teléfono.

La voz de Cárdenas volvió a escucharse, confidencial, serena.

—El pleito está por fallarse, Jorge. Las pruebas presentadas por la parte contraria...

Jorge Alcántara lo seguía escuchando en silencio.

Estaba pensando en sus primas, la señora de Meyer y la condesa de San Miniato.

No las volvió a ver desde la tarde que Julia le encontró en la calle y le hizo subir a su casa. La condesa se había ido a Europa, según le informó el mismo Cárdenas, y la de Meyer se disponía a embarcarse con el mismo rumbo en cuanto recayera la sentencia sobre el pleito, "el incidente de la sucesión de Doña Mercedes Alcántara y Arriaga", como decía siempre el hombre de leyes.

—Es un asunto ganado de antemano, — afirmaba éste, mirando a Jorge de reojo.

Le fastidiaba un poco la indiferencia displicente del heredero.

—Nadie diría que se trata de una fortuna de trescientos mil pesos, — rezongaba el excelente señor, encarnizándose con sus lentes, cuyos cristales brillaban como gotas de agua entre la blancura del pañuelo. Bueno allá él...

Jorge lo dejó entregado a tan inocente ocupación.

Le miró salir Cárdenas, y movió la cabeza.

—Juventud...

Y en el silencio de su estudio, en la mañana clara, pasó por su pensamiento la imagen desvanecida de una muerta que dormía en el fondo de los años, de

una mujer que nunca fué suya, y cuya memoria dulcísima cantaba todavía en el silencio melancólico de su vejez...

¿Qué habría ocurrido entre el sobrino nieto de Doña Mercedes y aquella misteriosa mujer que atormentaba el corazón del descendiente?

Nunca le había interrogado sobre ello. Pero las tribulaciones pasionales de Jorge Alcántara eran tan evidentes para su experiencia de viejo abogado que más de una vez hubo de preguntarle algo.

—No. Allá él...

Varias veces creyó que Jorge iba a solicitarle un consejo, a formularle una confidencia. Pero se equivocó.

—Es reservado y orgulloso, como un Alcántara, — se decía Cárdenas, y su viejo corazón volvía a soñar con la mujer de su juventud, entre los códigos y el papel sellado.

*
* *

—Es un alma perdida de amor...

Estaba en la casita del judío. La vieja de negro, inmóvil entre los limones y los rosales, lo miraba tristemente, con cansadas pupilas parpadeantes.

Las palomas habían desaparecido de la cornisa. Por la abierta ventana, veíase el campanario de una iglesia.

—¿Qué quiere usted decir?

Los ojos cansados no se separaban de los suyos.

—Que se enfermó, señor Alcántara...

Recordó él la palidez febril de Nina, cuando volviera de la Boca y la dejó en la puerta de la casa. Lo despidió en la vereda, diciéndole:

—No venga hasta que yo le avise.

Le había tratado de usted. ¡Cómo temblaba la mano grande y blanquísima de Nina al abrir la puertecita del jardín!

La viejecita de negro, parpadeando rápidamente, parecía hundida en sus pensamientos.

—Es un alma perdida de amor, — repitió, con acento monótono, de mortal cansancio. — ¿Qué le ha hecho usted, señor Alcántara? — interrogó de pronto, irguiéndose, con los ojos brillantes y fijos, los labios trémulos.

—¿Yo?

—Sí, usted. Anteanoche, cuando usted la dejó aquí, estaba temblando de fiebre. A la media noche estaba delirando, ¿sabe usted? Yo temí que se fuera a morir... ¿Qué le ha hecho usted?

Los ojos de la anciana, antes turbios de resignación y de fatiga, tenían ahora un relámpago de ira maternal.

—¿Puedo pasar a verla? — ballbuceó él, lanzándose hacia adelante, enredando sus ropas en los rosales.

Pero la vieja lo detuvo con una mano flaca, descarnada.

—Puede pasar, señor Alcántara... Pero no podrá verla, porque no está aquí...

Lentamente, sin apartar sus ojos seniles del rostro de Jorge, explicó.

Había llegado esa noche con una fiebre muy alta, según acababa de decir. A las doce, no, cerca de la una de la mañana, comenzó a delirar. Decía cosas extrañas en su delirio; hablaba de una mujer que se había muerto de amor; de un niño idiota que se moría de hambre en un conventillo...

Las palabras lentas y desoladas de la anciana caían como gotas de fuego en el corazón del Alcántara.

Ella prosiguió, sin cambiar de acento ni de actitud:

—Estuvo delirando toda la noche... Al amanecer se quedó dormida, repitiendo su nombre, señor Alcántara... Cuando despertaron las palomas, ella todavía seguía diciendo: "Jorge... Jorge..." Yo no cerré en toda la noche los ojos... A las ocho de la mañana, Nina despertó. ¡Viera usted cómo estaba! Los ojos, sus grandes ojos, se le habían hundido y estaba más pálida que la almohada... Me pidió agua... Me dijo que hablara por teléfono con este número....

Hurgó la vieja en los bolsillos de su vestido negro.

—Aquí está, — dijo, sacando un papel arrugado del que Jorge se apoderó rápidamente, — es el número de un hospital donde ella trabajó como enfermera.

Calló la anciana y repuso con fatiga:

—A las nueve y media llegó la ambulancia y se la llevó, — añadió, con los ojos enrojecidos. — No quiso que yo fuese con ella... A mí me parecía que aún tenía fiebre... Y se la llevaron...

Jorge Alcántara había escuchado sin pestañear.

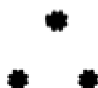
—Se la llevaron... — repitió.

La anciana no contestó. Lloraba dulcemente, apoyada en un limonero.

—Fué ayer...

—Ayer, a las nueve y media de la mañana... ¿Qué le hizo usted, señor Alcántara, a ella, que es un alma perdida de amor?

Sin responder, contemplando el arrugado papel con la dirección telefónica, Jorge salió del jardín. Al pisar la vereda solitaria, oyó en la cornisa el arrullo de una paloma.



La calle donde estaba el hospital era una calle ancha, sin tranvías, por la que pasaban unos carros chirriantes arrastrados por caballos soñolientos.

Cerca de media hora hacía que Jorge se paseaba, fumando un cigarrillo tras otro, por un corredor largo y sucio.

Antes de ir allí, varias veces intentara hablar por teléfono, pero inútilmente. Los teléfonos de los hospitales nunca funcionan satisfactoriamente...

En aquella media hora, habló con varios empleados.

—¿Una enferma que trajeron ayer? Espere usted...

Finalmente, se presentó una mujer gorda, morena, de mirada penetrante. Era una enfermera.

Jorge repitió su pregunta.

—La que vino ayer....

Arrojóle la mujer una mirada escrutadora, fría.

—Espere, señor...

Desapareció. Jorge Alcántara continuó fumando cigarrillos, uno tras otro, paseándose sin cesar. De tiempo en tiempo se detenía y contemplaba el melancólico jardín, los lúgubres corredores, por los que pasaban a cada instante mujeres pálidas, pobremente vestidas, y hombres ataviados de blanco.

Recordó las palabras de la vieja. Nina Rouget había trabajado como enfermera en ese mismo hospital. En las claras mañanas de sol, en las noches largas y silenciosas, había vivido allí horas solitarias de su vida, entre aquellas mujeres pálidas y aquellos hombres vestidos de blanco que vivían luchando contra la muerte...

Y la pregunta desgarradora, desde aquella mañana, volvía a torturarle el corazón.

—¿Qué tendrá? ¿Qué tendrá?

La mirada y las palabras de la vieja de negro le perseguían:

—¿Qué le ha hecho usted?

Los minutos transcurrían, largos interminables. Pensaba Jorge que la enfermera gorda se hubiera olvidado de él, cuando la vió aparecer en el extremo del corredor.

—Me ha hecho usted esperar, — se atrevió a decir, y la gorda se encogió de hombros.

—La persona por la cual usted pregunta, — le dijo, — se halla en el mismo estado...

—Pero, ¿qué es lo que tiene?

La mirada de la mujer, fría y penetrante, le hizo palidecer repentinamente.

—Pregúntele al médico de la sala, — respondió, con voz dura.

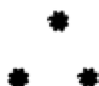
—¿Quiere usted decirme el nombre de ese médico?

La mujer, que se alejaba, al escuchar la súplica que temblaba en aquel acento, se detuvo.

—El doctor Ramírez, — dijo.

La vió perderse en una vuelta del corredor.

Por espacio de otra hora anduvo preguntando por el doctor Ramírez, hasta que le informaron que no lo podría ver hasta la mañana siguiente.



—¿Qué anda haciendo usted por aquí?

Eran las siete y media de la mañana. Unos cuantos gorriones piaban alegremente entre los arbustos del jardín; sus pequeñas vidas inocentes cantaban el júbilo de vivir entre la podredumbre y la muerte del hospital.

—¿Usted, doctor?

El doctor Núñez, grave y meditabundo, como lo viera tantas veces junto al lecho de Doña Mercedes Alcántara, lo había reconocido inmediatamente.

—¿Qué hace usted por aquí? — repitió, — ¿viene a hospitalizarse?...

Jorge le explicó. Iba en busca del doctor Ramírez, a preguntarle de una enferma.

—¿Ramírez?

La mirada aguda del viejo médico lo observó detrás de los lentes...

—Ah...

Miró por unos instantes los gorriones que piaban entre los arbustos y luego se volvió hacia Jorge.

—Siéntese usted por ahí... Espere un momento...

Se alejó. Jorge se sentó en un banco. El sol hacía arder sus ojos, inflamados por el insomnio. El edificio inmenso del hospital se animaba con el trajín mañanero. Empleados y practicantes, con los ojos enrojecidos todavía por el sueño, pasaban junto a él sin mirarlo.

Pasó una hora larga.

De pronto, Jorge Alcántara se estremeció.

Por el corredor venían dos hombres, conduciendo unas angarillas en sus brazos robustos. Bajo el paño blanco que cubría la angarilla, se dibujaba un cuerpo inmóvil, como una estatua velada y yacente.

Al pasar junto a él, vió una mano larga y pálida que colgaba fuera, una mano y un antebrazo frágil de mujer.

Comprendió que estaba muerta, y un horror súbito heló sus entrañas. Pensó por un instante que fuera ella, Nina Rouget...

Pero aquella mano cadavérica no era la mano de Nina.

Los hombres se alejaban con su carga melancólica en la gloria del sol mañanero.

¿Quién sería aquella pobre mujer?

Pensó que sería otra muerta de amor, y volvió a abrasarle el corazón una pasión de remordimiento.

Así, una mañana de sol, por un corredor polvoriento, en medio del trajín incesante de un hospital, unos hombres vestidos de blanco se habían llevado el cuerpo destrozado y sangriento de Cándida García, mientras su hijo gemía entre los sollozos de los abuelos...

¡El niño!

Casi lo había olvidado en aquellas horas de estupor, lo vió de nuevo, en el patio del conventillo de la Boca, repulsivo y trágico...

Nina lo había visto también...

—Jorge...

El doctor Núñez estaba junto a él, siempre grave y sereno.

—¿Habló con el doctor Ramírez?

El viejo médico paseó la mirada por el jardín del hospital, donde ya no se veían los gorriones.

Pareciόle a Jorge que tardaba horas enteras, horas mortales, en contestar. Sentándose junto a él en el banco, preguntó bruscamente.

—¿Usted tiene mucho interés en esa mujer, Jorge?

Su mirada aguda escrutaba el semblante del descendiente. Allí encontró la respuesta, y siguió hablando:

—Ya no está en este hospital...

Jorge Alcántara se incorporó de un salto. Ante sus ojos desencajados se presentó la visión de la muerta que los hombres conducían en una angarilla, la muer-

ta misteriosa cuya mano lívida casi rozaba el corredor polvoriento...

Núñez comprendió.

—No... No está muerta, mi joven amigo... Tranquilícese usted... A las seis de la mañana, a pedido de ella misma, fué conducida a una clínica particular.

—¿A una clínica particular?

—Sí.

El jardín triste se doraba de sol. Una hilera de gentes pobres hacían irrupción en el hospital, iban y venían por los corredores, con envoltorios bajo los brazos y con la angustia pintada en sus rostros pálidos.

—¿Usted, entonces, tiene mucho interés en esa mujer? — volvió a preguntar el médico, y agregó de pronto, con acento singular: — ¿usted se ha casado, o está por casarse con ella, Alcántara?

Jorge se puso de pie.

—¿Me quiere decir, doctor, dónde la han llevado?

Una tristeza de muchos años asomó a las pupilas cansadas del médico. Durante más de treinta años había vivido entre el dolor y la muerte, y él sabía, sabía...

De pie frente al sobrino nieto de su vieja amiga, que ahora dormía para siempre junto a las cenizas de aquel novio de 1840, pensaba en la enfermera de ojos grises que él había llevado a la casa de la calle Balcarce; en aquel día que Jorge Alcántara se presentó, desesperado, en su consultorio, preguntándole por Nino Rouget, por aquella misma mujer...

—No puedo decírselo, Jorge.

Su acento era seco, terminante.

—Pero... ¿usted sabe, doctor?

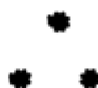
—Sí.

—¿Qué es lo que sabe?

El doctor Núñez repuso lentamente:

—Que usted, Jorge Alcántara, debe olvidarse de esa mujer...

Mientras hablaba, sus viejos ojos, aquellos ojos que habían mirado el dolor y la muerte durante más de treinta años, veían el pálido rostro de Doña Mercedes, durmiendo para siempre su sueño de amor.



Estaba solo, otra vez, en el corredor.

Núñez, impenetrable, implacable, habíase hundido en las profundidades del hospital, sin decirle nada más, sin darle el más breve indicio de la clínica particular donde fuera conducida Nina.

—Pero, por lo menos dígame lo que tiene, doctor, —había suplicado, y Núñez, súbitamente glacial, se había encogido de hombros, alejándose.

El sol estaba alto ya. Continuaban hormigueando las pobres gentes en los corredores, con sus envoltorios y su angustia, bajo la mirada indiferente de los practicantes y los empleados.

Jorge, decidido, se internó en uno de los corredores. Esperaría a Núñez, aunque fuera hasta la noche...

Tropezó de pronto, en una de las vueltas del corredor, con la enfermera gorda y morena. Estaba en la puerta de una sala, conversando con una mujer delgada, esbelta, cuyo semblante Jorge no podía ver.

Le reconoció la gorda, y sin saludarlo, dijo algo a la mujer delgada, que se volvió para mirarlo.

¿Dónde había visto Alcántara aquel rostro rubio y pálido, aquellos ojos sagaces ocultos por unos lentes?

De pronto recordó.

Era la empleada de la Escuela de Enfermeras, la que viera dos veces, cuando andaba desesperado por las calles de Buenos Aires, en busca de Nina.

Siguieron hablando ambas mujeres, y finalmente, se despidieron.

Vió Jorge que la rubia, que vestía traje de calle, se dirigía hacia la salida del hospital. La siguió hasta la esquina, y la abordó resueltamente.

—Ah, es usted...

Lo había conocido enseguida, era el pobre enfermo de amor...

Empezó a hablar Alcántara. Las palabras surgían atropelladamente de sus labios. Ella sonreía pálidamente.

—Nadie quiere decirme nada... Ni siquiera qué es lo que tiene, señorita... y el día antes ella estuvo conmigo, y estaba bien...

La rubia no sonreía ya.

Alcántara contemplaba el rostro pálido, anémico, de la muchacha, y su corazón temblaba de impaciencia y de esperanza.

—¿Usted se va a casar con ella?

Era la misma pregunta que apenas una hora antes le formulara el doctor Núñez.

Jorge reprimió una exclamación de ira.

—¿Por qué me lo pregunta usted? — balbuceó, deteniéndose bruscamente en medio de la acera.

—Disculpe, — dijo ella, simplemente, y Jorge creyó sorprender de pronto un relámpago de conmiseración detrás de los lentes.

Una hilera de pesados carros resonó en las piedras desiguales de la calle. La rubia miró los caballos soñolientos.

—Escuche, señor...

Los ojos de la rubia, llenos de una repentina bondad, estaban fijos en su rostro.

—Yo le voy a decir donde está Nina Rouget, aunque ella rogó, antes de irse del hospital, esta mañana, que por nada de este mundo se le dijera a usted...

—Gracias — murmuró él, anhelante, — gracias...

—Está en la calle... ¿Quiere apuntarlo?

—No, no... Yo lo recordaré...

—Pero le daré un consejo, — añadió ella, lentamente.

—¿Un consejo?

—No vaya usted a verla hasta pasado mañana... Ni diga nunca que fuí yo quien le dí la dirección...

—No, no...

—¿Me lo promete? — interrogó.

Pero Jorge Alcántara se alejaba, después de haberle estrechado la mano.

Le miró alejarse, la rubia.

—Cómo ha corrido ese hombre detrás de esa mujer, — exclamó, con un suspiro, — ¡pobrecito!

*
* *

Aquella clínica...

Le parecía que le hacían esperar horas enteras, horas de muerte, lo mismo que en el hospital.

—La señorita Nina Rouget... La trajeron esta mañana, a primera hora... ¿Qué es lo que tiene?

No se cansaba de formular la pregunta.

Enfermeros y practicantes lo miraban con expresión ambigua, y guardaban silencio.

Y fué en la sala de espera de la clínica donde le asaltó de pronto una sospecha sin nombre...

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Nina se había envenenado... Por eso el doctor Núñez no quiso decirle nada, ni la enfermera gorda...

¿Qué trágico horror había producido en ella la escena del conventillo de la Boca, el espectáculo del monstruo que llevaba su sangre?

Sí, debía ser eso... ¿Qué otra cosa podía ser?

—No podemos informarle, señor, si no es usted miembro de la familia...

Le rogaron que se retirase.

Jorge Alcántara iba a hacerlo, lívido de ira y de angustia, cuando vió aparececr en el "hall" de la clínica, el rostro de Nina Rouget.

Sí, era ella...

Violáceas ojeras agrandaban desmesuradamente sus ojos, y su semblante estaba mortalmente pálido.

—Es un alma perdida de amor...

Las palabras de la vieja de negro volvieron a sus ojos.

Detrás de Nina Rouget blanqueaba la silueta de una

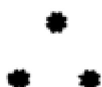
enfermera que parecía inquieta y desconcertada. El médico que acababa de rogar a Jorge que se retirase, contemplaba, atónito, a Nina.

—Señorita, ¿qué significa esto?

Volvió ella hacia él su rostro sereno y pálido. Señaló a Jorge.

—Que me han venido a buscar, doctor, y que me voy...

Salieron juntos. La calle estaba llena de sol.



Hacía largo rato que caminaban en silencio, absortos ambos en sus pensamientos. Jorge esperaba que hablara ella, con el corazón en tumulto, dando vueltas en su pensamiento a su horrible sospecha.

No. Nina Rouget no podía haber intentado el suicidio por envenenamiento.

Ahora aquella idea antojábasele absurda, monstruosa.

—Llegó usted a tiempo...

Habíase vuelto hacia él, siempre pálida.

—Hable, Nina...

Estaban en la casita de jardín. Abrió ella la puerta, y se oyó un grito entre los rosales. La viejecita estaba allí mirando estupefacta a su ama.

—Nina... Nina...

Corrió hacia ella, le tomó las manos, le acarició el blanco semblante, lloriqueando.

—¡Bendito sea el Señor!

Entraron. A un gesto de Nina, la vieja, llorosa y conmovida, desapareció.

—¿Qué ha sucedido, qué ha sucedido, por amor de Dios?

Serena ya, Nina Rouget guardó silencio, meditó un instante antes de contestar.

—Llegó usted a tiempo, Jorge. Cualquier otra mujer nunca le diría lo que le voy a decir ahora. Pero debo decírselo, por usted y por mí. Usted ha estado torturándose desde ayer, pensando para qué fuí yo primero al hospital, y después a la clínica de donde acabamos de llegar. Es natural. Pero, antes de decírselo, le contaré cosas que usted ignora.

Hizo una pausa.

—¿Usted recuerda, — prosiguió, — lo que le conté de mi pasado? ¿Ha olvidado lo que le dije una noche, aquella noche cuando cenamos juntos en un restaurant de la calle Corrientes?

Evocó Jorge la noche aquella.

¿Acaso no la revivió muchas veces, cuando se hundía, solo y desesperado de amor, en las entrañas nocturnas de Buenos Aires, contemplando las pistolas en los escaparates de las ropavejerías, saturándose de alcohol en las tabernas cosmopolitas, revolviéndose en los abrazos delirantes de Blanche Brisson y Amy King?

¿Acaso, muchas veces, también, no pensó en el drama adivinado detrás de las confidencias de Nina Rouget?

—¿Recuerda usted lo que le hablé de la muerte de mi madre?

—Sí. Usted me dijo que había muerto en un accidente.

—No era verdad. Mi padre la mató.

La revelación trágica, tremenda, quedó flotando en el aire. Jorge palideció.

—Mi madre no podía perdonar su fracaso a mi padre, que era un hombre dulce y bueno, pero que nació con la marca de la fatalidad. Desde que yo nací, durante muchos años, hizo un verdadero infierno de la vida de aquel hombre que era todo bondad y mala suerte. *Pauvre pére*... Fué para él un purgatorio de más de doce años. Un día no pudo más... Como era farmacéutico, conocía los secretos de los venenos que matan.

Calló bruscamente. Jorge escuchaba, inmóvil.

—Una noche la mató... Mató a la mujer que lo atormentaba con sus recriminaciones y sus injurias desde hacía más de doce años... Todos, yo misma, que aun no tenía diez años, creímos que había sido un accidente, que mi madre, creyendo ingerir una medicina, había ingerido un tóxico de esos que matan instantáneamente: cianuro de potasio...

Nina enmudeció otra vez. El trágico espectro de la madre muerta flotaba en su alma torturada.

—Mi madre no era una mala mujer, no... Tenía conmigo arranques de pasión maternal... Amaba a los niños y a las viejecitas, pero...

Los ojos de Nina eran casi negros. Del jardín envuelto en rayos de sol muriente llegó un arrullo de palomas.

—Yo lo supe todo diez años más tarde. Mi padre me lo reveló una noche, en La Habana. Recuerdo siempre que era una noche estrellada de primavera. Nosotros vivíamos en el barrio del Vapor. La farmacia, la última de las farmacias que instaló mi padre, estaba situada frente a los mercados. Un negro cantaba en la plazuela. Y fué esa noche cuando el secreto de sangre salió de los labios de mi padre.

"Me hizo sufrir tanto"... gimió, cayendo de rodillas a mis pies.

—A la mañana siguiente lo encontraron muerto en la trastienda. Se había suicidado con el mismo veneno que se llevó la vida de mi madre...

Nina sonrió, y su sonrisa era un rictus de agonía.

Jorge sintió frío, un frío extraño. Parecíale que le atravesaban las heladas hojas de muchos puñales.

Nina, con los ojos cerrados, respiraba fatigosamente. Y él la observaba, estremecido de frío...

Bruscamente abrió los ojos.

—Conocí a usted, Jorge. Yo nunca había amado a ningún hombre, nunca, en mis años errantes y difíciles. Después...

Jadeaba.

—Después... Ese niño, ese niño que vimos allá, en el conventillo... Y fué entonces cuando sentí otro clamor en el fondo de mi conciencia. Usted me amaba, y yo también... Yo era la hija de un uxoricida... Usted era el padre de un monstruo... La vida y la pasión nos unía, sobre el drama de nuestras vidas... ¿Teníamos nosotros, pobres juguetes del destino, el derecho de perpetuar nuestra sangre desventurada?

Recién entonces Jorge Alcántara creyó comprender.

—¿Y usted, usted...? — balbuceó.

—Yo, por un instante, después que regresamos de la Boca, tuve el propósito de huir otra vez, esta vez para siempre, de irme lejos, de hundirme en el olvido. Pero yo, como usted Jorge, como todos, somos prisioneros de nosotros mismos, de nuestras pasiones, de nuestros instintos. Usted era el amor primero, el grande y único amor. Entonces...

—¿Entonces, Nina...?

—Fuí al hospital. Allí el doctor Ramírez, el doctor Núñez, se enfurecieron ante lo que yo les rogaba. ¿Sabe usted qué era lo que yo les pedía?

Jorge comprendió. Una luz se hizo de pronto en sus dudas, en sus sospechas, en sus incertidumbres, una luz roja...

—Les rogué que... me hicieran estéril... Para que la sangre de mis padres no se perpetuara, para que usted y yo no tuviésemos un hijo como el de Cándida García...

—Usted... Usted...

—Sí. Por eso me fuí a la clínica... Faltaban unas horas para que la operación horrible se consumara, cuando una enfermera me dijo que había llegado usted, Jorge. Me pareció verle, pálido, desesperado, enloquecido, y huí de la clínica. Usted llegaba a tiempo... ¡Recuerda que se lo dije, en el momento de huir? ¿Recuerda?

No sabía él qué contestar.

Esa era la vida, pensaba, con estupor. El, en los años fáciles y vacíos de su primera juventud, mientras

bebía con sus escasos amigos, mientras leía en su habitación y soñaba en el parapeto de la casa solariega, o en el augusto silencio de la calle colonial, había ignorado los dramas de la realidad, la tragedia de la pasión y del remordimiento.

Tuvo una visión sombría del barro humano, salpicando las almas, de los corazones marchando a tientas por las tinieblas, golpeando contra el error y la fatalidad, gimiendo bajo sus cruces invisibles, pagando los besos de fuego con lágrimas de sangre.

—¡Nina! ¡Nina!

La estrechó entre sus brazos convulsos. Sus labios febriles buscaron los de ella, inerte, pálida, helada...

—¡Nina! ¡Nina!

Pero Nina Rouget no respondía al grito desolado de su alma. Se doblaba como un rosal bajo el viento, desfallecida como una hiedra arrancada del muro.

—¡Nina!

Ella se puso rígida. Se desasió de sus brazos, pálida, grave.

—No, Jorge. Vete... ¿No ves que soy la hija de Jacques Rouget?

Le señaló la puerta con un gesto desgarrador. Sus ojos fulgurantes leyeron en el semblante y el corazón del hombre que la amaba.

—Ven mañana...

Al salir de la casita, como en un sueño, Jorge Alcántara vió las mariposas negras palpitando en las hojas del limonero.

CUARTA PARTE

CUARTA PARTE

I

Por las mañanas veía al niño en los brazos del abuelo.

La presencia del pequeño sumíalo en extraños y misteriosos pensamientos. Las palabras de Nina Rouget, aquellas palabras escuchadas en la tarde trágica, venían siempre en su memoria.

¿Tenía razón, ella?

Quizá. Su escrúpulo personal, su terror de la maternidad, antojábasele un absurdo. La tragedia de Nina Verdi y del infortunado Jacques Rouget, aquel drama desvanecido en las brumas del tiempo, ¿podía levantarse entre ambos, entre él, que la amaba, y ella, que era inocente de los errores y de las pasiones de sus padres?

Pasábase horas contemplando a su hijo. García apenas le saludaba, al mirarle aparecer entre las plantas del jardín.

Era el último Alcántara, aquel niño de pesadilla.

La fatiga heroica de los antepasados estaba allí, gimiendo en aquellas carnes deformes y frágiles, entre los brazos de aquel viejo labriego atontado por la miseria.

En el corazón de Nina Rouget había latido el terror y la esperanza del porvenir, en aquella mañana de fiebre y de sol...

Hacía quince días que no la veía. Ella se lo pidiera, al día siguiente de salir de la clínica.

—Vete, y espérame, — le había dicho.

Y él, dócilmente, había obedecido. Comprendía que Nina necesitaba largos días de silencio y de soledad para calmar sus tempestades interiores, para librar la última y definitiva batalla con sus temores y sus escrúpulos.

—Vete, y espérame...

Jorge Alcántara esperaba. Algunas veces, pensaba en sus primas.

Nada sabía de la marcha del pleito. Al doctor Cárdenas parecía habérselo tragado la tierra.

Con el último cheque del abogado, alquiló Jorge una casa solitaria, allá donde terminan las calles de Buenos Aires y comienzan los pueblitos asoleados, sumidos en el silencio que sólo interrumpe el paso de los trenes.

Esperábala siempre.

De vez en cuando recibía una carta breve, lacónica, una esquela en la que le reiteraba su amor y su fe. Y él, por su parte, escribíale cartas largas, ardientes. Soñaba que ella las leería entre los limoneros, mien-

tras el reloj de la iglesia parroquial doblaba las horas que la acercaban a su vida.

No dejaban tampoco de asaltarla dudas sombrías y tenaces. Más de una noche, mientras el niño lloraba y el abuelo lo arrullaba con acento monótono, soñó que Nina se iba, huía otra vez de él, la perdía definitivamente y lo dejaba solo, hundido en el abismo de su remordimiento.

Un cambio paulatino operábase en su alma.

Con el transcurso de los días, de las semanas, desvanecíanse sus dudas, sus incertidumbres, y una misteriosa canción de fe despertaba en su corazón.

Ella vendría...

Comenzó a rehuir la presencia de su hijo.

Una mujer de pueblo amamantaba al pequeño. La robusta nodriza vasca no podía acostumbrarse, durante el primer tiempo, al desventurado ser, pero en sus maternales entrañas la piedad fué más fuerte que la repulsión.

Las horas que pasaba junto al abuelo y al nieto eran su expiación. Contemplaba largamente al pequeño, cuyos ojitos de mirada indefinible se clavaban en él con una expresión que le hacía daño.

El le había dado la vida.

Cándida García continuaba viviendo en aquellos ojos de enfermo, en aquellas carnes débiles y dolientes.

Lo tendría consigo siempre. El amor por el horrible hijo pagaría el amor y la agonía de la madre muerta a la larga de los años...

Mediaba el otoño.

Una mañana recibió una visita inesperada. Un an-

ciano vestido de gris, de reposado aspecto, apareció ante él sonriendo.

—Tengo el gusto de saludarlo, Jorge...

Era el doctor Cárdenas.

—Adelante, doctor...

Sin prisa, correcto y risueño, el hombre de leyes estrechó la mano de Jorge y entró.

Era la primera vez que iba a la casa de su cliente y amigo. Miraba en torno suyo con discreta curiosidad.

—Muy bien... ¿Cómo está usted, amigo mío?

—Bien, doctor, gracias...

Pensaba Cárdenas, para sí.

—¿Será ésta una casa de amor?

Mientras se despojaba de sus guantes, que usaba durante todo el año, seguía pensando.

—¿Quiénes serían aquel anciano y aquel horrible bebé que viera en el jardín, al entrar?

Sentía misteriosamente que reinaba en aquella casa un frío casi inexplicable. Desde el momento que traspuso el umbral, le parecía echar de menos la amorosa y cálida presencia de una mujer.

—Cómo pasa el tiempo, Jorge, — dijo, finalmente, doblando cuidadosamente sus guantes y colocándolos dentro de su sombrero, — parece que fué ayer que Doña Mercedes Alcántara y Arriaga entregó su alma, su vieja alma romántica y fiel, al Creador...

—Pues a mí me parece que hace tanto tiempo, doctor...

Decía la verdad. Le parecía que hacía años enteros que su tía abuela cerrara para siempre los can-

sados ojos, entre el franciscano y el domínico, en la vieja casa que jamás volvería a ver.

Cárdenas suspiró, como suspiran los viejos.

—¿No piensa volver a visitar la casa, Jorge? — preguntó de pronto.

—No, doctor. ¿Para qué?

—¿Para qué? Porque es suya, Jorge. Usted se estará preguntando a qué he venido, ¿verdad?

—A visitar al hijo de su amigo, al sobrino nieto de su antigua amiga, mi querido doctor...

Sonrió Cárdenas. Sus ojos fatigados se iluminaron. Dejó caer sus manos sobre los hombros de Alcántara.

—Sí... y también a traerle una buena noticia: hemos ganado el pleito definitivamente, Jorge. ¿No se lo dije desde el primer momento?

Había ganado el pleito...

Jorge Alcántara se quedó meditabundo, la vieja casa de los mayores era suya. Las piedras venerables, pobladas de tradiciones y de recuerdos, santificadas por el amor de los antepasados, ya no pasarían a poder de un judío alemán y de un aventurero italiano.

—¿Volver a visitarla? ¿Para qué, doctor? ¿Para ver rostros extraños en las piezas donde uno nació y soñó? La casa, aunque sea mía, sólo debe existir para el recuerdo...

—Y para la administración de propiedades,—agregó Cárdenas, sonriendo.

—Así es que hemos ganado el pleito, — siguió diciendo Jorge, — gracias, doctor...

—¿Gracias? ¿Por qué? A Dios lo que es de Dios,

y a César... Los jueces no han hecho más que cumplir la ley... "Jus sum cuique tribuendi..."

Le interrumpió en medio de su cita jurídica.

—¿No ha tenido noticias de sus primas, la señora Julia Alcántara de Meyer y la condesa de San Miniato?

Jorge movió la cabeza, con expresión indiferente.

—Pues yo sí, amigo mío. Doña Lucía se fué a Italia, con su conde. ¡Así se le ahogue en el Lago di Como, antes de jugarle los restos de su fortuna!

—¿Y Julia? — preguntó Jorge.

—Me han dicho que vende la casa de la calle Suipacha, con todo su contenido, y se van, también. ¡Buen viaje! ¡Qué bien les quedarán a las santas imágenes de San Francisco y Santo Domingo las joyas antiguas de Doña Mercedes Alcántara y Arriaga!

Sin dejar de sonreir y de suspirar, alternativamente, Cárdenas se quitó los lentes y empezó a lustrarlos con energía.

—Son los trabajos misteriosos e inexplicables del destino, — agregó, y una sombra de melancolía ensombreció por un instante su rostro noble y marchito. —¿Qué piensa usted hacer con la casa, o con las dos casas, mejor dicho, Jorge? ¿Derribarlas? ¿Venderlas?

Volvióse vivamente Alcántara.

—¿La casa de la calle Balcarce? Ni derribarla, ni venderla, doctor Cárdenas... Allí estará, mientras yo viva, y no saldrá del poder de los Alcántaras, mientras quede uno...

El abogado le vió palidecer súbitamente.

Siguió la dirección de su mirada, y pensó en el viejo y en el niño que viera en el jardín.

"Mientras quede un Alcántara..."

El abogado vislumbró el drama. Sintió de pronto un peso desconocido en su viejo corazón, y en sus labios murieron las preguntas terribles:

—¿Será su hijo? ¿Y la madre?...

No pensó un instante en aquellos míseros españoles del conventillo, a quienes Jorge, después de la muerte de Doña Mercedes, le encargó que buscase y entregare una cantidad de dinero.

Pero calló. El viejo caballero sabía respetar los secretos y los silencios de los hombres y de las mujeres...

Por espacio de media hora continuó hablando.

Sus ojos sagaces escudriñaron el semblante de Jorge, que había quedado meditabundo, hundido en un sillón.

Pensaba que quizá el descendiente le pidiera un consejo, le hiciera una confidencia.

Pero su esperanza se frustró otra vez. Jorge quedaba en silencio obstinado, impenetrable.

Finalmente se puso de pie.

—Le veré la semana que viene, Jorge, — dijo, recogiendo sus guantes y colocándoselos con lentitud. —Lo espero por mi estudio; tenemos que arreglar sus asuntos, ya que es usted un hombre de fortuna, un acaudalado propietario.

Se fué.

Al atravesar el jardín, se detuvo un instante para

mirar al niño deforme, que dormitaba en las flacas rodillas del anciano que parecía un labriego.

Y las terribles preguntas volvieron nuevamente a sus labios.

—¿Quiénes serían? El niño aquel, ¿sería el hijo? ¿Y la madre?...

Mientras se alejaba, decíase que allí, en esa casa solitaria donde el sobrino nieto de Doña Mercedes Alcántara y Arriaga ocultaba su secreto, allí, donde lo había ido a buscar por segunda vez la fortuna, flotaba un drama ignorado, se escondía una tragedia misteriosa.

Y su viejo corazón experimentó una extraña pesadumbre.

II

Vendría... Pero, ¿cuándo?

Moría el otoño.

Todas las semanas recibía unas líneas de Nina, y él continuaba enviándole cartas apasionadas, incoherentes.

"*¿Por qué no vienes?* — le decía, — *el niño está conmigo, como tú lo quisiste. ¿Es por él que no vienes?...*

Y ella le contestaba:

—"No. Pero espérame..."

La vió llegar el último día del otoño, una mañana de tibio sol. Vestía ella un vestido obscuro, y su rostro estaba tranquilo, sereno, como si hubieran borrado para siempre en su corazón las tempestades del pasado.

—Nina...

El nombre se escapó como un suspiro de sus labios. Le parecía que el tibio sol otoñal iluminaba las profundidades más obscuras de su alma, y ella le vió estremecerse en medio del jardín.

—Aquí estoy, Jorge... Vengo a quedarme, — dijo, simplemente, — dentro de una hora traerán mis valijas y baúles...

El permanecía extático, sin movimiento, como en presencia de una visión.

—¿No me invitas a entrar en tu casa?

Corrió hacia ella, llevándose por delante las plantas sin hojas.

—¿Mi casa? ¡Si es tuya, Nina, si es tuya, como yo!...

En ese instante de milagro, recordó súbitamente al doctor Cárdenas, el pleito ganado, y le pareció que aquella casita del suburbio no era digna de ella, de Nina Rouget...

Pero Nina no miraba la casa, ni el jardín, ni las paredes de ladrillo rojo.

Sus pupilas ardientes y misteriosas se clavaban en el rostro de Jorge y se tornaban trasparentes como un cielo de primavera.

—¿Temías que no viniera?

El la besó las manos, aquellas manos grandes y blancas, con los dedos que terminaban en punta.

—No... No...

—Aunque hubiera muerto, — dijo ella, — mi sombra hubiera venido para cumplir mi promesa de amor... ¿Sabes?

Jorge Alcántara sabía, sabía...

La miraba en silencio ahora, y sonreía ella dulcemente.

No... Ya no quedaban restos de tempestades en aquella alma; sobre las aguas, ahora tranquilas y profundas, de aquel corazón, clareaban los resplandores del amanecer.

—¿Quiéres ver la casa? Ven...

Se quitó ella el sombrero y Jorge besó los cabellos color ceniza.

—Ven... Es una casa pobre, porque yo lo era hasta hace pocos días...

—¿Hasta hace pocos días?

Entonces él explicó. Le contó la visita del doctor Cárdenas, el pleito ganado...

Ella le veía distraído.

—Compraré para ti una casa con árboles... y con palomas...

—¿Para qué? Aquí estaremos bien, — dijo Nina, deteniéndose pensativa en el umbral de la habitación.

La observó él con súbita inquietud.

—¿No quieres ver la casa, ahora?

—No, Jorge... Después... Ahora estoy un poco fatigada...

En ese instante él comprendió.

—Tienes razón, Nina, — dijo, palideciendo ligeramente, — en cuanto lleguen tus baúles nos iremos... Volveremos mañana, pasado, dentro de algunos días... Cuando tú quieras...

Sí, Nina tenía razón. La noche nupcial no debía ser en esa casa. ¿Acaso estaban allí solos los dos?...

Por eso, el día de su llegada, el día que unía su existencia a la de Jorge Alcántara, no quería recorrer la casa, no quería encontrarse con las dos pálidas sombras que allí vivían sus horas obscuras y míseras.

—Tienes razón, Nina... Después...

Un hombre golpeaba las manos y daba voces en la acera.

Eran los baúles que llegaban.

Mientras Nina se cambiaba de ropa, Jorge salió en busca de García.

El anciano dormitaba, con el niño sobre las rodillas, como siempre. Dormía profundamente el pequeño.

Al escuchar el ruido de sus pasos, el anciano abrió los ojos.

—Me voy por unos días, García, — dijo, acariciando con la punta de los dedos la mejilla tibia y pálida de su hijo.

—Te vas...

—Volveré muy pronto, — agregó Jorge, con vago malestar.

—Vuelve cuando quieras, — replicó el viejo, cerrando los ojos, — dichoso tú que puedes volver... Hay otras que no vuelven nunca, — añadió, sin abrir los ojos, sin levantar la cabeza del pecho.

—Mientras yo esté ausente, ni a usted ni al niño le faltarán nada.

Su malestar iba en aumento. El viejo, inmóvil, parecía no oirlo.

—Adiós... Hasta pronto...

Lo dejó allí, en la misma inmóvil actitud, dormidos, míseros inertes, al abuelo y al nieto.

III

—¿Dónde iremos?

Ella se había encogido de hombros, sonriendo. Su rostro ardía cuando subieron al tren.

Corría el tren ahora, huyendo de la ciudad en el crepúsculo. Jorge se asomó por la ventanilla y miró desaparecer las luces de Buenos Aires.

Una ráfaga glacial, saturada de olores de carbón, hizo estremecer ligeramente a Nina.

—¿Tienes frío?

Bajó el cristal, forcejeando, mientras ella se ceñía su cuello con una bufanda de seda.

—Mañana empieza el invierno, — murmuró él.

—¡Mañana!

Nina volvió a estremecerse. "Mañana" significaba para ambos el principio de la vida nueva, la agonía irreparable del pasado, la emoción misteriosa del porvenir.

¡Mañana!

Era el viejo grito de la esperanza, el eterno sueño del corazón; las horas que vendrían, como navíos en marcha en medio de la noche, con sus ignorados cargamentos, impulsados por el viento del destino...

Callaban ambos. El tren se precipitaba a través del silencio nocturno de los arrabales. Sobre el vago

resplandor de los caseríos pobres parpadeaban las frías estrellas del invierno.

Y en aquella su errante noche nupcial, entre las maderas y los hierros palpitantes de un tren que huía hacia el alba, hacia los campos dorados por el sol, Jorge Alcántara sintió que un gran viento soplaba dentro de su alma, un viento con hálitos de aurora, que barría los escombros de su angustia y de su remordimiento.

—Nina, — dijo en voz baja, estrechándole las manos.

Ella se inclinó hacia él, sin dejar de contemplar las luces fugitivas a través del turbio cristal de la ventanilla.

—¿Tú has leído el "Cantar de los Cantares"?

Sin volverse, ella dijo que sí con un gesto.

—¿Tú crees, como la Sulamita, que el amor es más fuerte que la muerte?

La voz de Nina Rouget era un soplo.

—Sí...

Volvieron a quedar silenciosos. El tren aumentaba la velocidad de su marcha en medio de las tinieblas. Los arrabales de Buenos Aires habían quedado atrás, y el tren corría ahora por los campos, bajo las heladas estrellas.

"¡Mañana!"

A Jorge Alcántara le parecía que el verso de la Sulamita cantaba en el corazón de los hierros palpitantes:

"Más fuerte que la muerte... Más fuerte que la muerte..."

IV

Con los codos apoyados en el alféizar de la ventana, Nina estaba mirando al niño, que lloraba angustiosamente entre los robustos brazos de la vasca.

La excelente mujer, que acababa de amamantarlo, lo dejó dulcemente en las rodillas de García.

Pero el pequeño no cesaba su trémulo llanto.

Los ojos de Nina eran obscuros. Doraba el sol sus magníficos cabellos color ceniza y sus ojos no se separaban del lloroso infante.

Un mes largo hacía que regresara de su luna de miel. Jorge iba casi diariamente al centro de la ciudad, al estudio de Cárdenas, que triunfaba, profesionalmente, en "la sucesión ab-intestato de Doña Mercedes Alcántara y Arriaga".

Varias veces, al regresar, a medio día, habíala sorprendido él con los ojos fijos en el niño, pero nunca lo mencionaban en sus conversaciones.

La luna de miel proseguía en la casita solitaria.

—Cuando tú quieras, — repetíale, — te compraré otra, con árboles, con palomas...

Pero la presencia del niño y del anciano algunas veces volvía a llenar de sombras el corazón de Alcántara.

Olvidábase de todo cuando se quedaba solo con ella. Sus besos ardientes acababan de borrar en el corazón de Nina Rouget los vestigios amargos del recuerdo, las memorias terribles.

Algunas veces, de noche, mientras ella dormía, lo contemplaba con éxtasis doloroso.

Nina hablaba en sueños, murmuraba frases en francés, como cuando era pequeña y estaba con la madre en la vieja ciudad de Quebec.

Luego su sueño se hacía tranquilo, su respiración regular.

Jorge colocaba su mano sobre el corazón de la dormida, y lo sentía agitarse con súbitos estremecimientos, como un pájaro prisionero que intentara libertarse.

Solía ella despertarse bruscamente.

Sus ojos, enormes y luminosos, buscaban los de él, aferrábanse sus manos a las de Jorge, como si presintiera un ignorado peligro.

Volvía a quedar dormida, y Jorge, insomne, iba hasta la ventana.

El viento que soplaba del campo se entregaba a largos soliloquios incomprensibles entre los árboles. Los trenes fugitivos pasaban con un rugido fugitivo.

Arriba, temblaban las estrellas del invierno.

Nina lo amaba. ¿Cómo dudar de su amor? Se lo había demostrado ardientemente en las breves semanas de su unión. Lo leía a cada instante en las pupilas cambiantes y extrañas.

Pero, a medida que transcurrían los días, empezaba a advertir en ella actitudes que le inquietaban,

expresiones que le sumían en cavilaciones profundas y dolorosas.

¿Comenzaría a cansarse de su amor, insensible, inconscientemente?

¿La pasión empezaba a enfriarse ya en el corazón de aquella mujer hermosa y trágica que, sin quererlo ella, lo había hundido en los tormentos del infierno, y que era suya, suya?

El frío del alba lo hacía estremecerse. Palidecía el cielo.

Sentía vagamente que se aproximaba una nueva crisis, pero no sabía qué era aquello que volvía a arrojar otra sombra sobre la vida de los dos.

Fatigado, dolorido, tendíase junto a ella en el lecho y se quedaba profundamente dormido.

V

—Nina...

Ella no le había oído, y continuaba mirando.

Fué entonces cuando Jorge adivinó todo.

Era una mañana de fines de agosto, y los rayos de un pálido sol doraban las plantas, desnudas todavía, del jardín.

—Oye, amor mío...

—Volvióse ella bruscamente, con sombrías pupilas.

—¿Qué quieres, Jorge?

Señaló Alcántara al niño y al viejo, inmóviles como siempre, en un rincón del jardín.

—¿Por qué odias a ese pobre ser?

Guardó ella un largo silencio. Después, empezó a hablar, rápidamente, con acento ronco y extraño.

—Porque él me odia a mí, Jorge, — repuso.

Sus ojos fulguraban.

—No... El no, — agregó, — es alguien que me mira con esos horribles ojos que no son los de un pobre inocente... Es "ella", la otra, la que...

—La que yo maté, iba a decir, ¿verdad, Nina?

—No, Jorge... Perdóname... La que murió de amor, y que vive en ese niño, y que me odia en los dos, hasta en el abuelo... Y fuí yo quien lo quiso... ¡Dios mío!

Se cubrió el rostro con las manos.

Ese era el drama, reflexionó Jorge. Nina Rouget sentía celos y miedo de la muerta, ella que le exigió la expiación cruel; ella, que le amaba cada vez más, que día por día huía, se alejaba del trágico pasado para refugiarse en su pasión.

Desapareció en el interior de la casa. Jorge, dolorido y silencioso, sintió en esa mañana de invierno, bajo el tibio sol, entre los rosales sin rosas, que su corazón se desgarraba entre las dos pasiones, entre el hijo de la muerta y el amor de la viva.

¿Hasta cuándo?

¿Acaso no estaba pagando el precio, minuto por minuto, hora por hora, día por día? Todos los que amaban y eran amados, como él, ¿estarían condenados a esos tormentos sin término, a esas torturas sin nombre?

Blanche Brisson, Amy King... ¿Hubiera sido más feliz, más serena su vida, si la hubiera dejado envolver por las mujeres-hiedras?

Fué dos meses después cuando el niño empezó a languidecer. La nodriza vasca estaba desolada. Su corazón sencillo y maternal sentía una ternura extraña hacia el diminuto monstruo que bebía la vida en su regazo.

Pero esa vida se iba, poco a poco.

Jorge llamó a varios médicos. Mas fué en vano.

El pobre bebé murió cuando terminaba la primavera, entre los brazos del abuelo. Creyó el anciano que estaba dormido, y se asustó cuando el cuerpecito comenzó a enfriarse.

Sus voces resonaron en el jardín.

—¡Meu tesoro! ¡Meu tesoro!

Cubría la carita horrible, los bracitos exangües, las espaldas deformes, con besos desesperados, gimiendo como un animal herido de muerte.

Nina se lo arrancó de entre los brazos, y el viejo quedó encogido, sollozando, como abrumado por todos los dolores de la vida, por todas las injusticias de los hombres.

En ese instante llegó Jorge.

Sus ojos y los de Nina se encontraron sobre el pequeño cadáver.

Y Jorge Alcántara vió que en las pupilas adoradas las sombras se desvanecían. El muertecito había encendido estrellas en los ojos grises...

García dejó de sollozar. Permanecía inmóvil entre los rosales que comenzaban a florecer.

Lo sepultaron al día siguiente.

Mientras la tierra caía sobre la pequeña tumba, una tumba de pobre, como había querido el viejo García, llorando en silencio, Jorge Alcántara sentía una emoción extraña, profunda.

¿Qué era lo que enterraban allí, en ese rincón silencioso de la Chacarita? Se dijo que era el pasado, que allí sepultaba también los rescoldos ardientes de la otra pasión.

Y la otra pasión era el remordimiento de los hombres por los amores que mataban o que dejaban morir.

IV

—¿Y estos versos, Jorge?

La mano grande y blanca de Nina levantaba un papel amarillento, una hoja de bordes carcomidos.

Jorge se lo quitó dulcemente.

—Déjame que los lea...

Y los ojos grises leyeron:

"Oh jazmín de las noches porteñas,
Dulce amor a quien vengo a cantar:
Los rosales me han dicho que sueñas...
¿Algún día me habrás de olvidar?

Repitió ella el verso final, en voz baja.

—¿Quién era C. R., Jorge?

Alcántara dobló reverente la hoja amarillenta, que amenazaba convertirse en polvo, como el corazón del poeta que los escribió en 1840, como los ojos que los leyeran, llorando, durante tres cuartos de siglo...

—¿Quién fué C. R.?

Allí, en esos instantes, los últimos que pasaban en la casita nupcial, le contó el romance de amor de su tía abuela.

Las lágrimas caían de los ojos de Nina Rouget.

—Su amor fué más fuerte que la muerte, — dijo, cuando Jorge terminó. Pensaba en la noche del viaje de bodas, en la última noche de aquel otoño.

—Sabían amar, entonces... — murmuró, mientras Jorge guardaba en un sobre el papel amarillento y carcomido, como una reliquia.

Y él pensó, al escuchar sus palabras, en la otra novela de amor de sus mayores, en aquella frágil y amorosa Ana María Aguirre que le había llevado en sus entrañas, y por la cual su padre había muerto de amor, cuando él era pequeño y soñaba en sus rodillas, oyéndole gemir día y noche el nombre de la muerta adorada.

¡Cómo habían amado los suyos!

El recuerdo de otros idilios más lejanos, hundidos en el silencio de las generaciones desaparecidas de sus antepasados, acudía a su memoria.

Nina lo escuchaba, absorta, conmovida.

Y ante la evocación de aquellos amores desvanecidos, de aquellos corazones ardientes y fieles que dormían en las honduras del tiempo, la imagen de su madre muerta, la visión de su padre suicida, surgió ante sus ojos y la hacía estallar en sollozos.

Jorge besó los cabellos color ceniza.

—No fueron ellos los culpables, Nina, — murmuró dulcemente, — ¿acaso todos, hombres y mujeres, somos dueños de nuestras almas? ¿Somos, acaso, los que forjamos nuestro propio destino?

—Tienes razón, Jorge...

Sus lágrimas se secaban rápidamente, y él, para

ahuyentar sus sombríos recuerdos, le empezó a contar de él mismo, los años solitarios de su niñez, el despertar meditabundo de su juventud.

Eran aquellas las postreras horas que pasaban en la casa donde ella le había ido a buscar.

—¿Dónde iremos? — le preguntó él, al día siguiente del entierro de su hijo.

—¿Dónde?

Era la misma pregunta del día que fué a unirse con él.

¿Dónde?

El mundo era tan grande...

Jorge Alcántara estaba ya en posesión de su herencia. Además de las dos casas, y de todo lo que contenían, habíale dejado Doña Mercedes una considerable cantidad en valores fácilmente realizables.

—¿Dónde irían?

—Lejos... — se atrevió a decir ella, con las grises pupilas llenas de ensueño, — lejos de las calles de los hospitales, de los recuerdos de Buenos Aires.

Vivirían en Europa algunos años.

Nina quería conocer Marsella, la ciudad donde había nacido el pobre Jacques Rouget; Florencia, donde abriera Nina Verdi a la vida sus ojos ardientes y apasionados.

—Donde tú quieras, — le respondió él.

¿Qué le importaban a Jorge Alcántara las ciudades de luz y de piedra, los extranjeros cielos, las desconocidas riberas, el tumulto de los mundos lejanos, si la tenía a ella, a Nina Rouget, y los espectros ha-

bían vuelto a sus tumbas, y el pasado estaba muerto para siempre?

Los recuerdos...

En la vida, los corazones estallaban, o se curaban para siempre de sus trágicas pesadumbres, de sus crueles heridas que cicatrizaba el bálsamo del tiempo.

—Lejos,..

Sí. Se irían muy lejos, más allá de los horizontes, huyendo de las tumbas y de los lugares de recuerdo, llevando en sus corazones el ritmo de la última y ardiente canción...

—Oye, Jorge... ¿y el señor García?

Alcántara se arrancó bruscamente de sus pensamientos.

—García... Le dí el dinero necesario para vivir tranquilo sus últimos años... Le ofrecí un pasaje para España, donde seguramente tiene parientes, amigos... Pero no quiso... Dijo que deseaba morir en Buenos Aires...

¿Y dónde, sino aquí, en Buenos Aires, quería morir?

Callaron.

En la tarde de noviembre, un estremecimiento de primavera agitaba las plantas del jardín que no volverían a ver jamás. Inconscientemente, los ojos de ambos se dirigieron al rincón donde el abuelo y el nieto se acurrucaban en las mañanas y en las tardes de sol.

—¿Tú no crees, Nina, que en las casas, en los lugares donde hemos soñado y hemos sufrido mucho tiempo, siempre queda algo de nosotros?

Volverían después de muchos años, cuando Bue-

—Tal vez, Jorge...

La besó en los labios.

—Nos embarcaremos mañana...

—Sí, mañana...

Volverían después de muchos años, cuando en Buenos Aires en cuyo inmenso regazo amaron, soñaron y sufrieron, hubiera cambiado por completo; cuando los fuegos de la pasión y los vientos del mundo hubieran purificado sus corazones y sus almas.

—Pensar que todo pasó ya, — murmuró Jorge.

Todos habían salido de su vida, definitivamente.

Pero, ¿acaso su vida ahora no era allí? Y ella estaba allí, entre sus brazos.

¿Todos?

Sí. Hasta el doctor Cárdenas, el viejo y romántico abogado que conoció, sirvió y amó a los Alcántara de tres generaciones; hasta el doctor Núñez, que cerró los ojos de sus padres y de sus abuelos...

El primero se quedaría allí, en su estudio solitario, evocando, entre el sabio silencio de los Códigos, sobre la alfombra roja entibiada por el sol, el rostro desvanecido de una mujer que amó sin esperanza antes que él, Jorge, naciera.

El médico seguiría luchando contra el dolor y la muerte en las frías mañanas de los hospitales, hasta que un día, a él también, como a todos, dos hombres vestidos de blanco se lo llevaran en unas angarillas, como una estatua velada y yacente...

Acordóse luego de sus primas.

¿Las encontraría algún día, quizá, en los anchos caminos del mundo, una con su conde y otra con su judío?

Se encogió de hombros.

Ambas, aún la bella Lucía, la noviecita de su niñez, la que buscaba nidos con él en la estancia del Tuijú, estaban muertas en su corazón.

VII

Hormigueaba el puerto, como en aquella mañana remota en que Jorge se embarcaba a bordo del "Gallia".

Al pisar la pasarela del gran transatlántico, el brumoso recuerdo del Blanche Brisson acudió a la memoria de Alcántara.

Sonrió levemente, y Nina sorprendió su sonrisa.

—¿De qué te ríes?

El no contestó, y siguió avanzando, llevándola del brazo, apretados, empujados por los viajeros que subían al barco.

—¡Pobre Blanche!

Quizá le amó de veras, en las noches ardientes del "Gallia", en los breves días de Santos.

¿Dónde estaría Amy King, la inglesita apasionada y errante?

Pobres mujeres-hiedras, atravesando solitarias los duros caminos de la tierra y de la vida, aferrándose desesperadamente a los corazones vagabundos que encontraban a su paso, aterradas ante la visión penosa de la ignominia final, de la miseria, del desamparo, de la muerte...

Estaba a bordo.

Sobre la muchedumbre del muelle flotaba una emoción de partida, una vaga congoja de ausencia. Rodeábanles rostros desconocidos; herían sus oídos frases en idiomas extraños.

—¿Primera clase? Por aquí, señores...

De pronto Jorge advirtió que su compañera estaba muy pálida. Creyó que sería el calor, los olores penetrantes del navío.

—¿Qué tienes?

Ella trató de sonreir.

Pero no eran los olores acres, ni las voces resonantes, ni el sol que la hacía palidecer repentinamente al hallarse a bordo.

Pensaba en el día distante en que llegó de Cuba, lanzándose a lo desconocido, sola en el mundo, con las terribles palabras de su padre vibrando todavía en sus oídos aterrados.

—Nada, Jorge... El calor... Ya pasó...

Mientras subían la empinada escalera que conducía a la primera clase, evocaba Nina Rouget aquella mañana lejana.

—¡Cómo tembló su corazón cuando surgió ante sus espantadas pupilas la ciudad inmensa y misteriosa, dormida en la bruma del amanecer!

Recordaba claramente que al pisar Buenos Aires, al poner el pie en el muelle de piedra, había salido el sol, como un augurio de esperanza, como una sonrisa del porvenir...

—Por aquí, señores...

Se internaron en un pasillo en el que flotaba un olor de pintura y de alquitrán.

¡Aquella mañana!

Luego, sus peregrinaciones estériles, sus terrores sin nombre, sus años solitarios, en aquella ciudad tumultuosa y ardiente donde se había decidido su destino, donde había despertado su corazón.

—Este es el camarote, señores...

Era todo blanco, con su cama de bronce y su alfombra clara.

Por la pequeña ventana cuadrada, que estaba abierta, se veía el dique, poblado de vapores pintados de rojo, de azul, de negro.

Silenciosos, esperaron que condujeran sus valijas pequeñas a la cabina.

Quedaron solos. El calor era asfixiante.

—¿Subamos, Nina?

Ambos querían despedirse de Buenos Aires. ¿Acaso no se iban por muchos años?

—Tal vez para siempre, — pensó Jorge.

Quizá sus ojos no volverían a ver nunca la ciudad donde nació, la dulce y bella ciudad donde soñaron y lucharon sus mayores, en una de cuyas plazas se alzaba la estatua de su bisabuelo...

Subieron a la cubierta. La algarabía era ensordecedora. El puerto ardía bajo el sol.

—¡Mi querido Jorge!

Sintió que dos brazos paternales lo ceñían; unos ojos claros y fatigados, unos ojos que lo habían contemplado en la cuna, lo miraban conmovidos.

—¡Doctor Cárdenas!

—Hacía media hora que lo estaba buscando por todo el barco...

—No era usted quien iba a faltar en la hora del adiós, mi querido doctor...

El abogado se despojaba de sus guantes.

—Naturalmente, Jorge... — exclamó, y al ver a Nina, se dijo: "ésta es la mujer..."

Hizo Alcántara la presentación.

—Señora...

El viejo caballero saludó ceremoniosamente.

—¿Sabe que nos vamos por mucho tiempo, doctor? Tenemos el propósito de quedarnos varios años en Europa...

—Muy bien... Me parece muy bien, — asentió Cárdenas, y decía para sus adentros:

—¡Qué hermosa mujer! Me gusta... Me gusta...

Y en voz alta:

—¿Se acordará usted de este pobre viejo, Jorge?

Protestó indignado Alcántara:

—¿Olvidarme de usted? ¿Del único amigo que he tenido desde el día que murió mi padre? ¡Doctor! Usted vivirá siempre en mi corazón... y en el de Nina...

Quiso decir algo el abogado, pero la voz se le anudó en la garganta.

Se quitó los lentes y empezó a lustrarlos con energía, murmurando:

—Este maldito sol me irrita los ojos...

—Esos ojos que me vieron nacer, — dijo Alcántara, conmovido.

Cárdenas intentaba dominar su propia emoción.

—Es verdad... Es verdad... ¿Así es que se van por mucho tiempo? — añadió. — Que Dios los acompañe, mi querido Jorge... Yo quedaré cuidando sus intereses, rogando por las nobles almas de sus mayores, y acordándome siempre de ustedes...

—¡Señores! ¡Señores!

El gran transatlántico iba a partir.

—Adiós, Jorge...

Con los blancos cabellos al sol, los ojos húmedos, el anciano se aproximó a él y lo besó en la frente. Luego llevó la mano de Nina Rouget a sus labios.

—¡Adiós, hijos míos!

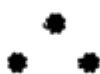
El navío se alejaba lentamente del muelle. Estrujado, empujado por la multitud, el doctor Cárdenas agitaba el pañuelo, el sombrero.

—¡Adiós!

Temblaban los labios del hombre de leyes.

Se iba, el último Alcántara. Se alejaba por las anchas rutas del mundo, con su sueño de amor hecho realidad. Y él, que amó a sus padres y a sus abuelos, a los Alcántaras que estaban convertidos en polvo, se quedaba solo, solo... Cuando Jorge Alcántara volviera, al cabo de muchos años, él, Cárdenas, estaría durmiendo para siempre en el blanco silencio de la Recoleta, como Doña Mercedes Alcántara y Arriaga, como todos los que él había visto partir.

—¡Adiós!



Los tejados de Buenos Aires se perdían a la distancia. Jorge Alcántara miraba el río, "su" río, el

que cantó en los sueños de su niñez y de su juventud, en los largos silencios de la calle Balcarce.

Volvía a surcarlo de nuevo.

Pero esta vez no huía del pasado, no iba en busca del olvido.

Nina Rouget, de pie junto a él se apoyaba en la borda del transatlántico. Su mano ardorosa oprimía el brazo de Jorge.

—Jorge...

No. Ahora iba hacia el porvenir, hacia la vida.

Miró por vez última los tejados, las torres, cada vez más borrosas, cada vez más distantes. El río, el horizonte, la esperanza, cantaban en su corazón.

Se volvió hacia la adorada, y vió que los ojos de Nina Rouget brillaban como estrellas...

Diciembre de 1924.

ESTA Empresa, correspondiendo al pedido formulado por innumerables lectores, entusiastas admiradores de Yamandú Rodríguez y de sus relatos de ambiente campero, que hemos venido publicando con tanto éxito de un tiempo a esta parte, en "El Suplemento", ha resuelto publicar en breve un libro titulado "Bichito de Luz", que contendrá una serie de cuentos de este autor, completamente inéditos y a cual más interesante.

Cuentos magníficos, por el conocimiento profundo del léxico de los nativos, por la novedad de los argumentos que desarrolla, por la precisión y justeza de los asuntos que toca, por el encanto que emanan todas las producciones de este autor.

En ellos, bien sean sentimentales, apasionados, trágicos, de costumbres, irónicos, de profunda amargura, de cautivante dulzura o de factura eminentemente cómica, siempre se encuentra el talento múltiple del autor. El nos lleva de sorpresa en sorpresa, y el lector al recorrer sus producciones goza y sufre con sus personajes, deplorando tan sólo que sus cuentos no sean inacabables para no despertar al final de los mismos, como se despierta con pesar de todo placer que fenece. Bien se ha dicho de Yamandú Rodríguez que es el tirano del lector y de sus auditorios, achica y agranda a capricho el corazón de quien lo lee o escucha.

Este libro es el producto de la labor de varios años y en él Yamandú Rodríguez ha puesto lo mejor de su espíritu y de su arte de escritor.

"Bichito de Luz", de Yamandú Rodríguez, además de ser una obra de gran valor literario, será un libro lujosamente editado y brillantemente ilustrado en todas sus partes.

Como haremos un tiraje reducido, supeditado a los pedidos que nos sean formulados, aquellos de nuestros lectores que tengan interés en adquirir un ejemplar deben, desde ahora, hacerlo reservar en esta administración.

ESTE LIBRO SE VENDERÁ

A $ 2.50 EL EJEMPLAR

ESTE LIBRO ACABÓSE DE IMPRIMIR
EL DÍA 28 DE FEBRERO DE 1925,
EN LA IMPRENTA «LÓPEZ»,
BOLÍVAR 535,
BUENOS AIRES